

RANDALL COLLINS

El caso del anillo

de los filósofos



los archivos de baker street

Lectulandia

Un muro de silencio —erigido en parte por el propio confidente de *Mr. Holmes*, el doctor John H. Watson— ha rodeado desde su origen el *affaire* conocido como El caso del anillo de los filósofos, que se remonta al año que precedió al estallido de la Primera Gran Guerra. Finalmente, cuando ya se creía que el misterio permanecería en la sombra para siempre, el doctor Randall Collins, eminente erudito norteamericano, sorprende a la opinión pública con la edición del manuscrito original de Watson, desenterrado de los archivos tras años de estudio y celosa investigación, que contiene una fiel relación de los hechos que constituyen lo que se ha dado en llamar El caso del anillo de los filósofos.

Los acontecimientos que tuvieron lugar aquel año colocaron a Holmes en el centro del mundo intelectual de la época —un mundo que aborrecía especialmente— y le obligaron a desempeñar un papel que cambió la historia del pensamiento contemporáneo. De una u otra forma, los cerebros más destacados de la intelectualidad europea se vieron envueltos en esta escabrosa historia: el filósofo y agitador político Bertrand Russell, el ingeniero de la razón y arquetipo del genio Ludwig Wittgenstein, el economista John Maynard Keynes, el místico y matemático hindú Ramanujan, y «El hombre más perverso de Inglaterra», Aleister Crowley, entre otros.

Lectulandia

Randall Collins

El caso del anillo de los filósofos

Valdemar: Los Archivos de Baker Street - 5

ePub r1.1

Titivillus 29.04.16

Título original: *The Case of the Philosopher's Ring*
Randall Collins, 1978
Traducción: Javier Sánchez García-Gutiérrez
Diseño de cubierta: Cristina Belmonte Paccini

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

www.epublibre.org

ePub Libre
¡¡Tres años!!



2013-2016

Parte de los hechos relatados en este libro son ciertos. Algunos anacronismos y ciertas falsedades evidentes han sido introducidos en interés de la historia.

Dramatis personae

Ludwig Wittgenstein (1889 1951).

TENÍA un talento excepcional para la música. Tocaba el clarinete y era capaz de silbar una sinfonía completa ante la admiración de sus amistades. Al acabar las clases, agotado y disgustado consigo mismo, solía ir al cine, se sentaba en la primera fila y se entretenía masticando una empanada de cerdo fría mientras transcurría la película. Sus actrices favoritas eran Carmen Miranda y Betty Hutton. De joven renunció a la fortuna de su padre y se dedicó a la filosofía, viviendo de la forma más ascética. Acabada la guerra consideró la posibilidad de ingresar en un monasterio. En 1926 construyó una mansión en Viena para una de sus hermanas. El edificio es obra suya hasta en los menores detalles y posee una rara belleza, de la misma naturaleza simple y estática que su «Tractatus». En 1948, harto de la vida académica de Cambridge se instaló en una cabaña en Galway, en la costa occidental de Irlanda, donde cobró legendaria fama entre sus vecinos, rudos pescadores, por su habilidad para domesticar pájaros. Era un ávido lector de novelas policiacas, que le solía enviar desde Estados Unidos su amigo y biógrafo Norman Malcolm, y entre sus autores favoritos figuraban Tolstoi y Lichtenberg.

Poco antes del comienzo de la Primera Guerra Mundial Wittgenstein sufrió una crisis intelectual debido, al parecer, al extraño acoso que determinadas fuerzas ejercieron sobre su mente, con el fin de ganarla para la causa de una conspiración esotérica de alcance imprevisible. Según relata la crónica de este suceso, realizada por él

Dr. John H. Watson, fue la decisiva intervención del investigador privado Sherlock Holmes, a instancias de Bertrand Russell, la que desbarató, tras una larga batalla con un enemigo poderoso y evanescente, estas escabrosas maquinaciones.

Aleister Crowley ¿—?

Poeta, ocultista, montañero, jugador de ajedrez y uno de los magos más originales de este siglo. Fue criado y educado en las austeras devociones de la secta ultrapuritana de sus padres, los «carbystas». Se inició en el ocultismo cuando era estudiante en Cambridge, donde alternó la dirección del club de ajedrez con ejercicios poéticos al estilo de Swinburne y Browning, alcanzando por otra parte el reconocimiento como mejor jugador de *whist* de su tiempo. Fue miembro de la sociedad secreta «El Amanecer Dorado», de la que fue expulsado por llevar a extremos exagerados los principios de la secta. Poco después fundó su propia orden, la orden mágica el

Argenteum Astrum. Realizó la ascensión del K2 en el Hindú Kush, el segundo pico más alto de la India, sin necesidad de recurrir a las botellas de oxígeno, aunque no llegó a coronar la cima. Presumía de poder asimilarse o identificarse, o convertirse en la «Bestia del Apocalipsis» —él mismo se hacía llamar La Gran Bestia—, cuyo número simbólico era el 666. Después de la Primera Guerra Mundial se estableció en Cefalú, donde fundó la «Abadía de Thelema». Pronto corrieron rumores de que allí se realizaban ceremonias mágicas y orgías en las que se consumían drogas y, al parecer, se llegaba a ¡sacrificar niños! En consecuencia fue expulsado de Italia. Llegó a ser calificado como «El Hombre más Perverso de Inglaterra» y, curiosamente, muchos de los que se asociaron con él murieron de forma trágica, incluyendo a su mujer y a su hija. Somerset Maugham lo describe de la siguiente manera: «Inmediatamente me resultó antipático, pero me interesaba y divertía. Era un hombre de gran locuacidad y hablaba muy bien. Me dijeron que de joven había sido extraordinariamente atractivo, pero cuando yo lo conocí había engordado y su cabello era escaso. Tenía unos ojos muy hermosos y una forma de mirar que, ya fuese natural o adquirida, no lo sé, daba la sensación de atravesarte. En cierto modo, era un farsante».

Bertrand Russell (1872 1970).

Ingresó en el club de los Apóstoles en el año 1892. Su estancia en Cambridge transcurrió con calma y felicidad salvo en las noches de luna, en las que, víctima de un ataque de locura pasajero, solía correr por el campus como un poseso. El motivo de estas enajenaciones cíclicas era un incontenible deseo sexual, aunque por aquel entonces él lo ignoraba. Logró convencer a Wittgenstein de que no era un idiota y que no debía dedicarse a la ingeniería aeronáutica. Sus cuatro matrimonios no le impidieron trabajar denodadamente en favor de la paz, aunque esta lucha le proporcionó muchos más problemas que la vida marital. Sus investigaciones en el campo de la matemática, la lógica y la ciencia acabaron con la presentación de una demanda judicial en Nueva York, en la que se le acusaba de «lascivo, libidinoso, lujurioso, venéreo, erotómano, afrodisiaco, irreverente, estrecho de mente, falso y carente de fibra moral».

En su juventud manifestó que la ventaja de los sistemas democráticos radicaba en la relación entre electores y elegidos: cuanto más tonto fuera el diputado, más tontos serían sus electores.

Movido por inquietantes presagios acerca de la salud mental de su amigo Wittgenstein y preocupado por su extraña desaparición, recurrió a Holmes para que investigara las circunstancias de este caso.

John Maynard Keynes (1883 —1946).

Andaba por el mundo como una especie de obispo in partibus, pero encontró la salvación en Cambridge. Cuando sus preocupaciones se centraban en la política y la economía dejaba el alma en casa. Tal vez sea éste el motivo de que su firmeza y brillantez adquirieran proporciones inhumanas en la mayoría de sus trabajos. Llegó a la convicción de que el Tratado de Versalles había representado un desastre histórico, idea que excitó tanto su talante moralista que le hizo olvidar que era inteligente, sin dejar de serlo. Presente en la Cámara de los Lores, creyó oportuno disentir de las estadísticas de Lord Beaverbrook. En aquella ocasión dijo que no había oído nunca estadísticas tan falsas («phony»), o chistosas («funny»). Una parte de la Cámara entendió «falsas», la otra mitad «chistosas». Keynes murió poco después sin aclarar la cuestión.

Su implicación en el Caso del Anillo de los Filósofos tampoco fue demasiado clara debido a que sus múltiples negocios y manejos le impulsaban a moverse por terrenos harto resbaladizos. Entre sus buenas acciones cabe destacar su ayuda económica a los bohemios personajes del Círculo de Bloomsbury y el préstamo que le permitió a Wittgenstein viajar de Austria a Inglaterra.

Srinivasa Ramanujan (1887 1919).

Fue un genio matemático de primer orden cuyos descubrimientos se orientaron hacia los misterios más abstractos de la noción de «número» y, especialmente, de los «números primos». Era ya un genio a los cinco años. A los quince cae en sus manos la obra en dos volúmenes de George Schoobridge, profesor de Cambridge, titulada: A Synopsis of Elementary Results in Puré and Applied Mathematics, que contiene resúmenes y enunciados sin demostración de unos seis mil teoremas. Srinivasa Ramanujan demostró todas las fórmulas. Más tarde dijo que la diosa Namagiri se le había aparecido y que le había explicado los cálculos más complicados. Sin embargo, a los dieciséis años le retiraron la beca del liceo Kumbakonam, debido a su torpeza con el inglés. No le queda más remedio que aprender por su cuenta y rebasar en la soledad y la miseria de un puesto de contable en el puerto de Madrás todo el esfuerzo matemático de la civilización. Por fin, en 1913 le convencen para que entable correspondencia con el gran matemático inglés G.H. Hardy, y le envía ciento veinte teoremas de geometría que acaba de resolver. El efecto es fulminante. Hardy solicita que Ramanujan sea admitido en la Universidad de Cambridge, y es nombrado profesor del Trinity. En cierta ocasión Ramanujan recibió la visita de Hardy. El genio hindú le preguntó a su colega británico si recordaba el número del taxi que había tomado. Este le dijo que era el 1.729. «¡Qué hermoso número! —exclamó Ramanujan en su deficiente inglés—. ¡Es el número más pequeño que es dos veces la suma de dos cubos!». Hardy necesitó seis meses para demostrar esta afirmación. Al margen de su dedicación a las matemáticas Ramanujan era un verdadero místico que había

reunido una curiosa biblioteca consagrada a temas desconcertantes para la razón. Era devoto de la diosa Kali: la diosa de la destrucción.

Annie Besant (1847 1933).

Fue sucesora de la afamada espiritista *Madame Blavatsky* en la dirección de la Sociedad Teosófica. A los veinte años se casó con el reverendo Frank Besant, hermano del novelista Walter Besant —autor de diversos relatos de corte fantástico—, aunque se separó de él al poco tiempo y se hizo «librepensadora». Estaba convencida de que Francis Bacon y el conde de Saint-Germain fueron reencarnaciones de Christian Rosenkreuz-padre de los Rosacruces—. Fundó en la India el Hindu Central College de Benarés, y el Indian Home Rule League. Más tarde se dedicó a viajar por los países anglosajones en compañía de su joven protegido indio J. Krishnamurti, que era presentado como un nuevo Mesías. Escribió numerosas obras acerca de la muerte y la reencarnación.

Mujer atractiva, de costumbres liberales, aprovechó la investigación de este caso para repartir sus encantos entre Russell y Holmes.

G. E. Moore (1873 1958).

Fervoroso discípulo de Lucrecio. Cuando no era más que un novato en la Universidad, se ganó la admiración de Russell gracias a un breve ensayo que comenzaba con las siguientes palabras: «En el principio fue la materia, la materia engendró al Diablo, y el Diablo a Dios». El principal entretenimiento de sus amigos consistía en observarle mientras intentaba encender su pipa. Tan pronto como prendía una cerilla comenzaba a argumentar sobre alguna cuestión hasta que la llama alcanzaba sus dedos. Al final la caja se agotaba, pero su salud se benefició mucho de ello, no cabe duda. Su defensa del «sentido común» le granjeó la fama, a lo que también ayudó un artículo que lleva por título: ¿Son universales o particulares las características de las cosas particulares?

A juzgar por sus extravagantes apariciones en este caso, uno no acierta a explicarse cómo fue capaz de llevar a cabo una defensa del «sentido común».

Litton Strachey (1880 1932).

Organizó una verdadera revolución en el arte de la biografía. Con una prosa clara y directa, y un marcado sentido de la mordacidad y la ironía, se dedicó a derrumbar los ídolos Victorianos en una de las obras biográficas más divertidas e irreverentes de todos los tiempos: Victorianos eminentes, aparecida en 1917. Esta obra cosechó un

enorme aplauso popular, debido, en gran parte, a que el lector ignorante descubrió en sus páginas que el retrato histórico podía ser una fuente inagotable de entretenimiento. Desde entonces los imitadores de Strachey han brotado como hongos y resulta casi imposible encontrar un eminente personaje británico que no haya sufrido las ironías y el ridículo por parte de algún individuo de la tribu de Strachey. Su aspecto estrafalario y sus prácticas liberales le convirtieron en uno de los miembros más pintorescos del círculo de Bloomsbury, de ahí que se hiciera acreedor al cariñoso apodo de el bujarrón de Bloomsbury. Habría sido un personaje ideal para una de sus obras.

A. North Whitehead (1861 1947).

También era conocido con el apelativo de «El Querubín». Inglaterra le consideraba sólo como matemático y América le descubrió como filósofo. Entre sus logros cabe destacar la redacción de los Principia Mathematica, en colaboración con Russell, y la descripción del apogeo del contrabando en la isla de Thanet a principios del siglo XIX. La Historia del Concilio de Trento de Paolo Sarpi se encontraba entre sus libros de cabecera. Se cuenta que un día pretendió escandalizar a un par de viejecitas de aspecto reaccionario, y éstas, para su sorpresa, le dieron una lección de progresismo radical. Era totalmente incapaz de despachar el correo; Whitehead se justificaba diciendo que le robaba tiempo para realizar sus investigaciones.

El circunspecto y elemental Doctor Watson le considera un genio solapado y egocéntrico, capaz de convertirse en el Moriarty de la época moderna.

Godfrey H. Hardy (1877 1947).

Fue catedrático de Geometría en Oxford, y después enseñó matemáticas puras en Cambridge. Su obra, vasta y variada, gira en torno a la teoría de los números, centrándose especialmente en la teoría de las funciones. Fue el responsable de que Ramanujan fuera contratado como profesor del Trinity College. Permaneció en Cambridge hasta el día de su muerte, siempre sumido en abstrusas investigaciones matemáticas, que a menudo le impedían recordar dónde había dejado sus guantes de críquet.

Los Apóstoles

Club semisecreto fundado en Cambridge en 1820. Sus miembros lo denominaban «La Sociedad», y entre éstos se contaban Russell —que propuso el ingreso de Wittgenstein—. Keynes y Moore. Su ideario se basaba en la total ausencia de tabúes

y trabas que obstaculizaran la libre especulación. Los Apóstoles consideraban que «La Sociedad» era «El mundo de la Realidad», y el resto mera Apariencia. Aquellos que no pertenecían al club recibían el nombre de «fenómenos». Dado que los metafísicos mantenían que el espacio y el tiempo no eran reales, se convino en asumir que los militantes de «La Sociedad» estaban a salvo del cautiverio del Espacio y el Tiempo. Las reuniones comenzaban los sábados por la noche y terminaban a la una de la madrugada del domingo.

Prólogo del editor

HUBO un momento en el que se consideró que el catálogo de novelas de Sherlock Holmes estaba ya cerrado. Pero los eruditos han demostrado que no es así y que una investigación minuciosa de los archivos sacará a la luz nuevos relatos del gran detective. Sin embargo, uno debe saber qué es lo que anda buscando, y he de admitir haberme convencido a mí mismo de que este libro existía mucho antes de que yo fuera a buscarlo. Ocurrió del siguiente modo.

Estaba estudiando los orígenes de la gran revolución que se produjo en el campo de la filosofía a comienzos de nuestro siglo y que aún hoy afecta al resto de las disciplinas. A ello me dedicaba durante el día. Por la noche, he de confesarlo, me sumergía en el mundo subterráneo de la época eduardiana para desahogarme. Una mitad de mi tiempo la destinaba a analizar exhaustivamente los argumentos lógicos de Russell y Whitehead. La otra, a deambular a través de las hazañas y ardides del ocultista Aleister Crowley, de William Butler Yeats y la Orden del Amanecer Dorado, de la Sociedad Teosófica y la Sociedad para la investigación Psíquica.

A pesar de todas mis precauciones, esos dos universos se negaban a separarse. Aquellos nombres comenzaron a escapar de las páginas impresas y, a medida que cobraban vida, los mundos que habitaban se iban fundiendo en uno solo: todos ellos pertenecían al mismo, bastante homogéneo, por cierto. En sus obras, no se referían unos a otros, pero se conocían en sus vidas.

¿Qué podían tener en común Russell, filósofo y epítome del bien, y Crowley, malvado señor de lo oculto? Los dos estuvieron en el Trinity College de Cambridge en la misma época. Uno, implicado en escándalos, lo abandonó sin conseguir un título; el otro, alcanzó una gloria intelectual tras otra, aunque finalmente fue expulsado de su puesto.

También John Maynard Keynes, que estaba en el King's College y no era totalmente del agrado de Russell (aunque éste le respetaba y frecuentaba) llevó una doble (o cuádruple) vida: economista y lógico por una parte, especulador financiero por otra, tenía incluso algunas relaciones de puertas adentro, puertas que a Russell nunca le interesó abrir, y que, sin embargo, siempre se cerraban detrás de Lytton Strachey y Virginia Woolf.

Y luego estaba Ramanujan, el extraño genio matemático procedente del misterioso Oriente, que llegó al Trinity College de la mano del firme defensor de Russell, Hardy, y murió allí exactamente en la época en que Russell fue expulsado de su cargo y Crowley se dedicaba a infames actividades clandestinas durante la guerra mundial.

Aquellas vidas fluyeron juntas y, es más, todas se vieron agitadas de un modo tan similar que resulta difícil considerarlo una pura coincidencia. Yo mismo, desde mi

sereno punto de vista de estudioso, me sentí confundido. ¿Por qué no hablaron con sus respectivos contactos, pues ciertamente los contactos existían? ¿Tenían algo que ocultar? ¿O era incluso algo más, algo inconfesable? Cuanto más reflexionaba sobre ello, más me convencía de que ahí había un misterio por resolver.

La clave era Wittgenstein, el hombre al que mucha gente considera el filósofo más importante del siglo veinte, un individuo tan peculiar en la vida real que uno se pregunta cómo podría aparecer en la ficción. Si alguna vez existió alguien con algo que ocultar, ése fue Wittgenstein, un hombre a veces atrevido y otras misterioso. En su biografía^[1] se le presenta diciendo que prefería las historias de detectives por encima de cualquier otra forma de literatura. Creo que, obviamente, estaba en deuda con una de ellas.

El eslabón esencial apareció cuando descubrí que Wittgenstein estaba relacionado con el mundo de lo oculto, pues era un místico. Russell, sin embargo, no; ¿qué hacía entonces tan íntimamente ligado a Wittgenstein? Luego me di cuenta de que Russell estaba relacionado, pero a través de un intermediario, Annie Besant, miembro directivo de la Sociedad Teosòfica y colaboradora de Russell en varias causas políticas a lo largo de los años. La Sociedad Teosòfica era la verdadera organización de la que el Amanecer Dorado, primera orden del ocultismo creada por Crowley, había surgido. A partir de aquí, empezarían a aparecer nuevas conexiones y, tal vez, la clave del misterio.

Finalmente, todo estaba resuelto. Una noche me quedé pensando en la cama, sin dormir. ¡Tenía la solución! *Sir Arthur Conan Doyle* también era miembro. Ahora ya sabía qué buscar y dónde hacerlo. No voy a decirles donde encontré exactamente el manuscrito, pero puedo revelarles que los cuarteles generales de la vieja Sociedad Teosòfica en Avenue Road, Londres, fueron el punto de partida. Al final, el manuscrito fue desenterrado.

¿Verdad? ¿Ficción? Arthur Conan Doyle, el doctor con poca práctica y mucho tiempo libre, que alternaba entre la investigación psíquica y los relatos de un detective con una jeringuilla de morfina. Russell, el fantástico señor del entendimiento y el alma que no creía en nada. Wittgenstein, el eterno arquetipo del genio loco. Crowley, Holmes, Ramanujan, Keynes... todos igual de improbables, todos igualmente relacionados con los más profundos niveles de la vida que trascienden solo en la imaginación. De toda la lista sólo hay una persona cuya realidad es sólida, poco imaginativa e incuestionable. Ese único ser con los pies sobre la tierra es, evidentemente, el doctor Watson. Sin su testimonio nunca habría creído este relato. Pero, con todo, sólo puedo decir: ¡Dios nos ayude si alguna vez toda esta gente regresa de nuevo a la vida!

RANDALL COLLINS, Doctor en Filosofía

PRIMERA PARTE

Un día soleado

1 — Una visita a Cambridge

LAS aptitudes intelectuales de Sherlock Holmes, sumamente perspicaces, estaban muy en armonía con las cuestiones que son útiles a la hora de detectar el crimen. Sin embargo, he tenido ocasión de mencionar repetidas veces a lo largo de estas narraciones su tendencia ocasional a la pura erudición, a la que se entregaba cuando el mundo criminal no le ofrecía nada atractivo. Para su mente retorcida, el tema más complicado era el mejor, y a menudo se mostraba como el más reservado anticuario, absorto en los detalles de descifrar codicilos medievales o de explorar las ceremonias del siglo XVI de los motetes de Orlando di Lasso. Estaba tan alejado de las reuniones y debates de la escena intelectual del momento que muy bien podría haber seguido absorbido por su viejo hábito de inyectarse morfina. Pero fueron tan sorprendentes los hechos que tuvieron lugar durante el año que precedió al comienzo de la Gran Guerra Europea, que Holmes no sólo apareció en el centro de aquel mundo intelectual al que aborrecía, sino que incluso desempeñó un papel en él que cambió la historia intelectual del siglo XX.

Aquellos acontecimientos extraordinarios comenzaron una hermosa mañana primaveral del mes de mayo.

—¡Caramba, Holmes! —exclamé asomándome a la ventana de nuestros aposentos en Baker Street—, hace sol y la niebla se ha disipado. Un día como éste apenas aparece una vez al año en Londres. Seguro que se anima a dar un paseo matutino por la Serpentina.

—La Serpentina no es más que un meandro perezoso comparado con los acontecimientos que se presentan —repuso Holmes desdeñosamente—. Lea esto, Watson —añadió arrojando un telegrama sobre la mesa del desayuno.

ALGUIEN SE ESTÁ APODERANDO DE UN GRAN CEREBRO.

POR FAVOR, VENGA ENSEGUIDA.

RUSSELL, TRINITY COLLEGE, CAMBRIDGE.

—¿Qué querrá decir esto? —pregunté—. ¿Que un cerebro conservado en formol en el laboratorio de la universidad está siendo robado? ¿Qué utilidad concebible se podría obtener de tal cosa, una vez que ha perdido su espíritu vital? Y si es ahora cuando se está produciendo el robo, en lugar de haber ocurrido ya, ese tal Russell no tiene más que estirar el brazo y detener al ladrón antes de que escape con el precioso tarro. No, no, Holmes, por una vez se están burlando de usted. Esto es una broma primaveral de un estudiante. No permitamos que nos dejen sin nuestro paseo. Si no a la Serpentina, al menos vayamos a Green Park, se lo ruego.

—En eso se equivoca, Watson —replicó Holmes—. A menos que yo esté muy confundido, Russell no es ningún estudiante, sino Bertrand Russell, hermano menor

de un Conde, nieto del difunto Primer Ministro Lord John Russell, Miembro de la Royal Society y del Trinity College, y uno de los más eminentes filósofos matemáticos de nuestros días.

—Me asombra, Holmes —señalé mientras me alejaba de la ventana soleada, ya sin esperanzas—. ¡Conque un filósofo matemático! No tenía la menor idea de que sus intereses incluyeran este tipo de cosas. Yo mismo le he oído muchas veces referirse a ellas como sandeces sin sentido.

—El siglo veinte es una nueva era —dijo Holmes—. Nuevas ideas surgen de las mejores mentes de esta época y nuestros científicos y filósofos de Cambridge están a la cabeza. ¿No ha oído usted hablar de la escisión del átomo por un individuo llamado Rutherford? Y Russell, junto con su compañero Whitehead, ha publicado recientemente un trabajo en el que han escindido, por así decirlo, algo mucho más difícil: nuestro sistema numérico en pequeñas partículas de pura lógica. Han consumido unas doscientas páginas antes de llegar al número uno.

—¿Y también han dividido cerebros, Holmes? ¿Es que ahora hemos desarrollado un método para ir arrancando trocitos del cerebro de un hombre, poco a poco, como si fuera un queso Stilton? Todo esto no explica otra cosa que el deterioro de nuestras facultades. Átomos escindidos, lógica escindida, ¡claro!

Pero Holmes ya estaba en pie, ajustándose su gorra de cazador de ciervos, y sin darme cuenta me encontré siguiendo sus pasos hacia la puerta.

—Vamos, vamos —dijo Holmes—. Va usted a tener su día al aire libre, Watson, pero será en los jardines de los enclaustrados catedráticos de la Universidad de Cambridge, y no con los holgazanes pomposos de Green Park. Tenemos el tiempo justo para tomar el tren que sale a las 8:47 de King's Cross.

Durante nuestro apresurado recorrido en coche por las calles de Londres, Holmes se mostró animado, y así continuó, con un inusual buen humor.

—De modo, querido amigo, que usted duda que una mente pueda ser robada. ¿No ha oído usted hablar de las nuevas ciencias psíquicas, por medio de las cuales una mente puede ser absorbida de un cuerpo como la clara de un huevo? Es decir, un cirujano podría extraer la suya o la mía en cualquier momento si viera algo de valor en ellas.

—Mi cráneo no es ninguna cáscara de huevo, se lo aseguro —repliqué—, y espero que el suyo tampoco. Respecto al del señor Bertrand Russell, no puedo hablar.

—El cerebro de Russell es de la mejor calidad que uno puede encontrar en toda Inglaterra —argumentó Holmes—. Vivimos en un país de unos cuarenta millones de cerebros, pero en asuntos de importancia sólo necesitamos ocuparnos de unos pocos. Y si ellos, o los relacionados con ellos por sangre o amistad personal, se encuentran en peligro, nuestro deber como ingleses es ayudar.

—Cumplamos pues con nuestro deber —manifesté—. Si es que sus ciencias psíquicas y sus lógicas escindidas nos dejan algo que investigar. Por no citar esas ansias científicas de seleccionar a la élite de la nación por medio de la genética

mientras los demás nos las arreglamos como podemos. Todas esas nuevas ciencias acabarán por criarnos como animales, seleccionando a los de pura sangre y eliminando a los híbridos, como recomendaba ese tal Galton.

—Exactamente —dijo Holmes con descaro—. *Sir Francis Galton* ha demostrado estadísticamente que el genio es hereditario y él mismo ilustra con claridad sus teorías. Su propio genio es incuestionable, pues ha instituido media docena de ciencias, incluyendo la eugenesia y la psicotecnia, así como la detección de huellas dactilares para aclarar un delito y el estudio de las dimensiones craneales de las clases sociales bajas. Y su propia herencia es impecable. Es primo de Charles Darwin, otro hombre de Cambridge, por cierto, y comparte con él, como abuelos, al gran botánico Erasmus Darwin y al artista Josiah Wedgwood.

—*Sir Francis Galton* —repliqué— tiene al menos dos cosas en común con usted, Holmes: su inteligencia y su desprecio por las opiniones corrientes de la humanidad. He oído comentar la disputa que organizó cuando, con un reloj y un bastón, iba por las calles golpeando a la gente para medir sus tiempos de reacción.

—Pues hay un tercer punto en común —observó Holmes mientras cargaba su pipa.

—¿Un tercer punto? —recalqué—. ¿Cuál?

—La sangre —contestó—. Francis Galton es mi tío.

Tras esto, no volvió a decir una palabra hasta que llegamos a Cambridge.

2 — Pacifistas y puñetazos

EN Cambridge no encontramos precisamente la tranquila atmósfera de ciudad universitaria que esperábamos. Las tiendas que había a lo largo de la calle que seguimos desde la estación estaban cerradas y con las contraventanas echadas, aunque de vez en cuando alguien miraba furtivamente desde detrás de una cortina. Las propias calles estaban desiertas y había restos de basura por todas partes. A lo lejos, en dirección a los colegios, se oían gritos y carreras.

—¿Qué puede ser eso, Holmes? —pregunté—. ¿Habrá sido invadida la ciudad por alguna bestia salvaje?

Holmes, como un sabueso, comenzó a rastrear con rapidez en el montón de desechos.

—Sí, Watson, por la más salvaje de las bestias, la masa humana. ¡Mire aquí!

Con la punta de su bastón señaló un trozo de una pancarta en la que aparecía la palabra PAZ y otra en la que se podía leer LA GUERRA NO es la respuesta, mientras que una tercera rezaba muerte A los partidarios de los boches. Alrededor había piedras y cristales rotos, jirones de ropa y un palo largo de madera con un horrible clavo en la punta.

—Yo diría que ha habido algo así como una concentración política, o tal vez una marcha, que ha sido atacada por sus adversarios y ha acabado en una huida a la desbandada —estimó Holmes mientras se dirigía con decisión hacia la esquina—. La línea de retirada sigue por este callejón y termina, a menos que yo esté muy confundido, justo aquí.

De repente nos encontramos en la calle a la que dan los muros del Trinity College. Junto al gran pórtico medieval había una multitud demasiado agrupada como para lanzarse piedras, pero que daba empujones y se revolvía de un modo bastante agitado. Un pequeño grupo de damas y caballeros, con las ropas muy desordenadas, había sido arrinconado contra el muro por una muchedumbre que vestía las prendas más modestas del populacho local. Los manifestantes pacifistas, pues por tales les tomé, no se estaban defendiendo, sino que intentaban deslizarse por el pequeño postigo lateral para, a través de una galería, alcanzar el patio que había detrás. Su principal defensa era una línea de mujeres que, sombrilla en mano, se interponía entre los caballeros y la muchedumbre, la cual parecía estar dividida entre los que deseaban atacar pasando entre aquellas señoritas instruidas y los que dudaban en golpear a las mujeres. Un pequeño grupo de policías permanecía a la expectativa mientras observaba la escena. No se les veía intención de intervenir, pero parecían intranquilos ante el papel desempeñado por las mujeres, pues alguno de ellos lanzaba de vez en cuando un grito de desaprobación si alguna señorita sufría un empujón innecesario.

La intranquilidad policial se veía aumentada por la actitud de un individuo obeso y de cara sonrosada, vestido con levita y sombrero de copa, que lanzaba sin parar una serie de órdenes desde el otro lado de la puerta. Parecía particularmente interesado en que ninguna de aquellas damas entrara en el colegio, pues repetía continuamente:

—Las horas de visita deben respetarse. Se prohíbe la estancia de señoritas en el colegio antes de las dos y después de las cinco de la tarde. Por favor, señores policías, cumplan con su deber. Las normas deben ser acatadas. Las horas de visita son sólo de dos a cinco, excepto los días de fiesta de la Iglesia Anglicana.

A pesar de la confusión del momento, Holmes encendió su pipa con toda tranquilidad y se acercó a uno de los oficiales.

—Buenos días —saludó Holmes—. Nos espera el señor Bertrand Russell, que reside en este colegio. ¿Sería usted tan amable de ayudarnos?

El policía, ante la apariencia respetable de Holmes, se llevó la mano a la gorra y saludó, pero después un gesto ceñudo apareció en su rostro.

—Lo lamento, caballero, pero el señor Bertrand Russell está ocupado en este momento. Usted mismo puede verlo. Es aquél, el que está en medio de ese montón de agitadores.

Con un ademán, señaló en dirección a un individuo pequeño y delgado que se encontraba en el centro del tumulto. Russell, a pesar de haber perdido el sombrero y llevar el cuello de la camisa roto, tenía un aspecto de dignidad impecable y se esforzaba por llegar hasta la puerta mientras un par de jóvenes campesinos le agarraban de la levita y un fornido hacendado le descargaba su fusta en la cabeza.

—Ya, ya veo —dijo Holmes con tranquilidad—. Tal vez, si usted nos prestara ayuda, tanto el señor Russell como nosotros podríamos abrirnos camino a través de esta aglomeración y llegar hasta la paz de sus habitaciones.

El policía, que parecía emplear todas sus energías en mantener una postura de obstinada inmovilidad, nos examinó con cierto recelo.

—Un momento. ¿Y cuál es la naturaleza de su relación con el señor Russell? Porque usted podría ser también un agitador pacifista.

—Le aseguro —subrayó Holmes— que ni la guerra ni la paz tienen el más mínimo interés para mí. Soy Sherlock Holmes, detective privado, y mi relación, como la suya, es meramente profesional. Si tiene usted alguna duda al respecto, puede consultar al inspector Lestrade, de Scotland Yard.

—Muy bien, señor —replicó el oficial—. Le confieso que me tranquiliza oír eso. Pero, en las actuales circunstancias, ha de pedir permiso al vicemaster^[2] para entrar —explicó señalando al orondo individuo del sombrero de copa—. Mi autoridad termina aquí, en la puerta.

En ese momento, una hermosa señorita de rizado pelo rojo salió de la muchedumbre y agarró al oficial por el brazo.

—¡Tiene que ayudar a ese hombre! —exclamó señalando en dirección a Russell, a quien sus agresores habían hecho caer y estaban golpeando violentamente con las

botas—. ¡Le van a matar!

Como si de una fila de soldados de juguete se tratara, el grupo de policías se puso firme, dirigiendo sus miradas fijas por encima de la dama.

—¡Se trata de un eminente científico! —exclamó.

Los agentes no hicieron el menor movimiento.

—¡Es conocido en todo el mundo! —insistió.

No hubo respuesta.

—¡Y además es hermano de un Conde! —concluyó.

Al oír esto, los policías vacilaron y miraron al oficial con cara de duda. Este frunció el ceño y dio un paso adelante haciendo sonar con fuerza su silbato.

—Bueno, ¡basta de merodear por aquí! ¡Se acabó la diversión! ¡Circulen!

La hilera de agentes avanzó, porra en mano, haciendo retroceder a la multitud, que comenzó a disolverse lentamente. Los pacifistas aprovecharon para ponerse a salvo a toda prisa. Russell, al parecer no muy malparado, se incorporó y consiguió cruzar la puerta. Parte de la multitud, irritada por el inesperado cambio de los acontecimientos, se volvió contra la policía, por lo que pronto las porras comenzaron a agitarse con mayor violencia y algunos de los agresores resultaron heridos.

El hacendado corpulento que había golpeado a Russell se encontró de frente con el oficial de policía y protestó amargamente.

—Un momento, agente, ¡se está usted equivocando! ¡Yo no soy ningún agitador comunista boche! ¡Soy anticomunista!

—¡No me importa qué tipo de comunista sea usted! —exclamó el oficial mientras le golpeaba con la porra.

La refriega continuó entonces en serio, con reparto de golpes por ambos lados. Los pacifistas ya no entorpecían la escena con su pasividad; al menos los hombres habían desaparecido y, aunque quedaban algunas damas, éstas ya no recibían ninguna protección comedida de la policía, que, por otra parte, había perdido casi todo comedimiento. Sólo el vicemaster permanecía inflexible ante la puerta, gritando una y otra vez:

—¡No se permite la entrada de ninguna señorita al colegio hasta las dos! ¡La moralidad de este centro no será quebrantada! ¡De dos a cinco nada más!

La joven pelirroja seguía en medio de la pelea ayudando a los últimos rezagados de su bando. Su sombrilla sobresalía entre las porras de la policía y daba la impresión de que la batalla giraba en torno a ella. A medida que la pelea iba llegando a su término, sus energías parecían ir en aumento. Por fin, dos policías la agarraron de los brazos mientras un tercero le arrebatava violentamente la sombrilla. Una vez en el aire, otro agente se dispuso a ponerle unas esposas.

—Digo yo, Holmes, si no deberíamos intervenir —propuse—. Parece una dama muy educada y creo que está a punto de sufrir una gran injusticia.

—Un momento, Watson —contestó Holmes, con su pipa en la mano—. Me da la impresión de que la joven no ha agotado todos sus recursos aún.

Holmes llevaba razón. La debilidad de la joven pelirroja sólo era temporal. De repente, aprovechando que la presión ejercida sobre sus brazos era menor, consiguió liberarse y, tras propinar un sonoro guantazo a uno de los agentes y derribar a otro con un fuerte puntapié, salió disparada hacia la entrada del Trinity College. Sólo el vicemaster se interpuso en su camino.

—No se puede entrar, señorita. Las horas de visita...

Un formidable puñetazo en su abultado estómago interrumpió aquella explicación. El obeso caballero Retrocedió dando tumbos y la joven cruzó el umbral a toda velocidad. El vicemaster, aunque no podía competir en agilidad, se lanzó con movimientos pesados en su persecución. En un instante, los dos habían desaparecido por la galería.

—Watson —señaló Holmes esbozando una sonrisa—, la entrada ha quedado expedita. Tal vez ahora podamos asistir a nuestra cita con el eminente señor Russell.

3 — El cerebro de Bertrand Russell

BERTRAND Russell era un hombre de unos cuarenta años, esbelto, enjuto, con el pelo liso y encanecido, y una expresión solemne por encima de su largo cuello que le daba el aspecto de una grulla inteligente. Tras recibirnos en sus habitaciones, que daban a uno de los patios del Trinity College, nos ofreció asiento. Se había puesto una levita nueva y otro cuello blanco, y la refriega de afuera parecía quedar muy lejos de su mente.

Holmes y yo nos acomodamos en un sofá flanqueado por dos magníficas butacas de orejas; Russell permaneció en pie, junto a la chimenea. Al otro lado de la habitación había una mesa de trabajo con un vistoso tapete de color rojo. Sobre ella, un montón de papeles celosamente ordenados se apilaba en un extremo; en el otro, había una pluma y una escribanía, y en medio, una hoja de papel con algunas líneas escritas trazaba escrupulosamente una diagonal. Tras la mesa, un par de celosías emplomadas se abrían para permitir la entrada del aire fresco de la mañana y, a ambos lados, unas cortinas azul oscuro colgaban con pliegues cuidadosamente estudiados. En una vitrina de madera noble, con puertas de cristal, había una reducida colección de libros; la mayoría de ellos eran grandes volúmenes con el blasón de la imprenta de la Universidad estampado en oro, o pesadas encuadernaciones en piel con la letra gótica característica de las ediciones alemanas. Las paredes de la habitación eran de un blanco austero y no había cuadros, sólo tres grabados de los laberintos de Piranesi.

—Me alegra mucho que haya venido, señor Holmes —señaló Russell—. Siempre le he admirado por su afán en ser metódico, observador y profundo en sus investigaciones. Aprecio mucho estas cualidades. He dedicado toda mi vida a su desarrollo y me temo que ahora pueden estar en peligro.

—¿Cuál es exactamente la naturaleza de ese peligro? —inquirió Holmes.

—Tiene que ver fundamentalmente con un joven filósofo, Ludwig Wittgenstein, que acaba de llegar desde Viena. Es un hombre extraordinario y sus ideas son de gran importancia. Creo que no sería una exageración decir que el futuro de la filosofía está en sus manos. Y ahora se encuentra sometido a una amenaza insidiosa de origen desconocido.

—¿Ha sido Wittgenstein amenazado físicamente?

—No estoy seguro. Es muy suspicaz y parece estar en guardia frente a algo. Pero creo que la amenaza es más íntima y que actúa principalmente sobre su mente. Por la noche suele venir a mi habitación y se pasea de un lado para otro sin pronunciar una palabra. A veces está así durante horas, y yo tengo que quedarme con él porque a ambos nos da la impresión de que si le dejo ir a sus habitaciones acabará suicidándose.

—¿Es eso lo que le preocupa?

—Sólo en parte. Hay una serie de pequeños indicios que me llevan a pensar que Wittgenstein está cayendo paulatinamente bajo alguna inexplicable influencia maligna. Cada vez se le ve más preocupado, más irritable. Sospecha de todo el mundo, pero no sé por qué razón. Si fuera por algo concreto, el asunto no sería tan complicado, pero así resulta de lo más siniestro y confuso. Y a mí, que soy un amante de la claridad, todo esto me afecta profundamente. Me gusta ver las cosas a la luz de un mediodía soleado y esto se parece más a un amanecer cuando uno se encuentra aún medio dormido. Estoy seguro de que algo ocurre. Percibo aquí ciertos indicios con la misma claridad que veo que Europa se está preparando para una gran guerra y que llegaremos a un punto en que bastará una chispa para que todo salte.

—¿Qué puede usted decirme de los orígenes de Wittgenstein?

—Me temo que muy poco. Ya le he mencionado que procede de Viena. Me parece que su padre era ingeniero industrial y que también él estudió Ingeniería en las facultades de Berlín y Manchester antes de venir a Cambridge. Creo que vino porque le dijeron que yo podía ayudarle en algunas cuestiones relacionadas con las matemáticas.

—Por tanto se trata de un reciente converso a la filosofía.

—Sí, así es.

—Y respecto a la naturaleza de sus trabajos, sin duda habrá recogido la lógica de proposiciones que usted introdujo en sus Principia Mathematica y habrá hecho un desarrollo interesante de ello.

—Exactamente —contestó Russell—. Deje que le explique la importancia de lo que él ha realizado. El propósito de la filosofía es alcanzar la certeza absoluta y yo siempre he considerado a las matemáticas como el principio más cierto de nuestro mundo. Por ello, hace algunos años, me sentí muy preocupado cuando descubrí que hay muchas cosas en las matemáticas que no están en absoluto demostradas, pero que deben aceptarse como axiomas. Mi amigo Whitehead y yo nos propusimos remediar esa situación y, tras muchos años de duro trabajo, lo conseguimos en cierta medida. Cuidadosamente, dedujimos gran parte de la ciencia matemática a partir de un claro fundamento lógico. He de reconocer que hemos encontrado algunos obstáculos y que Whitehead ha abandonado recientemente las investigaciones. Yo solo no me siento capaz de seguir adelante con el trabajo.

Al llegar a este punto Russell se inclinó ligeramente, como si estuviera soportando un gran peso. Tras unos instantes, echó los hombros hacia atrás y continuó:

—Resulta extraordinariamente afortunado que Wittgenstein haya llegado justo en este momento y haya reanudado la tarea en una dirección nueva e importante. Se propone aplicar el método lógico no sólo a las matemáticas sino también al lenguaje ordinario para derivar todas las expresiones verbales posibles de ciertos hechos atómicos irreductibles. Si lo consigue, será un tremendo paso adelante hacia el

descubrimiento de la verdad absoluta. Porque, si las matemáticas son el lenguaje de la ciencia, las palabras son el lenguaje de todo lo demás. Lo que Wittgenstein está haciendo supondrá una revolución filosófica de proporciones históricas. El trabajo de muchos siglos quedará obsoleto.

—¿Y usted cree que a alguien le podría interesar que eso no ocurriera?

—Todavía no hay una sola interpretación que me convenza. Si la filosofía tiene períodos revolucionarios, también tiene clases dirigentes, y queda al menos dentro del precedente político que un régimen que se está derrumbando se agarre a cualquier cosa para prolongar su existencia ante lo inevitable. Aunque nosotros libramos nuestras batallas intelectuales con armas bastante más etéreas; al menos, eso espero.

—¿Tiene Wittgenstein enemigos?

—¿Enemigos? —preguntó Russell—. Tiene una personalidad muy corrosiva, pero usted mismo puede comprobar que Cambridge es bastante tolerante con las peculiaridades personales. Aquí uno puede vivir, si quiere, en la Edad Media o en el mundo de los esquemas utópicos sin que a nadie le importe mucho. Aunque creo que Wittgenstein es considerado con cierta desaprobación por parte de algunos viejos catedráticos.

—¿A causa de sus ideas?

—No, porque se niega a llevar corbata en la mesa de la presidencia. Una vez, el vicemaster le recriminó su actitud y desde entonces no quiere bajar al comedor y hace todas las comidas en su habitación. Pero esos enemigos, si así se les puede llamar, son sólo figuras de diversión. El mismo vicemaster no es más que un fanático de la indumentaria. En cierta ocasión se produjo una alarma de fuego en mitad de la noche y salió vestido con frac y sombrero de copa.

—Sin embargo, debe de haber otros antagonistas más serios —apuntó Holmes acercándose a la chimenea al tiempo que sacaba del bolsillo una cachimba de madera de brezo—. He oído decir que en la vida académica hay a veces intensas disputas sobre cuestiones de primacía intelectual.

—Cierto —dijo Russell frunciendo el ceño—. Newton y Leibniz, y sus respectivos partidarios, mantuvieron una batalla, que duró un siglo, sobre quién fue el primero en inventar el cálculo. Pero Wittgenstein parece indiferente al peligro que pueda derivarse de ese asunto. Le he oído comentar que es poco probable que haya alguien que piense en algún aspecto de su trabajo en el que él no haya pensado ya.

—Comprendo —asintió Holmes mirando con atención a la cazoleta de su pipa mientras la llenaba de tabaco—. Parece que únicamente llegamos a conclusiones negativas. Y sin embargo, usted está convencido de que existe peligro para la filosofía y para Wittgenstein en particular. Intuye, a partir de determinados signos, que Wittgenstein puede perder su mente y que ello se debe a una influencia externa. ¿Podría usted darme algún otro motivo para sus sospechas?

—A decir verdad, no. Pero percibo esa influencia con tanta intensidad que me tiene hondamente impresionado. Espero, señor Holmes, que no dude de mí cuando

digo que considero este asunto de primerísima importancia.

—No estoy poniendo en duda su sinceridad, señor Russell —subrayó Holmes antes de encender la pipa y tirar descuidadamente la cerilla a la chimenea—. Pero examinemos las cosas de un modo diferente. Dice que hay poderosas influencias en juego. Pero ¿está tan seguro de que apuntan a Wittgenstein y únicamente a él? ¿No es posible que sea usted el objetivo? —añadió mirando fijamente a Russell.

Por primera vez en toda la entrevista, Russell pareció sorprendido. Estiró su cuello de avestruz y, desde la distancia que le imponía su desconcierto, dirigió la mirada hacia nosotros.

—Una excepcional idea, sí señor.

—¿Tiene usted algún enemigo?

—Espero que no. Aunque, pensándolo bien, tal vez haya alguno. Es una sospecha inicua, no cabe la menor duda, pero al parecer el mundo es cada vez bastante más inicuo de lo que yo suponía. Me temo que mis actividades políticas a favor de la paz no sean demasiado populares en algunos ambientes.

—Hemos podido comprobarlo por nosotros mismos —repuso Holmes—. Pero ¿realmente está usted tan dedicado a la política como a la filosofía?

—¿La política? —repitió Russell haciendo un gesto de desaprobación—. No, eso es un reflejo innato, una tradición familiar, y la filosofía no. Mi abuela me saludó una vez diciendo: «Pero bueno, Bertie, ¡he oído que has publicado otro libro!», con el mismo tono que si hubiera oído que me habían condenado por sodomía. Pero no, no veo qué relación pueda tener con los asuntos intelectuales por los que le he llamado.

—¿No tiene usted adversarios intelectuales?

—Hay pocas personas a las que mis opiniones hayan convencido, aunque estoy muy satisfecho de haber llegado en algunas cuestiones a la verdad fundamental. Pero no, señor Holmes, no es fácil deducir un peligro personal a partir de esos presupuestos. Debe usted entender que en estos momentos no estoy muy entregado a ocupaciones puramente intelectuales.

—Entonces ¿se dedica usted principalmente a la política?

—Espero poder hacer algo útil en ese campo. Cuando era más joven e inteligente, me dedicaba únicamente a las matemáticas. Después, como me sentía demasiado viejo para el esfuerzo mental, me entregué a la filosofía. Y ahora que mi cerebro está casi agotado, me he vuelto hacia la política.

—¿Bromea usted, señor Russell?

—Ni mucho menos. En serio, cuando comencé mis investigaciones sobre los fundamentos de las matemáticas descubrí una contradicción^[3] que amenazaba todo el sistema y que no dejó de pesar sobre mi cerebro durante cuatro años. Fue tremendamente desagradable. Al final encontré lo que parecía ser el principio de una solución. En resumen, me pasé diez años desarrollando la estructura del sistema y cuando terminé me di cuenta de que nunca más volvería a ser capaz de una concentración semejante. Mi cerebro está agotado, señor Holmes. Sólo quedan en pie

sus cuatro paredes y algunos restos chamuscados.

—Ha dicho usted que Whitehead, su colaborador, ha abandonado la empresa. ¿Es que hubo alguna tensión entre ustedes?

—No en el terreno personal. Whitehead es un hombre muy poco mundano. Su padre fue un párroco rural y él todavía tiene una obra eclesiástica, la Historia del Concilio de Trento, como libro de cabecera.

—¿Y no ha habido celos entre ustedes?

Aquel cuello de avestruz se estiró de nuevo.

—Creo que no. ¿Hay algún fundamento para deducir tal cosa, señor Holmes?

Holmes, algo abstraído, alzó la mano en la que sostenía su pipa.

—Es costumbre que los autores que publican un libro juntos dispongan sus nombres en orden alfabético, señor Russell, a menos que uno de ellos sea claramente más importante. Sin embargo, en los Principia Mathematica sus nombres aparecen como Whitehead y Russell, a pesar de que la doctrina que contiene se atribuye generalmente a Russell. De esto deduzco que existe alguna situación personal delicada entre ustedes y que usted procura por todos los medios suavizarla.

Aquel largo cuello se arqueó una vez más de un modo tenso y, tras llegar a un límite secreto, volvió a su posición normal.

—Es usted muy ingenioso, señor Holmes. Pero no quisiera hablar más de este asunto. Solamente le diré que Whitehead fue mi superior aquí en Cambridge y que fue él quien me propuso para entrar en los Apóstoles.

—¿Los Apóstoles?

—Es una sociedad que se reúne los sábados por la tarde para discutir libremente todo tipo de asuntos. Procede de la época de Hallam y Tennyson. Cuando hace unos veinte años me incorporé a ella como estudiante, en su seno se podía hablar libremente de religión en un momento en que para ingresar en el colegio se exigía profesión de fe en la Iglesia Anglicana, y nosotros andábamos buscando una vía hacia el ateísmo. Desde entonces ha sufrido un cambio, bajo la influencia nada saludable de Keynes y Strachey, tendente a acabar con tabúes bastante diferentes de aquellos.

—¿He de suponer que no todo el mundo puede pertenecer a ella?

—Desde luego. Hay una selección. Hubo un año, antes de que yo llegara, que no tenía más que un miembro. Asistía él solo a las reuniones semanales, leía el ritual y hacía los brindis, llegando a proponer nuevos miembros y a rechazarlos por no cumplir las condiciones. Al final, como usted puede suponer, nombró algunos candidatos que le parecieron aceptables, y de ese modo la sociedad ha sobrevivido y prosperado.

—¿Es Wittgenstein miembro?

—Fue invitado, pero rehusó la invitación. Me temo que ése es el motivo por el que habla mal de él cada vez que se pasa lista en una reunión.

—¿Y habla él mal de usted? —preguntó Holmes.

—Él no sabe nada acerca de eso. Es como un juego secreto y ritual. Se supone

que la existencia de la sociedad no es conocida por los que no pertenecen a ella. Creo que no somos más que unos niños con cerebros grandes, pero me parece una diversión sana. Wittgenstein, sin embargo, no cree ni en el boato ni en la diversión.

En ese momento Holmes sacudió las cenizas de su pipa y se dispuso a partir.

—¿Acepta el caso, señor Holmes? —preguntó Russell—. Mire usted, la Filosofía es como nadar. Hay una tendencia natural a flotar en la superficie y cuesta un gran esfuerzo sumergirse en las profundidades. Temo que no haya nadie más que pueda hacerlo, pues las mejores esperanzas de Cambridge están acabadas.

—El caso presenta uno o dos puntos interesantes —contestó Holmes—. Por otra parte, no quisiera decepcionar a una persona de su distinción. Dígame, ¿dónde se encuentra Wittgenstein ahora?

—Se aloja en Nevile's Court^[4]. Yo le mostraría el camino, pero me he asignado la tarea de redactar un mínimo inalterable de diez páginas al día y todavía no he terminado. Además la visita no resultaría del todo satisfactoria.

—¿Por qué? —dijo Holmes.

—Porque Wittgenstein ha desaparecido. Nadie le ha visto desde hace cinco días.

4 — Los menesteres de una dama

BAJAMOS las escaleras y atravesamos el solitario patio interior. Al llegar a la galería que conduce a otra ala de ese laberinto que es el colegio, Holmes me puso la mano en el brazo.

—Un momento, Watson. Desde aquí se ve más de lo que parece.

Con un gesto me indicó que mirara hacia atrás, al otro lado del patio. Se veían con claridad las ventanas de Russell en el tercer piso y las de las habitaciones contiguas de la izquierda, así como las de cada rellano de la escalera que había entre ellas. Debido a la oscuridad de la galería, a nosotros no se nos podía ver.

Russell estaba sentado a su mesa, con un aire de abstracción profunda en el rostro. En ese momento se puso en pie repentinamente, se dirigió hacia la puerta y luego volvió a sentarse.

—No veo qué puede haber de extraño, Holmes —señalé—. A pesar de su aplomo, el hombre acaba de sufrir una experiencia angustiosa. Debería estar incluso más nervioso.

—Tal vez haya sido eso —señaló Holmes—. Pero haga el favor de observar aquella ventana del segundo piso, a la izquierda de las escaleras.

Debía de ser la habitación de algún estudiante, vacía en aquel momento porque su ocupante asistía a una conferencia o a algún otro acto del colegio. De repente, alguien se movió en el interior y distinguí el brillo de unos cabellos rojos.

—Caramba, Holmes, lleva usted razón. Es ella, la joven pacifista.

—No tan pacifista, si recuerda usted bien —comentó Holmes sonriendo y señalando de nuevo.

Aquellos cabellos rojos habían desaparecido de la ventana. De pronto surgieron de nuevo en el descansillo entre el segundo y el tercer piso. Evidentemente la dama se dirigía hacia la habitación de Russell.

Y él parecía estar esperándola porque había abandonado la mesa y se dirigía de nuevo hacia la puerta.

Transcurrieron varios minutos sin que nada ocurriera. La puerta no se abrió; Russell se quedó junto a ella, inmóvil. Finalmente, se retiró y cruzó la habitación. Desapareció de nuestra vista y luego reapareció en la otra ventana, la del dormitorio de la derecha.

No se veía a la joven pelirroja por ninguna parte. Al cabo de un rato hubo cierto movimiento en los rellanos de arriba. Un estudiante había salido de su habitación en el cuarto piso y bajaba por las escaleras. Le vi pasar por todos los descansillos hasta que apareció por la puerta en dirección al otro extremo del patio, hacia la galería que había frente a la que ocupábamos nosotros.

—¿Pero dónde se ha ido la joven? —murmuré.

—Tercer piso, la ventana de la izquierda —contestó Holmes.

En efecto, allí estaba aquel resplandor rojizo, saliendo por la puerta. Pero no apareció en el salón de Russell, pues éste seguía visible y solo en la ventana de su dormitorio.

Aquellos cabellos rojos atravesaban ahora el descansillo en dirección al cuarto piso, y en un momento vi a la joven moverse a través de las ventanas del salón y el dormitorio que había encima de los de Russell. Entonces desapareció de nuevo y, al cabo de unos minutos, reapareció en la habitación de Russell.

—¡Increíble! —exclamé—. Debe de conocer un pasadizo secreto.

—O atravesar las paredes —replicó Holmes chupando su pipa con satisfacción—. Observe, Watson.

Russell se puso en pie de un salto. La joven parecía recriminarle y extendió los brazos un par de veces hacia él. En ambas ocasiones Russell retrocedió, acercándose poco a poco hacia la puerta del salón.

Holmes soltó una risita.

—Tiene menos importancia de lo que pensaba, Watson. Sencillamente una variante de una eterna comedia humana. Había oído decir que Russell era bastante liberal en la cuestión de las relaciones entre los sexos, pero parece ser que su alumna está más dispuesta a seguir sus teorías que él.

Holmes se disponía a marcharse cuando un movimiento en el otro extremo del patio llamó su atención. Una figura corpulenta, con sombrero de copa, surgió de la galería de enfrente. Era el vicemaster, y daba la impresión de que él también había visto las siluetas en la ventana del dormitorio de Russell. A grandes pasos, se dirigió resueltamente hacia las escaleras y pudimos entrever cómo el sombrero se bamboleaba lenta y ponderosamente al pasar por los descansillos.

Pero ahora Russell estaba de nuevo sentado a la mesa y no se veía a la joven pelirroja por ninguna parte. El vicemaster debía de haber llamado a la puerta, pues Russell se levantó para abrirle. El sombrero de copa se revolvió airadamente por el salón y luego recorrió el dormitorio mientras Russell le observaba tranquilamente. La dama se había ido.

—¿Pero dónde...?

—Venga, Watson. Por aquí —cortó Holmes.

Acto seguido salió disparado por la galería, a través de un laberinto de patios y corredores, hasta salir de nuevo al aire libre, donde un pequeño grupo de ventanas, con sus correspondientes contraventanas, se elevaba junto a un muro cubierto de parra virgen que llegaba desde el suelo hasta el cuarto piso. Efectivamente, allí estaba la joven pelirroja, a punto de saltar desde el alféizar de una ventana, a un par de metros de altura. Tras dirigirnos una sonrisa llena de confianza, aterrizó limpiamente delante de nosotros.

—Una agilidad excepcional, *madame* —comentó Holmes—. ¿Puedo preguntar con quién tengo el honor de hablar?

—No tan excepcional —contestó—. Cualquier mujer podría hacerlo. En realidad cualquier hombre podría... si desarrollara sus habilidades innatas. En cuanto a su pregunta, me llamo Annie Besant.

—Claro —dijo Holmes—. Usted es la señorita Besant, en un tiempo famosa por sus campañas obreras, y actualmente directora de la Sociedad Teosófica como sucesora de la extraordinaria *Madame Blavatsky*.

—Eso es —asintió Annie Besant—. Y me gustaría preguntarle lo mismo, aunque mi intuición me dice que no es usted catedrático del colegio y que es un buen hombre, pues está unido por vibraciones positivas a mi amigo Bertrand Russell.

—Mi nombre es Sherlock Holmes, y éste es mi amigo, el doctor Watson. Y es cierto que somos amigos de Russell. ¿Pero qué relación tiene usted con él? Hay una gran distancia de la filosofía ocultista a la lógica matemática de Russell, e incluso a sus inquietudes políticas sobre la paz y la guerra.

—El reino de la luz es todo uno frente a las fuerzas de la oscuridad, señor Holmes —observó la joven melodiosamente—. Bertie es todavía muy racional y no comprende su capacidad de intuición, aunque tiene mucha. Por ello, en este momento tiene especial necesidad de un guardián psíquico, ahora que lleva tanto peso sobre sus hombros y se expone a tantas cosas negativas.

—¿Qué es eso tan negativo que usted percibe?

—Bertie y yo hemos participado juntos en más de una causa —señaló Annie Besant—. Hemos luchado por los derechos de los trabajadores pobres y por los de los ateos e inconformistas a publicar sus opiniones. Sufrimos una campaña electoral en la que Bertie recibió tantos improperios por defender el sufragio femenino como los que ha sufrido hoy por defender la paz. Por eso, cuando me enteré de que esta mañana iba a hablar en un mitin, sentí que necesitaría mi presencia. No, más que sentirlo, lo sabía. Y por eso vine.

—Increíble —comentó Holmes—. ¿Podría usted describir con más precisión la naturaleza de ese sentimiento?

—Se trata de una fuerza superior a nosotros, señor Holmes. ¿No la ha sentido usted nunca?

—Yo observo y reflexiono —dijo Holmes—. Los sentimientos resultan superfluos para esas tareas.

—Oh, pero yo sé que usted cambiará pronto —afirmó la joven con convicción—. Tengo la impresión de que experimentará ese sentimiento en breve.

—Aguardaré a que se produzca tal experiencia —señaló Holmes—. Pero dígame: ¿fue ese mismo sentimiento el que le llevó a descolgarse por el emparrado desde el cuarto piso hasta la ventana trasera de los aposentos de Russell?

—Ya veo que no lo aprueba, señor Holmes. Pero ¿es por el emparrado por lo que está usted tan preocupado, o porque sea una mujer la que trepe para visitar a un hombre en lugar de ser al contrario, como decreta la vieja tradición?

Me quedé sin saber cómo habría respondido Holmes a aquel violento ataque

femenino, pues en ese momento la figura del sombrero de copa apareció en el corredor que había detrás de nosotros.

—¡Alto ahí! Vaya, por fin la tengo. ¿Es que no conoce usted las normas sobre las visitas femeninas? Sólo de dos a cinco y, más exactamente, fuera de las habitaciones del colegio, por no mencionar la regla que prohíbe los insultos a un cargo del centro. ¡Haré que la expulsen! Si fuera usted miembro del colegio, pero como no lo es...

El vicemaster se quedó sin aliento ante la enormidad de los ultrajes a sus normas y a su lógica. Apenas reparó en Holmes y en mí.

Annie Besant sólo le miraba con desdén. Aprovechando una pausa del vicemaster, retrocedió hacia la sombra que proyectaba la pared para oscurecer de este modo el brillo de su cabello rojo. Entonces comenzó a hablar con una extraña vocecita.

—Sí, debería ser expulsada —murmuró—. Por lo menos deberían echarla. De dos a cinco ¿no es así? Lo mejor es que consulte su reloj.

El vicemaster estaba perplejo. Miraba a Annie, pero parecía que no lograba ver lo que quería. Se secó la frente con un gran pañuelo de seda y sacó de su chaleco un ostentoso reloj con una larga cadena de oro.

—Sí, de dos a cinco, esa es la norma. No son aún ni las once...

Al mirar la esfera del reloj, su voz fue cayendo en un murmullo; ahora sonaba como la de ella, o mejor dicho, de algún modo misterioso, ella había hecho que la voz interior del vicemaster saliera afuera.

—Eso es —continuó Annie, imitando aquel murmullo—. De dos a cinco, eso está claro. Pero ¿dónde está la joven pelirroja? Entró aquí... Debe de haberse marchado ya. ¡Un momento! ¿No es aquélla? —dijo señalando de repente hacia el oscuro corredor.

El vicemaster se recobró y dio media vuelta. Con un suspiro, puso en movimiento su mole y avanzó pesadamente por el corredor, voceando y murmurando para sí mismo alternativamente:

—De dos a cinco, esa es la norma. De dos a cinco...

Pero no era sólo el vicemaster quien estaba asombrado. Yo también me había vuelto a mirar en la dirección indicada por el dedo de Annie Besant, y había vislumbrado una sombra pelirroja, de formas femeninas, que se alejaba con rapidez.

Me volví hacia la verdadera Annie Besant, que estaba a nuestro lado, pero también se había ido. Holmes se limitó a sonreír e hizo un gesto hacia la puerta del corredor, en dirección opuesta a la que el vicemaster había seguido.

—¡Holmes! —exclamé—. ¿Ha visto usted eso?

—No he visto lo mismo que usted —contestó—, pero he observado cómo miraba y puedo deducir lo que estaba ocurriendo en su mente. Ya basta, Watson. Las damas, tal y como son, pueden llegar a ser bastante mágicas. No sé si considerar afortunado a Russell o no por tener a ésta cuidando de él.

5 — El jardín del país de las maravillas de Alicia

—¡QUÉ curioso! —señalé.

—Sí, cada vez es más curioso —dijo Holmes—. Y no me sorprendería que aún hubiera más.

Íbamos paseando hacia los Backs, praderas de césped que hay a la espalda de los colegios, al otro lado del río Cam. Junto al sendero se encontraban los jardines de los catedráticos, delimitados por setos verdes y muros, y con puertas singularmente labradas. Hacía una espléndida tarde de primavera. Unas ligeras nubes blancas cruzaban lentamente el cielo azul. La brisa, cálida y suave, soplaba en nuestros rostros.

—Mire, Watson —continuó Holmes—. Russell es bastante perfecto, demasiado quizás, como para ser el típico amante tímido. Aquí hay algo más de lo que parece.

—¿Cree usted que Russell no nos ha dicho todo lo que sabe?

—Esa hipótesis no hay que desecharla. Sin embargo habría que pensar ahora en otra dirección. ¿De dónde proceden las influencias que alteran a Wittgenstein? Russell ha descartado la cuestión de las primacías intelectuales así como la de enemistad personal. Con todo, entre los intelectuales deben existir otras fuentes de discordia. A Wittgenstein no le preocupa mucho que alguien llegue a sus mismas ideas por sí solo. Se valora, y creo que con razón, pues hasta ahora va por delante de todos. Pero ¿no podría preocuparle que le robaran esas ideas?

—Poco podría hacer el ladrón, pues, cuando las publicara, Wittgenstein podría acusarle legítimamente del robo. Parece ser que tiene testigos que podrían dar fe de su paternidad.

—Sí, puede que sí, a menos que el ladrón las publicara en el extranjero. Entonces surgiría una disputa por la propiedad de esas ideas que duraría siglos, sin que la reputación de quien primero las ha publicado disminuyera.

—¡Qué vileza! —exclamé—. ¿Es que no hay más honradez entre los intelectuales?

—No conozco ningún otro grupo en el que haya menos —señaló Holmes con ironía—. Como trabajan con ideas muy abstractas e impersonales, se niegan a admitir que haya una ventaja personal en poseerlas. Pero la piratería intelectual no es la única posibilidad en este caso. También puede ocurrir que haya personas que no deseen que las ideas de Wittgenstein se publiquen.

—¿Se refiere usted a los conservadores, cuyas ideas quedarían obsoletas ante las de él?

—Podría ser. O a los revolucionarios rivales, a los que no les gustaría ver cómo el foco de atención pasa de sus tesis a las de él. Sería mucho más sencillo impedir que sus ideas aparecieran en lugar de robárselas.

—¡Claro, Holmes! Pero eso implicaría verdaderas amenazas físicas contra el individuo.

—Físicas, o psíquicas. Y hay, por supuesto, una tercera influencia que incluye a ambas.

—¿A qué se refiere?

—A las químicas, Watson: drogas. El comportamiento de Wittgenstein puede ser una pura reacción fisiológica. Los esfuerzos por abandonar una adicción opiácea y las manías persecutorias que la acompañan me resultan demasiado familiares, como usted recordará^[5]. Consideremos si no puede haber ahí una verdadera amenaza. En tal caso, todavía no sabemos de quién partiría o por qué motivo. Hemos supuesto que sólo hay en juego cuestiones intelectuales. Pero puede haber algún antiguo asunto personal, que provenga del extranjero. He constatado esto en muchos de mis casos. Y además está también la cuestión Aria.

—¿La cuestión Aria, Holmes?

—Antisemitismo, Watson. Actualmente está muy de moda en el continente. Detecto algo en el nombre de este filósofo vienés y recuerdo que Viena es una ciudad con una amplia población judía y uno de los centros del antisemitismo. Es posible que algún enemigo haya seguido los pasos de Wittgenstein desde allí. O que la actual situación internacional haya motivado ataques, aquí en Inglaterra, contra cualquier visitante que proceda de las naciones alemanas.

Durante un rato paseamos en silencio. Cerca de nosotros, un estudiante con sombrero de paja se dedicaba a matar el tiempo sobre la popa de una batea estrecha y alargada, impulsando la embarcación junto a las orillas del Cam con la ayuda de una pértiga. Los sauces colgaban lánguidamente sobre la superficie espejada de las aguas, que fluían con lentitud. De trecho en trecho, unos puentes de piedra de pronunciadas rampas cruzaban el río y algunos pequeños canales abandonaban el curso de la corriente y serpenteaban por las praderas de césped. A lo lejos se elevaban las torres y agujas góticas de los colegios, y en el aire se escuchaban trinos de pájaros y tañidos de campanas.

Finalmente Holmes rompió su silencio.

—Increíble, ¿verdad, Watson? Es difícil saber si ésta es la verdad o la tierra de la ilusión. Todos estos filósofos atormentados y estudiantes distinguidos en este mundo de cuento de hadas repleto de edificios del siglo dieciséis. Y estos jardines privados para los catedráticos de cada colegio. Entremos aquí. En un jardín como éste, el lógico de la paradoja, C.L. Dodgson, escribió sus libros de fantasías, oculto bajo el seudónimo de Lewis Carroll.

Atravesamos una cerca y nos encontramos en el jardín más hermoso que jamás había visto. Las praderas de césped aterciopelado describían una curva entre setos de curiosas formas. Había macizos alargados con rosas y tulipanes, grupos de lirios y narcisos amarillos dispuestos de un modo ondulante, y unos cuantos cerezos agrupados aquí o allá. Las fragancias se sucedían en el aire puro y cálido mientras

recorriamos lentamente aquel laberinto lleno de color. Una de las praderas había sido aprovechada para hacer un campo de *croquet* y no me hubiera sorprendido ver flamencos con el cuello doblado para servir de mazos o haberme encontrado a la sota de corazones, huyendo con las tartas robadas, o a una oruga que hablara.

—¡Los Apóstoles! —exclamó Holmes, retomando el hilo de su pensamiento—. ¿Podría ser nuestra clave? Esa sociedad exclusivista de la élite intelectual, con sus rituales y sus juramentos secretos, su ateísmo y sus nuevas tendencias extrañas. Sí, creo que debemos investigar a los Apóstoles.

—Desgraciadamente no tenemos una lista de los miembros, excepto Russell y los que él mencionó, Keynes y Strachey. Aunque Lytton Strachey ha abandonado Cambridge y ahora frecuenta, según he oído, un grupo de Londres, conocido como el círculo de Bloomsbury, que tiene un proceder bastante extraño. Y creo que John Maynard Keynes está ocupado principalmente con asuntos financieros en el Departamento del Tesoro.

—Olvida usted a Whitehead. El sigue aquí, en el Trinity. Y no sería demasiado difícil descubrir a los otros miembros, puesto que conocemos los criterios en función de los cuales son seleccionados. Esto puede proporcionarnos una lista de trabajo bastante útil para nuestras investigaciones en torno al asunto Wittgenstein. Pero tenemos otro motivo más para interesarnos en Whitehead: la tensión entre él y Russell. Veamos si podemos localizarle. Caramba ¿qué es esto?

Delante de nosotros, en el suelo, había un cuerpo agachado y vestido de blanco, con la cabeza y los brazos ocultos bajo un rosal también blanco. No estaba muerto, pues se retorció y emitía murmullos y quejidos débiles. En ese momento, se arrastró con dificultad hacia atrás y un individuo de rostro lozano se puso en pie y comenzó a quitarse espinas de las mangas. Llevaba pantalones blancos de franela y gorra del mismo color con visera, y sostenía un palo de *criquet* en la mano.

—¡Malditas rosas blancas! —exclamó examinando una pequeña mancha de sangre en el pulgar—. Podrían estar pintadas de rojo. ¡Ay! ¡Ay! ¿Dónde los habré puesto?

—Dónde ha puesto ¿qué? —preguntó Holmes.

—Mis guantes de *criquet*. El partido está a punto de empezar y no sé dónde están. ¡Llego tarde! ¡Llego tarde!

Entonces comenzó a corretear de seto en seto poniéndose a gatas y sacudiendo las ramas con el palo. Holmes y yo le seguimos.

—Tal vez una búsqueda más metódica diera algún fruto —observó Holmes—. Puede que aún tenga tiempo antes del partido. ¿A qué hora empieza?

—No tengo la menor idea —contestó aquel individuo de rostro sano desde detrás de un macizo de geranios—. Detesto los relojes. Pero puede ser en cualquier momento. ¡Llego tarde! ¡Llego tarde!

Echó a correr otra vez por el césped, esquivando hábilmente una serie de arcos de *croquet*, y se puso a golpear con fuerza una mata de frambuesas.

—¿Está usted seguro de que no acaba de pasar a través del espejo? —dijo Holmes con un tono de broma raro en él.

—¿Espejo? Detesto los espejos. Sólo reflejan la superficie de las cosas. ¿Dónde estará ese condenado guante?

Se irguió de un salto y desapareció a toda velocidad siguiendo la doble curva de un seto. Holmes, cansado del juego, no hizo ningún esfuerzo por ir tras él.

—Verdaderamente curioso —murmuró Holmes, absorto en sus meditaciones, mientras ascendía por otro de los paseos.

Entonces vimos que, por encima de un seto, había una cabeza que parecía estar suspendida en el espacio y nos observaba con descaro, sin pestañear. Los ojos, de color azul pálido, destacaban sobre unas facciones sonrosadas sin la menor mancha o arruga. El cabello, con raya en medio, era muy rubio, y en la boca asomaba un esbozo de sonrisa.

—¿Quién eres tú? —preguntó.

—Yo soy Sherlock Holmes y éste es el doctor Watson. ¿Y tú?

—Tú eres tú —dijo la cabeza—. No has preguntado quién soy yo.

—Muy bien —repuso Holmes—. ¿Quién soy yo? ¿O tal vez debería preguntar quién es yo?

—Eso no parece muy gramatical —contestó la cabeza—. Pero conozco la respuesta. Tú eres Sherlock Holmes y ése es el doctor Watson. La última parte es irrelevante, claro.

—Veámoslo desde otra perspectiva —observó Holmes—. ¿Conoces al profesor Whitehead?

—Sí —contestó la cabeza.

—¿Sabes dónde podemos encontrarle?

—Sí —añadió ampliando su sonrisa.

—¿Dónde? —preguntó Holmes.

—Por allí —respondió clavando sus ojos azules sobre nosotros.

Los labios mostraban ahora una sonrisa completa.

—¿Dónde es allí?

—Dónde es dónde. Allí es allí. Tu pregunta no tiene significado.

—Y tu respuesta no tiene utilidad.

—No me gusta la utilidad. El cometido de un filósofo no es ser útil.

—No obstante —observó Holmes—, ¿podrías definir lo que tus palabras significan?

—Significan lo que significan —respondió la cabeza con una sonrisa de oreja a oreja—. No son definibles.

—Muy bien —dijo Holmes—. ¿Qué camino hemos de seguir para encontrar a Whitehead?

—Este —indicó la cabeza deslizándose hacia atrás sobre las flores de un cornejo—. O aquél. Da lo mismo. Las palabras significan lo que nosotros queramos que

signifiquen. La única cuestión es quién va a ser su dueño.

—Ya veremos —murmuró Holmes.

Acto seguido se dirigió rápidamente hacia el paseo que había a nuestra izquierda y fuimos a dar a una pradera de césped rodeada de violetas y pensamientos, en la que había un hombre de unos cincuenta años sentado en una silla de hierro forjado pintada de blanco. Escribía algo aceleradamente en un cuaderno que apoyaba sobre un velador también blanco, en el que había una tetera y una taza rota.

—Profesor Whitehead, supongo —dijo Holmes.

El hombre no levantó la mirada. Estaba llenando la página de símbolos matemáticos. Al llegar al final de la hoja, pasó a la siguiente y siguió escribiendo.

—Oiga —dijo Holmes poniéndose delante de él—, ¿es usted el profesor Whitehead? Hemos venido por un asunto de extrema importancia.

Whitehead había llenado ya la mitad de la página. Seguía sin levantar la vista o hacer algún signo que indicara que había advertido nuestra presencia. Poco después la página estaba llena y Whitehead empezaba con otra.

Holmes se encogió de hombros y me indicó que nos retiráramos a una hilera de setos cercana.

—¡Qué descaró! —protesté—. Profesor o no, creo que la educación...

—¡Ajá! —exclamó una voz desde el paseo que teníamos delante.

El jugador vestido de blanco salía arrastrándose triunfante desde debajo de un arbusto de lilas. Llevaba los pantalones manchados de lavanda y aferraba unos guantes de criquet.

—¿Ve? Los he encontrado. Voluntad y decisión es lo que hace falta. Bueno, ¿dónde me quedé?

—Decía usted que iba a llegar tarde a un partido —dijo Holmes.

—Y así era, así era. Sin embargo, una buena acción merece recompensa. ¿En qué puedo ayudarles, caballeros?

—Podría usted decirnos quién es el dueño de la cabeza que ha estado observándonos desde detrás de aquel arbusto.

—¿Aquél? —preguntó el jugador girando sobre sus talones.

Efectivamente, la cabeza, con sonrisa y todo, seguía mirándonos desde el otro lado del seto.

—Aquél es el filósofo G.E. Moore. Y yo soy G.H. Hardy, matemático. Nuestras iniciales son muy parecidas, G.E. y G.H. Es una pena que los apellidos sean tan distintos.

—¿Es un hombre digno de confianza? —preguntó Holmes después de que la cabeza hubiera desaparecido de nuevo—. Me refiero en asuntos prácticos.

—¿Moore? —preguntó Hardy—. Es el hombre más digno de confianza que hay en el mundo. Es leal como un ángel. Un poco desconcertante a veces, pero su lealtad es proverbial. Una vez le pregunté: «Moore, ¿tú dices siempre la verdad?». «No», me contestó. Creo que ésa es la única mentira que ha dicho en su vida.

—¿Cree usted que podremos hablar con él? —dijo Holmes—. Bueno, si es que le cogemos.

—Oh, siempre está jugando así —explicó Hardy. Entonces agitó su palo de críquet en el aire y empezó a gritar—: ¡Moore! ¡Venga, salga! Hay aquí unos caballeros que quieren verle.

Moore volvió a aparecer junto al arbusto. Su sonrisa se había reducido a un esbozo.

—Estoy preocupado —señaló—. Tengo que dar una conferencia mañana en la Royal Society y no consigo prepararla.

—No se apure. Estoy seguro de que les gustará —comentó Hardy.

—Si es así, estarán equivocados —observó Moore haciendo pucheros como un niño.

—Un momento —intervino Holmes—. Usted considera la filosofía como algo importante, ¿verdad?

—Sí, muy importante.

—¿Y quién es en este momento el filósofo más importante de Cambridge?

—Yo.

—¿Y es importante para usted ser el más importante?

La sonrisa de Moore comenzó a ampliarse de nuevo.

—Lo importante es importante. Eso es obvio.

—¿Qué puede usted decirme de los Apóstoles?

—Nada —contestó Moore poniendo una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Por algún motivo secreto?

Moore se limitó a fruncir los labios.

—Supongamos que yo estuviera aquí para demostrar que existe un gran peligro que tiene que ver con los Apóstoles. ¿Qué diría usted entonces?

—¿Demostrar? Usted es incapaz de demostrar que esto es un lilo. Aunque en realidad no importa, siempre y cuando estemos de acuerdo en que lo es.

—¿Quiere usted que le dé algunas pruebas? —preguntó Holmes.

—¿Y de qué serviría eso? —susurró Moore algo nervioso—. ¿Quién puede demostrar que una prueba es en sí misma una garantía de verdad? Estamos de acuerdo en que las leyes de la evidencia son ciertas, y por ello aceptamos lo que es demostrado por medio de ellas. Pero una prueba sólo es satisfactoria si antes nos hemos puesto de acuerdo en que es una garantía de verdad. Sin embargo, no podemos demostrar que al ponernos de acuerdo estemos en lo correcto.

—Ya basta —intervine—. Sabemos de sobra lo que es correcto y lo que no lo es. No hay ninguna duda en eso.

—¡Oh! —exclamó Moore, negando resueltamente con la cabeza y poniendo unos ojos tan desorbitados que empecé a pensar que o estaba él loco o lo estaba yo—. ¿De verdad cree eso? Usted no puede demostrar, por ejemplo, que el asesinato sea algo incorrecto.

—Claro que sí —declaré—. Si estuviera aceptado, la especie humana habría desaparecido.

—Probablemente —observó Moore—. Pero eso no demuestra que sea algo incorrecto. Tendría usted que demostrar primero que el argumento pesimista, todo lo que tiene vida es malo, es erróneo.

—Sin embargo —intervino Holmes—, a menos que consiga usted convencer a todo el mundo de que el asesinato es algo correcto, sólo unos pocos lo practicarán, y por tanto la especie humana sobrevivirá. Así es que no hay esperanza de exterminar nuestra especie y por tanto ni siquiera para un pesimista podría ser algo bueno el asesinato. Es sólo una opinión suya.

—Un momento —observó Moore—. Yo no he dicho que fuera mi opinión, sino que no se puede demostrar que el asesinato sea algo incorrecto. Aunque puede que lo sea. En realidad es algo que no tiene en sí mismo interés para mí.

—¿Podríamos regresar al asunto inicial? —preguntó Holmes—. Hay algunos hechos que son ciertos, a pesar de lo que podamos pensar de ellos.

—A veces confundimos lo que es cierto con lo que creemos que lo es —manifestó Moore—, y esto es cierto. Pero aunque yo no puedo distinguir lo que es cierto de lo que creo que lo es, siempre distingo lo que quiero decir cuando digo que algo es cierto de lo que quiero decir cuando digo que lo creo. Después de todo, comprendo el significado de la suposición de que lo que yo creo cierto pueda, no obstante, ser falso. Por ello, cuando afirmo que algo es cierto, estoy afirmando algo diferente al hecho de que lo crea así. ¿No está usted de acuerdo^[6]?

—Es usted muy evasivo —comentó Holmes—. ¿Es que tiene algo que ocultar?

—¿Duda usted de mí? —inquirió Moore—. Muy bien. Estoy mintiendo. Siempre lo hago. Y ahora, ¿estoy diciendo la verdad?

Holmes no contestó.

—Perplejo, ¿verdad, señor Holmes? —dijo Moore triunfante—. Si usted me cree, no puede creerme. Y si no me cree, entonces me cree. ¿Sabe usted cómo escapar?

—Sí —contestó Holmes—. Podemos marcharnos de este jardín.

—Suponiendo que sean capaces de encontrar la salida —observó Moore.

Volvió a ocultarse detrás del seto, después se metió por entre las ramas de un árbol cercano y, en un instante, hasta su sonrisa había desaparecido tras las hojas.

—Un diablo un poco estúpido ¿no? —comentó Hardy—. Se, cree un gran genio, y supongo que así es. Pero puedo presentarles a uno mayor. Un amigo mío, recién llegado del extranjero. No le gusta mucho la compañía, pero puedo indicarles dónde se encuentra.

—Me encantaría conocerle —dijo Holmes.

Pero Hardy ya se había puesto en marcha. Atravesamos rápidamente el jardín, rodeando los macizos de flores y esquivando los arcos de *croquet*, cruzamos algunas cercas y, después de pasar por delante de Whitehead, que seguía escribiendo en su cuaderno, continuamos a través de puertas, galerías estrechas y arcadas góticas.

Hardy no paró de hablar en todo el trayecto.

—¿Dónde estaba? Ah, sí, el cricket. Un juego maravilloso, sí señor. Resulta sorprendente que hayamos sido nosotros, los remilgados británicos, los que inventamos un juego tan estupendo. Sólo es comparable al béisbol americano. Por cierto, ¿no serán ustedes americanos, verdad? Me encanta América, y sobre todo el béisbol. ¿Están en Cambridge de visita turística? Se darán cuenta de nuestra superioridad intelectual, claro. ¿Les gustaría aprender a escribir como un filósofo de Cambridge? Sólo hay unas cuantas reglas sencillas. La primera es no utilizar nunca la conjunción «y» salvo al principio de una frase. Y la segunda es, poner una coma cada cuatro palabras. Pero ya hemos llegado.

Nos encontrábamos en otro patio del Trinity College, uno de los más pequeños y retirados. Hardy nos condujo por una escalera hasta una habitación que albergaba uno de los panoramas más insólitos de aquel día, ya de por sí extraño.

—Ahí le tienen —dijo Hardy—, el mayor genio de Cambridge.

6 — El gran Ramanujan

LA habitación tenía las paredes y el techo revestidos con tapices de algodón indio vivamente coloreados. El aire olía a madera de sándalo y a otras extrañas fragancias orientales. Almohadones y papeles aparecían dispersos por el suelo y en un rincón ardía un brasero de cobre. A su lado había un ídolo que, debido a aquella luz tan tenue, emitía un resplandor dorado. Representaba a una mujer desnuda que bailaba sobre sus seis piernas y hacía gestos lánguidos con sus seis brazos. Alrededor de la cintura llevaba una hilera de cráneos, y sus pechos y órganos sexuales estaban hechos con joyas prominentes. Unos montoncillos de frutos y dulces habían sido apilados ante el ídolo como ofrenda. Dominaba toda la habitación como una araña obscena.

Justo enfrente, se encontraba un hombre bajo, algo rechoncho, sentado en la posición del loto sobre una pequeña tarima. Tenía las atezadas facciones dravídicas del sur de la India, y llevaba una bata blanca cuya limpieza era dudosa. Su rostro no era el de un joven, pero tenía esa expresión de ingenuidad infantil característica de su raza. Llevaba el pelo largo y liso. Sus miembros parecían fofos y débiles, echaba el cuello hacia atrás y sus narices brillaban con la arrogancia de un pandit^[7] hindú.

Holmes se dedicaba a explorar la habitación con la vista sin decir una palabra, por lo que me sentí forzado a ser yo quien rompiera el silencio.

—Usted no es Wittgenstein ¿verdad?

—Yo soy lo que soy —contestó el indio con una voz aguda.

—Claro, usted no es alemán.

—Alemán, Ario, linaje, espíritu... ¿qué es todo eso?, le pregunto.

—Permítame que le presente a Srinivasa Ramanujan —intervino Hardy—, mi descubrimiento del misterioso Oriente. Es el genio matemático más grande de nuestros días. Teoremas de excepcional belleza le vienen a la mente como salidos de la nada. Es un completo autodidacta. Nunca había oído hablar de las matemáticas modernas hasta que vino a Inglaterra. Increíble ¿no le parece?

—El señor Hardy es muy amable —dijo Ramanujan—. Siempre lo es. Sin él, no podría haber venido aquí. Sin su ayuda, estaría todavía trabajando en una oficina comercial en Madrás. El señor Hardy es un gran benefactor. Que la diosa Kali le proteja siempre.

Entonces se inclinó hacia delante y rozó servilmente con la cabeza en el suelo, entre las piernas.

Hardy movió el cuerpo de mala gana y miró hacia la puerta.

—Bueno, amigos, debo ocuparme de mi partido de criquet. Tal vez no sea aún demasiado tarde. Estoy seguro de que tienen muchas cosas de las que hablar. Pídanle que les muestre algunos de sus teoremas. Hasta luego.

Y tras un saludo de despedida con su mano enguantada, salió dando saltos por la puerta, dejándonos en la habitación con los ídolos de extraños olores.

Ramanujan sonrió con ánimo de mostrarse simpático.

—¿Desean, tal vez, ver mis algoritmos? He hecho algunos descubrimientos importantes, ya verán —dijo señalando varias pilas de papeles y libros que había en el suelo.

—Claro, desde luego —dijo Holmes, que hablaba por primera vez—. Nos interesaría mucho. ¿Puedo? —preguntó extendiendo la mano y revolviendo con cuidado entre los papeles, mientras Ramanujan, como si fuera un mono presidiendo un montón de basura, le dirigía una sonrisa desde el estrado.

—Extraordinario —murmuró Holmes pasándome una hoja de papel:

$$\int_0^x \frac{1 + \left(\frac{x}{b+1}\right)^2}{1 + \left(\frac{x}{a}\right)^2} \cdot \frac{1 + \left(\frac{x}{b+2}\right)^2}{1 + \left(\frac{x}{a+1}\right)^2} \dots dx$$

$$= \frac{1}{2} \pi^{1/2} \frac{\Gamma(a + 1/2) \Gamma(b+1) \Gamma(b-a+1/2)}{\Gamma(a) \Gamma(b+1/2) \Gamma(b-a+1)}$$

—Y éste también:

$$\text{Si } u = \frac{x}{1} \frac{x^5}{1} \frac{x^{10}}{1} \frac{x^{15}}{1} \dots, \quad v = \frac{x^{1/5}}{1} \frac{x}{1} \frac{x^2}{1} \frac{x^3}{1} \dots$$

Entonces

$$v^5 = u \frac{1 - 2u + 4u^2 - 3u^3 + u^4}{1 + 3u + 4u^2 + 2u^3 + u^4}$$

Levantó la hoja para que Ramanujan la viera. Éste sonrió y volvió a hacer una reverencia.

—Es matemática pura —explicó—. En su forma más elevada, como dice el señor Hardy. Cada resultado es perfecto en sí mismo. Como dice el señor Hardy, puede que nunca tengan utilidad para nadie.

—¡Cómo! —exclamé—. ¡Qué opinión más espantosa! —añadí en voz baja.

—Muy interesante —continuó Holmes—. ¿Son todos suyos, señor Ramanujan?

—Oh, sí —sonrió el hindú—. Todos son descubrimientos míos.

—¿Y éste? —preguntó Holmes mostrándole otro trozo de papel:

$$666 = 10^0 = 1^{\square} \text{ A.} \cdot \text{ A.} \cdot$$

—Sí, sí —repitió Ramanujan—. Todos son míos.

—Esto son sólo los teoremas, claro —señaló Holmes—. ¿Y qué hay de las demostraciones? ¿Cómo sabe usted que son ciertos?

Ramanujan agitó las manos, complacido. Su mirada se perdió en la distancia. Apenas parecía consciente del mundo real que tenía delante.

—Las demostraciones están ahí. Las de algunos. Pero las demostraciones no son tan importantes. Yo sé que son ciertos.

—Pero ¿cómo lo sabe? —repitió Holmes.

—Me son revelados. Pienso, reflexiono, me hundo en las profundidades de mi pensamiento. Esos teoremas llegan a mí. Son ciertos. Lo sé.

—¿De dónde proceden? —preguntó Holmes—. ¿Se los envían?

—Proceden de la Nada. Todo procede de allí en último término. La Nada lo es todo. La vida sólo parece ser algo más. La vida es maya, ilusión. Mis teoremas son lazos con algo más elevado.

—Pero ¿no llegan hasta usted desde algún lugar del reino de la multiplicidad? —preguntó Holmes—. De otros espíritus, por ejemplo.

—Sí, sin duda —contestó Ramanujan—. Son producto del karma. Otras vidas, podríamos decir.

—¿Otras vidas? ¿Pasadas o presentes?

—¿Qué más da? Una se transforma en otra rápidamente. ¿Quién puede verdaderamente conocer algo fuera de sí mismo? ¿Cómo podemos saber si un hombre cualquiera está ahora mismo vivo o muerto? ¿Quién sabe cuándo nos llegará a nosotros el momento, o si en realidad no está siempre con nosotros? —dijo lanzándonos una mirada penetrante.

—¿Qué sarta de tonterías! —murmuré sin poder evitarlo.

Pero Holmes continuó tirándole de la lengua.

—¿Conoce a los Apóstoles, señor Ramanujan?

—¿Los Apóstoles? Me temo que sé muy poco de la religión cristiana. Yo practico el culto de Kali, la Gran Madre —manifestó señalando al ídolo de las seis piernas.

—Ya entiendo —dijo Holmes—. Es la diosa de la muerte ¿verdad? Si no me equivoco, la secta de los Thuggee^[8] la adora con gran devoción.

—Hay muchas formas de culto —objetó Ramanujan—. No se puede juzgar sin antes reflexionar. La destrucción es una parte esencial de la creación, como usted sabe. Kali es la divina Shakti, la energía que anima la danza. Es ella quien hace que seamos como somos. Ella es nuestro yo, nuestro karma.

—¿Y qué le parecen las fuerzas kármicas ahora? —preguntó Holmes—. Me refiero a aquí y ahora.

Ramanujan cerró los ojos e hizo una inspiración profunda, expirando con un

ritmo largo y lento.

—Son poderosas —dijo después con una voz fuerte y profunda que no se parecía a la suya—. Hay fuerzas... fuerzas en conflicto...

—¿Aquí, en Inglaterra? —continuó Holmes.

—Sí, aquí, en Inglaterra —respondió tras una breve pausa—. Hay una lucha entre lo extranjero y lo todavía más extranjero. Lo conocido pierde su forma.

—¿Y no puede usted intervenir? ¿No tiene usted poderes?

Ramanujan abrió los ojos. Tenían un aspecto vidrioso.

—Sí. Tengo poderes —dijo al final—. Pero también otros los tienen. Tal vez sea por eso por lo que hay lucha.

Holmes se acercó e inclinándose hacia él dijo:

—Para ser precisos: ¡los poderes de Ludwig Wittgenstein!

Los ojos de Ramanujan se quedaron vacíos; miraban a Holmes y sin embargo llegaban mucho más lejos.

—¿Conoce usted a Wittgenstein? —insistió Holmes.

—Le veo lejos, en el futuro y en el pasado, el Judío Errante, el eterno desarraigado. Él mismo se ha entregado al reino de la ilusión para siempre... o casi para siempre. Pero ¿qué importa? Al final, la mayoría se desmorona y sólo uno permanece.

Holmes, que estaba a su lado, empezó a sacudir el escuálido brazo del hindú.

—Dígame, ¿quién es ese uno?

Pero los ojos de Ramanujan volvieron a quedarse vacíos.

Miraban pero no veían. Seguía allí, sentado con las piernas cruzadas; los músculos y huesos le sostenían, pero no era consciente del mundo. Continuó en aquella postura, inmóvil, mientras Hardy, con las prisas de un condenado y enorme conejo blanco, irrumpía en la habitación y nos hacía salir de ella a toda velocidad. La entrevista había terminado.

7 — La economía de John Maynard Keynes

DESPUÉS de aquel último episodio sentí una frustración incontrolable y no pude evitar expresársela a Holmes mientras cruzábamos el patio.

—Ha sido como entrar en vía muerta, Holmes. Una pérdida de tiempo. ¿Por qué no le preguntó a ese absurdo Hardy si era a Wittgenstein a quien se proponía presentarnos?

Holmes, a pesar de todo, parecía estar de buen humor.

—La posibilidad de que Wittgenstein no fuera el genio del que hablaba Hardy se me ocurrió enseguida, Watson. Piense un momento: por lo que sabemos de nuestro sombrío vienes, ¿cree usted probable que fuera Hardy el tipo de persona que escogería como amigo? No, nuestra visita tenía un propósito y creo que lo hemos cumplido. Quería comprobar si Wittgenstein tenía algún rival que le pueda disputar el título de genio soberano del Trinity College y, por lo que he visto, lo tiene.

—Querrá usted decir el título de genio soberano lunático.

—Tal vez, Watson, tal vez. Pero además he descubierto algunas otras cosas de interés. ¿Se fijó usted en el trozo de papel que le enseñé en tercer lugar?

—¿En el que ponía «666» y después unas letras y triángulos con unos números?

—Él mismo. ¿Qué impresión sacó usted de él, Watson?

—A decir verdad, muy poca. Las matemáticas no son mi punto fuerte, Holmes.

—Quizás pueda refrescar su memoria con esto —dijo Holmes sacando del puño de su camisa aquella hoja de papel cuidadosamente doblada.

666 = 10° = 1° A.: A.:

—Parece algo muy extraño. Recuerdo que ésa fue la impresión que me produjo.

—No son matemáticas —señaló Holmes—, al menos no en el sentido convencional. Más bien parece un tipo de código, que guarda cierta semejanza con la parafernalia de la Masonería esotérica.

—¿Ramanujan es masón? —pregunté—. Parece difícil imaginar tal cosa.

—Desde luego, Watson, resulta bastante absurdo. La explicación, sin embargo, es algo más compleja. Pero no hace falta que interpretemos esta prueba aisladamente. Tal vez esto pueda ayudarnos.

Entonces sacó un pequeño emblema del otro puño. Se trataba de un pequeño círculo de bronce, de unos cinco centímetros de diámetro, en el que había grabada una figura:



—Lo encontré junto a la infernal diosa Kali —continuó Holmes—. Fíjese, Watson, también aparece el número «666».

—¿Y si Ramanujan echara de menos todas estas cosas? —pregunté—. Como supongo que ocurrirá, si es que son importantes para él.

—No estaba en condiciones de preocuparse de ellas cuando le dejamos —replicó Holmes—. Además, siempre puedo volverlas a dejar en su sitio más tarde. Pero dígame, a usted que ha estado en la India, ¿qué le parece esto? —me preguntó entregándome el emblema.

—No me resulta desconocido del todo —contesté al cabo de un rato—, aunque hace ya treinta años que serví como soldado en el cuerpo de fusileros afganos. Sin embargo, apostarí a cualquier cosa a que no hay nada hindú en él.

—Eso pienso yo también —añadió Holmes—. Yo diría que es egipcio. Pero ya analizaremos su significado más adelante. Por el momento, iremos a la secretaría del colegio. Quisiera consultar algunos expedientes.

Holmes permaneció casi una hora en el archivo de expedientes. Cuando salió de allí, llevaba en la mano una lista de nombres y fechas, que guardó cuidadosamente en su bolsillo.

El reloj estaba dando las cuatro en el momento en que salíamos de la secretaría y cruzábamos una galería oscura que iba desde el Gran Patio del Trinity hasta la calle. Apenas habíamos recorrido unos metros cuando un golfillo andrajoso con gorra de repartidor me puso un paquete en las manos y, antes de que pudiera decirle nada, ya se había ido.

—Deprisa, Holmes —exclamé—, ¡vamos tras él! Se ha ido por ahí, hacia el patio.

—Pero ha sido por aquí por donde ha venido —repuso Holmes—, y por donde podríamos averiguar quién le seguía tan de cerca por la calle.

A grandes zancadas, se dirigió hacia la orla de luz que marcaba el final de la galería. Yo salí detrás de él y, en la oscuridad, examiné el paquete lo mejor que pude. Era del tamaño de una caja de galletas e iba envuelto en papel marrón, atado con un cordel. No parecía haber nada escrito en él.

Cuando salimos de aquel túnel quedamos deslumbrados por la luz y por una multitud de muchachos que vociferaban de modo grosero. Se trataba de unos jóvenes y robustos mozalbetes, al menos una docena, dispuestos a aporrearnos a Holmes y a mí con los puños. En un instante me arrinconaron contra la pared junto al túnel. Yo intentaba desembarazarme de mis asaltantes con una mano, y con la otra procuraba no soltar el paquete.

Holmes, entretanto, se empleaba a fondo con ocho o nueve de ellos, utilizando

pies y manos de una forma no muy inglesa aunque bastante efectiva. Pero parecía que iba a ser aún peor, pues en ese momento comenzaron a llegar refuerzos desde varias calles de la ciudad y daba la impresión de que Holmes y yo estábamos a punto de convertirnos en unas nuevas víctimas del eterno enfrentamiento entre ciudad y universidad.

Cuando la refriega estaba en su punto álgido, oímos ruido de gente que se acercaba corriendo por la galería. Eran los estudiantes del Trinity, vestidos con sus pantalones blancos de críquet, con trajes de *tweed* y algunos incluso con sombrero de copa y traje de etiqueta, que venían al encuentro de sus enemigos gritando:

—¡A por ellos! ¡A por ellos! ¡Acabemos con los perros guardianes de los proctors^[9]!

Durante unos minutos hubo peleas a puñetazos a todo lo largo del muro del Trinity, y aquí y allá se veían narices que sangraban y nudillos magullados. La batalla era intensa, pero la superioridad numérica de los estudiantes pronto se empezó a notar. Al cabo de un rato habían demostrado sus buenas condiciones físicas y los muchachos de la ciudad huían desde la puerta del Trinity en todas direcciones.

Milagrosamente, el paquete seguía bajo mi brazo. Pero al darme la vuelta para buscar a Holmes, uno de los chicos, de los últimos del grupo, me lo arrebató y salió disparado. Se habría salido con la suya si un individuo que llevaba un traje negro y sombrero de copa no le hubiera agarrado por el brazo. Con la rapidez del rayo, el tipo se metió el paquete en el bolsillo y echó al pilluelo de la acera. Después, se dio la vuelta y se dirigió hacia el colegio.

Su boca expresaba ironía y, sobre ella, un poblado bigote de cepillo se extendía a lo ancho del rostro, dándole cierto aspecto siniestro. Una reluciente cadena de oro colgaba de su chaleco.

—Perdone —dijo Holmes—, usted es Keynes ¿verdad?

—Sí —contestó el individuo—. ¿Cómo lo sabe?

—Lo he deducido —contestó Holmes—. Hace un momento entró usted en el archivo de expedientes sin saludar ni preguntar nada al secretario, por lo que es fácil deducir que es usted muy conocido allí, incluso más que otros miembros del colegio. Además, no lleva traje de *tweed* ni ropa de jugar al críquet, sino el traje y chaleco propios de un banquero de ciudad y el sombrero de un funcionario del Tesoro. Así mismo, le vi echar una moneda al aire para decidir qué libro del archivo inspeccionar. Si juntamos todos estos datos, me viene a la cabeza la figura de John Maynard Keynes, secretario del vecino King's College, economista, consejero del Departamento del Tesoro en asuntos monetarios y autor de un tratado sobre las posibilidades.

—Un buen ejemplo de razonamiento —dijo Keynes—. Sugiere que usted, con toda probabilidad, es Sherlock Holmes, el detective.

—Correcto.

—Y una vez establecido ese hecho, es casi seguro que este señor es el doctor

Watson.

—Completamente cierto —dije yo.

—¿Ha venido usted a investigar nuestro disturbio anual entre ciudadanos y universitarios? —preguntó Keynes elevando sus negras cejas—. Los directivos del colegio tienen motivos especiales de rencor, pues los proctors contratan como ayudantes a esos jóvenes proletarios para reforzar la disciplina en el centro. Rara es la noche que no descubren a un estudiante entrando en el colegio después de que las puertas hayan sido cerradas.

—Pero los estudiantes parecían muy poco interesados esta mañana cuando algunos de sus profesores eran atacados por defender sus principios —observé yo.

—Estamos aquí —intervino Holmes— para ampliar nuestro interés en la filosofía. Y si me permite devolverle la pregunta, ¿cuál es el propósito de su visita al archivo de expedientes del Trinity?

—Estoy examinando la colección privada de escritos de *Sir Isaac Newton*. Newton fue miembro de este colegio hace unos doscientos cincuenta años, y, cuando se trasladó a Londres para hacerse cargo de la dirección de la Casa de la Moneda, dejó aquí unos valiosos arcones llenos de documentos. Los escritos nunca fueron publicados, porque tratan temas distintos a los de la astronomía matemática, que son los que le han hecho famoso. Pero como antigüedad tienen un extraordinario valor. Algunos han sido adquiridos por anticuarios americanos, y a mí me han encargado que reúna la colección.

—¿Sin ningún coste? —preguntó Holmes.

—Siempre hay un aspecto financiero —contestó Keynes esbozando una sonrisa.

—¿Qué contienen exactamente esos papeles?

—Tratan algunos temas de ocultismo. Newton estuvo interesado en el antiguo Hermetismo y en otras curiosas filosofías. No ha sido el único hombre de intelecto que haya llevado una doble vida. Newton ha sido considerado con frecuencia la fuente de la ciencia moderna. Yo preferiría decir que fue el último de los alquimistas.

—Quizás no sea el último —señaló Holmes—. Pero permítame que le pregunte sobre otro asunto, señor Keynes. Observé que también examinaba los archivos financieros de la secretaría, aunque usted es el secretario del King's, no del Trinity.

—He hecho algunas inversiones para mi compañero, el secretario del Trinity —contestó Keynes—. Últimamente me ha ido bastante bien en el terreno mercantil, para beneficio de todos nosotros.

—Ya lo veo —dijo Holmes mirando su reloj de oro y la cadena—. Pero dígame, ¿no es un poco arriesgado jugar con los fondos del colegio?

—No es juego —repuso Keynes—, son probabilidades.

—A la larga, seguramente tendrá alguna racha de mala suerte.

—A la larga, todos estaremos muertos —replicó Keynes—. ¿Tiene usted alguna otra pregunta, señor Holmes?

—Tal vez podría usted aclararme un asunto de economía —dijo Holmes—. Según

creo, no está usted de acuerdo con sus colegas economistas en que la intervención del gobierno en el mercado sea una cosa deseable.

—A veces puede serlo —señaló Keynes—, y, en cualquier caso, es más común de lo que creemos. El gobierno hace muchas cosas cuyas consecuencias no son normalmente reconocidas, y el economista podría sacar buen provecho al descubrirlas.

—Desde luego que podría —afirmó Holmes—. Por ejemplo ¿cuáles serían las consecuencias de que el gobierno impusiera severas restricciones en el suministro de una mercancía?

—Si la demanda se mantiene fuerte, el precio se elevaría considerablemente.

—Y esto también podría aplicarse a una mercancía como las drogas ¿verdad?, cuya distribución ha sido recientemente ilegalizada. ¿Qué diría un economista como usted, señor Keynes, de las oportunidades que ofrece un mercado ilegal como ése?

Los dos hombres estaban cara a cara en posturas semejantes. Durante un instante se miraron fríamente, con la cabeza erguida, los labios apretados y los ojos entornados. Finalmente Keynes sonrió irónicamente.

—Alguien emprendedor y convenientemente situado podría sacar mucho provecho de un mercado como ése. ¿Está usted pensando meterse en él, señor Holmes?

—Me temo que me lo iba a encontrar abarrotado —contestó Holmes—. Resulta más interesante limitarse a observar a esos extraños compañeros de cama, la ley que ilegaliza esos artículos y el comerciante ilegal que se aprovecha de su escasez. Hace que uno se pregunte si no habrá más conexiones entre ellos.

—Esos extraños compañeros de cama no se considerarían tan extraños si uno pudiera ver bajo la superficie de las cosas. Quizás encuentre algo más que le resulte extraño si se queda en Cambridge por un tiempo, señor Holmes.

—No lo dudo. Precisamente nos dirigíamos a visitar a uno de sus extraños habitantes, el señor Ludwig Wittgenstein.

—Yo no me molestaría en tal cosa —dijo Keynes—. Lleva ausente varios días.

—Qué contrariedad —dijo Holmes—. ¿He de suponer que son ustedes íntimos amigos?

—Wittgenstein es un intelectual enormemente prometedor —dijo Keynes—, y procuro seguir de cerca todo lo que supone un futuro beneficioso para esta comunidad intelectual. Buenos días, señor Holmes.

—¡El paquete! —exclamé tan pronto como Keynes se había ido—. Conseguí conservarlo hasta el final de la pelea, un rufián me lo quitó y ahora lo tiene Keynes.

—Lo sé perfectamente —dijo Holmes—. Era un paquete del tamaño de una caja de galletas pequeña, envuelto en papel marrón y atado con un cordel con dos nudos de tejedor.

—¡Así que lo vio, Holmes! ¿Qué quiere decir eso, entonces? ¿Acaso otra extraña coincidencia?

—Yo diría, Watson, que era un paquete dirigido a Keynes, que salió de la secretaría inmediatamente detrás de nosotros. Y añadiría que era una entrega regular, pues el joven no dijo una palabra y apareció puntualmente en el momento en que el reloj daba las cuatro. Con las prisas, le confundió a usted con Keynes, al que he de decir que se parece bastante.

—Espero que no —declaré—. Claro, el túnel estaba muy oscuro.

—Bastante —apostilló Holmes mientras cruzábamos lentamente el Gran Patio del Trinity, bajo la larga fila de ventanas que domina los altos muros de piedra del cuadrángulo.

Algunos estudiantes paseaban en pequeños grupos de dos o tres, mientras otros se tendían sobre el fresco césped; de vez en cuando pasaba un catedrático en bicicleta, o un criado con una bandeja de bocadillos o un cubillo de champán. En medio del enorme patio, había una gran fuente de tres tazas, rematada por una corona real hecha en filigrana de piedra sobre ocho columnas, de la que brotaba agua lentamente.

—Es una pena que no podamos interrogar a alguno de nuestros atacantes —continuó Holmes—, puesto que han desaparecido todos. Sin embargo, hemos avanzado, Watson. A medida que las pruebas se hacen más complejas, el caso empieza a simplificarse. Creo que ya hemos conocido a destacados miembros de los Apóstoles.

—¿Son ellos nuestros sospechosos?

—En cierto modo, Watson. También es posible que nuestro culpable sea alguien movido por los celos al haber sido excluido de la sociedad. Esto no explicaría por qué ha de ser Wittgenstein su objetivo, pero tal vez él no sepa que Wittgenstein rehusó ingresar en ella. El velo del secreto explicaría eso.

—Pero el velo del secreto le habría impedido saber que Wittgenstein fue alguna vez invitado.

—Todos esos velos tienen rasgaduras —señaló Holmes—. Se supone que la existencia de la sociedad es secreta, pero todo el mundo en el Trinity la conoce.

—Y por ello deberíamos centrarnos en alguien que sea una eminencia reconocida como para ser miembro pero que no se le haya permitido ingresar.

—Exactamente, Watson. Por lo menos es una hipótesis.

—Entonces ¿usted debe sospechar de Ramanujan!

—Sí, aunque no sólo por esa razón. Recuerde usted que él es casi el único entre los miembros del Trinity que parece no tener conocimiento de la existencia de la sociedad. Podría estar disimulando, claro. Pero si los Apóstoles no son el móvil, Ramanujan podría ser nuestro hombre. Está en una situación que le coloca claramente como rival de Wittgenstein, y entre ellos parece existir una antipatía total por motivos raciales, y tal vez también por motivos intelectuales. Ramanujan es la figura principal de una forma tradicional de las matemáticas, mientras que Wittgenstein es la punta de lanza de un movimiento radical que emplea la nueva filosofía lógica para atacar las bases de la comprobación matemática. Sólo por estos motivos podrían odiarse

profundamente. Fíjese, Ramanujan crea bellas fórmulas pero rehúsa comprobarlas, mientras que Wittgenstein y Russell no se preocupan más que de hacer comprobaciones rigurosas.

—No lo entiendo, se lo aseguro. ¿Serían capaces de llegar a tales extremos en su lucha por la primacía?

—Los límites a los que los hombres llegan dependen principalmente de sus recursos —dijo Holmes—. Ciertamente, Ramanujan tendría los medios para atacar la mente de Wittgenstein. Un hombre de tal sensibilidad nerviosa podría ser presa fácil para los ardidés del misterioso Oriente.

Atravesamos otra estrecha puerta medieval, tan baja que tuvimos que inclinarnos para pasar, y recorrimos otro oscuro pasaje. Las piedras que pisábamos tenían surcos debido a los siglos de pisadas que habían soportado. En el pequeño patio en el que desembocaba había una majestuosa balaustrada de mármol que describía una curva en torno a una tranquila pradera de césped. A ambos lados se levantaba una alta columnata, y en el extremo más apartado surgía, como un templo griego, el gran salón clásico de la biblioteca.

—Bueno —señalé—. Por fin hay un poco de luz en este laberinto.

—Sólo es una hipótesis, Watson. No debemos descartar otras igualmente plausibles. Por ejemplo, está Keynes.

—¿Keynes? Pero no parece que tenga nada que ver con asuntos de rivalidad intelectual. Sus intereses van en direcciones completamente distintas.

—Precisamente por eso, Watson. Además no debemos pasar por alto la posibilidad de que los motivos del caso no sean de orden intelectual. Estará usted conmigo en que el carácter de Keynes es sospechoso. Es un jugador, fascinado por el dinero y con poder para manipular las cosas. Parece que disfruta operando más allá de los límites de la propiedad, e incluso de la legalidad, sin que le atrapen. He oído hablar de sus actos indecorosos en Bloomsbury y, al parecer, en los propios Apóstoles. En qué consisten exactamente esos actos, todavía no lo sé, pero sospecho que tienen que ver con un mercado lucrativo y nada respetable.

—¿Está usted diciendo que el paquete marrón contenía drogas?

—Muy probablemente. Deben de ser una tentación para un emprendedor. Y con la reciente aprobación de las leyes que prohíben su venta^[10], el precio ha aumentado considerablemente. Esto no puede dejar de atraer a alguien que tiene tanto interés en el dinero como Keynes. No, no confío en ese hombre, Watson. Es demasiado escurridizo. Puede que represente muy bien a la nueva generación, pero, para mi gusto, no me impresiona tanto como el antiguo patrón.

—Entonces estos son nuestros dos sospechosos ¿no, Holmes? ¿Y qué pasa con Moore y los demás?

—Creo que podemos descartar tranquilamente a los otros que hemos conocido. Moore es un sospechoso de lo más incierto, a menos que esté implicado en algo que le parezca una travesura. De Hardy aún sospecharía menos. Es el buen inglés cordial

con ropas modernas. Aunque manifiesta una gran lealtad hacia Ramanujan y podría actuar, creo que inconscientemente, como su agente.

—Se olvida usted de uno, Holmes. Tal vez el más peligroso de todos.

—¿Quién?

—Whitehead.

—¿Whitehead? No haga que me sonroje, Watson. Usted está bromeando.

—Hablo completamente en serio, Holmes. Un hombre que no saluda a un invitado y ni siquiera responde a una pregunta directa, no puede frecuentar compañías muy decentes. Un tipo así no tiene escrúpulos.

—Ah, bien —dijo Holmes—, no le quitemos ojo de encima. No resultará difícil seguir sus movimientos. Pero ahora que estamos en Nevile's Court, echemos un vistazo a las habitaciones de nuestra víctima, Wittgenstein.

La tarde comenzaba a caer imperceptiblemente sobre las torres y jardines de Cambridge. El aire era suave y cálido; la serenidad, casi palpable. Holmes se detuvo al pie de las escaleras y agitó la mano hacia los altos muros de piedra. La luz del sol, que se reflejaba en la cremosa piedra rojiza y sobre las ventanas redondeadas, producía un efecto de calma imponente.

—Watson, ¿es sólo una coincidencia que las más grandes mentes de Inglaterra estén aquí en Cambridge, donde se encuentran los colegios más ricos del reino? ¿Y que se reúnan precisamente aquí, en el Trinity, el más rico de todos ellos, con sus grandes salones y abundantes jardines?

—¿Qué está usted insinuando, Holmes? ¿Que hay algo más que mero orgullo intelectual en este asunto, es decir, dinero en juego?

—Yo no lo dudaría, Watson. Las relaciones son complejas, pero estoy seguro de que hay algo material y mundano que inflama estos misteriosos acontecimientos. El dinero y el cerebro están conectados, y quizá también el poder. Keynes es sólo el ejemplo más obvio de estas conexiones. ¿Importa realmente quién parezca ser el más interesado y en qué objetivos? Hay hombres de gran voluntad aquí, empeñados en conseguir lo máximo de lo que sean capaces. Y cuando tropiezan unos con otros ¿qué no harían para alcanzar sus fines?

8 — Un aliado inesperado

PERO nuestro avance hacia los aposentos del filósofo desaparecido sufrió un nuevo retraso. Una figura salió de la sombra del hueco de la escalera y se dirigió a nosotros con una delicada voz femenina.

—¡Señor Holmes! ¡Doctor Watson! ¡Por aquí, por favor! Era Annie Besant. Se puso el dedo índice sobre los labios para indicar que no hiciéramos ruido y nos condujo, a través de una puerta que daba a las escaleras del sótano, hasta un pequeño almacén. Tenía un cerrojo por fuera. Cuando la señorita Besant lo corrió, la puerta se abrió y un chiquillo desharrapado salió del interior con tal prisa que si Holmes no le hubiera agarrado por el brazo habría escapado.

—Creo que es el mensajero que le entregó el paquete marrón, Watson —comentó Holmes—. Señorita Besant, estamos en deuda con usted.

—Pensé que les gustaría intercambiar unas palabras con él —contestó—. Y supuse que vendrían por esta entrada, así que les esperé aquí.

El muchacho se retorció e intentaba liberarse.

—¿Dónde están mis seis peniques? —preguntó—. Ella dijo que me daría seis peniques si la acompañaba, pero después me metió en ese cuarto y cerró la puerta.

—Vaya, vaya —dijo Annie Besant—. Todo por el beneficio.

—Aquí están tus seis peniques —dijo Holmes poniendo una moneda a la vista del muchacho—. Serán tuyos tan pronto como respondas a algunas preguntas.

Los ojos del chiquillo resplandecieron ante la visión de la moneda, y se mantuvo a la expectativa mientras Holmes le soltaba el brazo.

—Ahora dime: ¿cómo te llamas?

—Crackie Davidson, señor.

—¿Qué había en el paquete marrón que entregaste esta tarde?

—No lo sé, señor, de verdad. Sólo sé que un caballero me dijo que lo entregara en la puerta del Trinity.

—¿Has hecho esto antes alguna vez?

—Sí, señor. Lo he hecho todos los martes de este mes.

—¿Y sabes si alguien lo hacía antes que tú?

El chico restregó los pies contra el suelo y bajó la mirada.

—No sé, señor. Puede ser.

Holmes sacó seis peniques más del bolsillo y se los enseñó al muchacho junto con los otros.

—Tal vez puedas hacer memoria, Crackie. A lo mejor, hasta recuerdas el nombre del otro mensajero.

—Había otro chico —dijo Crackie—. Creo que se llamaba Andy, señor.

—¿Andy qué más? ¿Cuál es su apellido?

—Andy... Andy Jonas, eso es. ¿Me puede dar ahora los seis peniques, señor?

—Un momento —dijo Holmes—. ¿Dónde está ese Andy Jonas? Tenemos que hablar con él.

—Bueno, ya no vive aquí. Se ha marchado.

—¿Adónde?

—No sé.

—Creo que me voy a quedar con estos seis peniques —comentó Holmes—. Sólo serán tuyos si la verdad de la información es manifiesta. ¿Comprendes, Crackie?

El muchacho bajó los ojos y asintió con la cabeza.

—Bien, veamos —dijo Holmes, lanzando las dos monedas al aire y atrapando una tras otra en su mano izquierda como si fuera un malabarista—. Tal vez puedas decirnos a quién tenías que entregar el paquete todos los martes.

—Había un señor esperándome justo a la entrada del Trinity.

—¿Cómo era ese señor?

—Todo un caballero, señor. Con un gran bigote, un elegante sombrero de copa y una cadena de reloj. Con pinta de importante, señor.

—¡Es Keynes! —exclamé—. La descripción es inconfundible.

—Eso parece —dijo Holmes—. Pero vayamos un poco más lejos. ¿Quién te entrega el paquete, muchacho?

—Normalmente me lo da un hombre en la estación, señor. Todos los martes a las tres y media.

—Viene en el tren de Londres ¿no?

—Sí señor. Y se sube a otro enseguida.

—¿Y cómo es?

—Pues... normalmente es un hombre alto, delgado, con un abrigo negro y cara morena. Muy feo, señor. Parece un caballero, pero cuando te mira da miedo.

—¿Y fue él quien te contrató hace un mes para hacer las entregas?

—Sí, señor.

—Dices que normalmente es un hombre de cara morena. ¿Es que hoy ha sido alguien diferente?

—Sí, señor. Un hombre bajo, muy pálido. Yo no sabía que hoy iba a ser otro hombre, pero se me acercó y me dio el paquete. Me gustó bastante el cambio, señor. Prefiero no discutirlo.

—Sólo quiero saber una cosa más —señaló Holmes—. Quién te iba persiguiendo esta tarde y por qué.

—A la primera pregunta, era Binkie Morris y su pandilla. ¿Por qué? No lo sé. Cuando iba por Trumpington Road salieron detrás de mí desde los Fens, pero gracias a mis piernas llegué aquí antes que ellos.

—Creo que no podemos sacar más de él —dijo Holmes—. A no ser que usted conozca algún método especial para hacerlo, señorita Besant.

—Bueno, creo que puedo intentarlo.

Annie Besant sonrió de un modo extraño y cogió la mano tímida del muchacho.

—Mírame a los ojos, Crackie. ¡Estate quieto!

—¿Por qué? —dijo Crackie—. Por favor, señor, deme mis doce peniques y deje que me vaya.

—Te los dará en un minuto —observó la señorita Besant cogiendo un chelín reluciente y poniéndolo ante los ojos de Crackie—. Mira aquí fijamente. Será tuyo si mantienes la vista fija en él.

Una vez que el chico se hubo calmado, ella continuó hablando en voz baja.

—Ahora, Crackie, tu mente debe retroceder hasta el momento en que viste por primera vez a la pandilla que te perseguía esta tarde. Imagínate sus caras cada vez más grandes... tan grandes que puedas ver sus globos oculares. Fíjate bien en sus ojos. ¿Qué ves?

—¡Esa cara babosa! —exclamó Crackie—. Es Binkie Morris. Le voy a romper la cara, ya verá.

—Tranquilo —dijo Annie—. No puede tocarte, ni tú a él. Sólo fíjate en uno de sus ojos. ¿Qué hay en él?

—Un ojo despreciable, eso es lo que hay —exclamó el joven con nerviosismo.

—Hay una imagen de un hombre ¿verdad? Descríbela, Crackie. Vale un chelín.

El chaval se serenó y después se puso tenso.

—Hay un hombre, sí. ¡Es él!

—¿Quién, Crackie? ¿Quién es?

—Es el hombre del tren... El viejo feo de la cara morena que no vino hoy. ¡Viene hacia mí!

El muchacho se libró de la visión de un golpe, trató de agarrar el chelín y parecía dispuesto a salir corriendo.

Pero, aunque fue rápido, Holmes lo fue más. Puso una mano sobre la moneda de la señorita Besant y con la otra sujetó al muchacho.

—Permítame que sugiera unas cuantas preguntas más, señorita Besant —dijo Holmes volviéndose hacia el muchacho—. Crackie, hay otro chelín si vuelves a mirar, pero debes decir la verdad. Piensa en el otro hombre ahora, el que te dio el paquete esta tarde. Fíjate en uno de sus ojos. ¿Qué hay en él?

—Sí —dijo la señorita Besant manteniendo su cara frente a la del chico—. Métete en el ojo y dinos qué hay dentro.

—Está... está el otro señor —murmuró Crackie—. El del bigote, el que me espera en la puerta del Trinity.

—¡Keynes! —exclamé.

—Por favor, Watson —dijo Holmes bruscamente—. Una imagen más, Crackie. Fíjate en el hombre del rostro moreno tal y como aparecía la última vez que le viste. ¿Qué hay en su ojo?

—Es un ojo feo —dijo Crackie—. ¡Feo y cruel!

—Vale un reluciente chelín —observó Holmes—. Cuatro chelines en total. Dinos

lo que ves y has acabado.

El chico se puso tenso, la cara le temblaba.

—Son unos ojos oscuros —murmuró.

—¿Y dentro de ellos...? —preguntó la señorita Besant amablemente en voz baja.

—Dentro... dentro... —susurró el joven—, está oscuro también. No hay nada. Por favor, señor, déjeme marchar.

—Creo que dice la verdad —dijo la señorita Besant—. Las otras visiones podía verlas pero en ésta, tal y como dice, no hay más que una oscuridad impenetrable.

—Yo también le creo —afirmó Holmes, dando permiso al joven Crackie Davidson que, con la mano llena de monedas, se dispuso a marcharse. A pesar de ellas, el muchacho estaba impaciente por irse. Annie Besant, por el contrario, parecía no tener prisa.

—Me alegra haberle servido de ayuda, señor Holmes. Por lo que veo tuvieron ustedes un altercado con los chicos que perseguían a éste. ¿De qué se trata?

—Se trata de una entrega que se efectúa con regularidad al profesor Keynes —explicó Holmes—. Últimamente la realizaba este muchacho; creo que antes había otro, aunque el chico no sabe quién. De lo cual deduzco que las entregas comenzaron a efectuarse hace un par de meses por forasteros, y sólo el mes pasado han alcanzado la regularidad suficiente como para encomendar la tarea a un mensajero local. Sin embargo, esta semana ha habido un cambio en la red comercial. Las entregas continúan, pero proceden de otra fuente. Todo lo que sabemos es que antes Keynes recibía los paquetes a través de un individuo de tez morena que aparecía en el tren de Londres, y más tarde, a través de alguien oculto bajo un velo de oscuridad. Ahora el círculo parece cerrarse en torno a Keynes y su nuevo colaborador.

—Pero ¿qué puede significar eso? —pregunté—. Incluso si tomamos en serio todas esas confusas visiones, resulta incomprensible. ¿Y en cuanto al ataque de esta tarde?

—Elemental —contestó Holmes—. Se trata sencillamente de un caso de competencia comercial. Keynes estuvo una vez relacionado con el tipo de tez morena y su jefe, pero tuvieron ciertas discrepancias y Keynes se hizo independiente. Esto no gustó a sus antiguos colaboradores, que tenían, por cierto, bastante buena información sobre sus actividades y decidieron intervenir por la fuerza. En realidad, no difiere mucho del principio de la oferta y la demanda que el propio Keynes nos explicó no hace mucho.

—Extraordinario —señalé—. Si supiéramos quién es ese tipo de tez morena, o lo que hay detrás de él... Esa debe ser la clave de todo este misterio, desde las premoniciones de Russell en adelante.

—Tal vez yo pueda ayudarles —dijo la señorita Besant—. Me parece que tienen mucha necesidad de mí.

—Ya nos ha ayudado usted de un modo sustancial —observó Holmes—. Ahora creo que debemos actuar con rapidez.

—Piense un momento, señor Holmes —dijo Annie extendiendo su mano hacia Holmes con decisión—. ¿Quién mejor que el propio Keynes puede conocer la identidad del jefe del tipo de tez morena? Porque intuyo que éste no es más que un cómplice. Usted ha sido el último que ha visto a Keynes. Venga conmigo, señor Holmes —dijo indicando el cuarto donde había encerrado a Crackie Davidson—, le haré entrar en trance y me dirá lo que hay en el fondo de sus ojos.

Holmes dudó, pero ella le cogió del brazo y continuó.

—Siento que ya hay fuerzas que fluyen entre nosotros, querido señor Holmes. Estoy segura de que nuestra sesión conjunta será fructífera. Aunque tengo la sensación de que el doctor Watson no comparte este campo de fuerzas actualmente. Supongo que no le importará permanecer aquí fuera mientras nosotros nos retiramos a este cuarto para sondear juntos las profundidades —concluyó dirigiéndome una sonrisa con aire victorioso.

Pero Holmes se apartó de la puerta bruscamente.

—Le agradezco su oferta, señorita Besant —dijo con frialdad—, pero no puedo quedarme con usted por más tiempo. Creo que es mejor que investiguemos las habitaciones de Wittgenstein lo antes posible. Buenos días.

Sin volver la vista atrás, Holmes subió las escaleras a toda velocidad, obligándome a salir tras él y a preguntarme si sus prisas estaban motivadas por lo que había delante de nosotros o más bien por lo que quedaba atrás.

9 — Un filósofo desaparecido regresa

LOS aposentos de Ludwig Wittgenstein estaban completamente desprovistos de muebles. No había decoración en las paredes ni alfombras en el suelo. El dormitorio sólo tenía una cama y la sala de estar no ofrecía más comodidad que un par de sillas de lona y una mesa de jugar a las cartas. En medio de la habitación había una estufa de leña y, en una de las paredes, una caja fuerte metálica.

—Increíble —murmuró Holmes—. Creo, Watson, que pronto hallaremos algunas respuestas a los misterios que rodean a este extraño filósofo y a su círculo de amistades.

Holmes se acercó a la caja y empezó a dar vueltas a las ruedas de la combinación.

—¿Es que pretende abrir la caja? —pregunté con aprensión, tanto por la corrección moral de aquello como por el peligro de ser descubiertos en medio de la sala de estar de Wittgenstein desvalijando sus preciadas posesiones.

—Ya lo he hecho.

La puerta de la caja se abrió y Holmes empezó a hojear rápidamente los montones de papeles que constituían su contenido.

—Nunca se debe permitir que un obstáculo entorpezca la vía de acceso a los hechos, Watson. Ellos son nuestro único guía hacia la verdad. Pero caramba, ¿qué es esto?

Holmes sacó de detrás de los papeles un pequeño paquete, envuelto cuidadosamente en papel marrón y atado con una cuerda. Exploró con sus manos los nudos y sin duda los habría desatado si su vista, como la mía, no hubiera sido atraída por el brillo de un metal oscuro en las profundidades de la caja.

Era un revólver. Holmes lo extrajo de entre los papeles del fondo, se colocó el cañón en la nariz y examinó el tambor.

—Completamente cargado —comentó Holmes—. No ha sido disparado recientemente. De hecho, no ha sido disparado nunca. El azul del percutor ni siquiera tiene muescas, y el mecanismo todavía está duro. Es nuevo y, según mis estimaciones, la fecha de adquisición es relativamente reciente.

Sus investigaciones en esa dirección se vieron interrumpidas. Con un hábil movimiento, Holmes volvió a dejar el revólver y el paquete marrón en su sitio, cerró la caja y adoptó una postura impasible en el centro de la habitación. Yo hice todo lo posible por imitarle. En un segundo oímos unos pasos sordos en el vestíbulo de afuera y la puerta se abrió.

Un mozo de la limpieza entró en la habitación. Andaba encorvado y con lentitud, a pasos cortos. Llevaba gorra de trabajador, chaqueta de piel, una camisa de franela con el cuello abierto y pantalones y zapatos deslustrados. Aunque cruzó la habitación en busca de una silla, parecía no advertir nuestra presencia.

—Señor Wittgenstein, supongo —dijo Holmes en tono acogedor.

El rostro de aquel hombre se desfiguró de un modo extraño. Movía los labios, como si estuviera hablando, pero no producía sonido alguno. Hacía aspavientos con las manos de manera titubeante. Parecía esforzarse por decir algo. Tras medio minuto, enfocó de repente sus ojos sobre nosotros. Tenían el brillo más intenso que jamás haya visto.

—Las alusiones personales no tienen ningún interés. Salvo para una teoría sobre las alusiones personales, claro está. Y aquí el problema es...

Su voz, fuerte y sonora, se fue apagando, su mirada quedó perdida en el espacio y su rostro se desfiguró de nuevo con aquel diálogo secreto.

Después de considerar que a todos los efectos era como si estuviéramos solos, me volví hacia Holmes y le dije:

—¿Cómo supo que era Wittgenstein y no un mozo de la limpieza?

—Elemental —contestó Holmes—. Su ropa está completamente limpia. Y a pesar de ir encorvado, se trata de un hombre joven, doblado no por la edad o el trabajo, sino por el esfuerzo mental excesivo, y si mi impresión es correcta, por alguna agitación interior adicional.

Wittgenstein se revolvió con enojo.

—Ciña sus comentarios a los asuntos que se están tratando —exclamó.

Se había quitado la gorra y pude ver sus despeinadas greñas de color castaño y su sorprendentemente hermoso perfil aguileño. Era un individuo delgado, de mediana estatura y piel pálida, y con un hermoso rostro enjuto. Entonces frunció las cejas y vi que en sus ojos hundidos ardía la excitación.

—Me pongo voluntariamente a disposición de la comunidad filosófica, pero sólo tolero discusiones serias.

—Nosotros no somos filósofos —replicó Holmes—, sino detectives.

Por primera vez Wittgenstein nos miró con cierta animación.

—Así que son detectives —repitió—. ¿Y por qué han venido aquí? ¿Cuál es el misterio?

—Usted es el misterio —señaló Holmes—, o al menos parte de él.

—Esas son dos proposiciones distintas. Ambas ciertas, no lo pongo en duda. Pero para mí, es un misterio mucho mayor averiguar no por qué las cosas han de ser como son, sino por qué primero ha de haber algo en lugar de nada en absoluto.

—Mi nombre es Sherlock Holmes, y éste es el doctor Watson.

—¿De veras? —exclamó Wittgenstein levantándose casi de la silla—. Me encantan las historias de detectives. Son preferibles a la literatura filosófica. De ésta apenas se aprende nada. En las novelas de detectives uno al menos descubre algo de vez en cuando. Y por ello me alegro mucho de conocerle, señor Holmes. Siempre había deseado conocer a un detective de novela —dijo antes de hacer una inclinación, doblando la cintura al estilo alemán. Después se volvió hacia mí—. Sin embargo, doctor Watson, sus historias no son de las mejores.

—Estoy seguro de que el doctor Watson aprecia su sinceridad —intervino Holmes—. Personalmente, no veo ningún valor en leer obras de ficción, y menos novelas de detectives. Pero ya que estoy aquí, permítame que le haga algunas preguntas.

—No faltaba más —dijo Wittgenstein echándose hacia delante con un aire de entusiasmo juvenil.

—¿Por qué regaló usted su dinero?

—¿Mi dinero? ¿Cómo sabe eso?

—Su escaso mobiliario habla por sí mismo. No tiene usted dinero. Sin embargo, a Cambridge no viene gente pobre. Hasta esos pocos que se esfuerzan, con medios insuficientes, por vivir decentemente entre los hijos de la burguesía, amueblan sus aposentos con más solidez. No, la habitación no habla sólo de simple pobreza. Únicamente un hombre de convicciones morales profundas disfrutaría con esta austeridad. Y sólo los muy ricos pueden preocuparse tan poco de su dinero como para regalarlo.

—Está usted en lo cierto —dijo Wittgenstein—. Heredé una suma considerable de mi padre^[11], que murió en Viena no hace mucho. Inmediatamente la regalé. No quiero tener falsos amigos, como los que se consiguen con dinero.

—Ah, claro —dijo Holmes—. ¿Y la caja fuerte?

—Contiene mis papeles.

—¿Tiene usted miedo de que se los roben?

—Del fuego —observó Wittgenstein con vehemencia—. Tengo miedo de que los quemem.

—Bueno, entonces usted se preocupa por algo de su propiedad, sus ideas. ¿No teme también que alguien pueda robarlas?

—¿Robarlas? Pero si las regalo. No son secretas. Doy clase aquí, en esta misma habitación, los jueves por la tarde de cinco a siete, para todo aquél que desee escucharme. Sólo pido que mis alumnos sean serios. Deben asistir con asiduidad, no sólo una o dos veces. Y deben ser puntuales y concentrarse en el tema. Para los que lo hacen, mis ideas están abiertas.

—Entonces, ¿a usted no le preocupa que uno de sus oyentes publique sus ideas?

—Me da exactamente igual lo que ocurra con mis obras —declaró Wittgenstein—. Estaría dispuesto a consentir que todos mis manuscritos fueran destruidos, si tuviera la seguridad de que las obras de mis estudiantes y discípulos fueran a ser destruidas también.

—¿No le importa su nombre entonces?

—Permítame que le cuente algo, señor Holmes. Una vez estuve hablando largo y tendido con un filósofo. No me guardé nada, le expliqué mis más profundos y auténticos pensamientos, tal y como suelo hacer con todo el que me pregunta. Después él escribió un artículo en el que mencionaba nuestra conversación, pero se atribuía mis propias ideas. Le escribí una carta poniendo en duda su comportamiento.

Pero antes de que recibiera su contestación me llegaron noticias de que había muerto: había sido asesinado.

—¿Asesinado? —preguntó Holmes—. ¿Por quién?

—Ocurrió en Viena. Mi corresponsal, como yo, era judío, y en algunos lugares existe un profundo sentimiento contra nosotros. Pero ¿qué importa? Está muerto. Fue un duro golpe para mí. Eso me demostró que hay más de una forma de recibir una respuesta a una pregunta.

—Pero, aquí en Cambridge, ¿no hay nadie a quien tema?

—¿Aquí? —dijo Wittgenstein, como si hasta entonces no se le hubiera ocurrido tal idea. Recorrió con una mirada intensa la habitación. Sus ojos brillaban.

—¿Qué piensa usted de Bertrand Russell? —preguntó Holmes.

—¿Russell? Es inteligente, muy inteligente. Y es amigo mío. No tiene necesidad de robar nada a nadie.

—¿Y Moore?

—¿Moore? Es un niño. Un auténtico niño; muy bueno, eso sí, pero a pesar de todo un niño. Es bueno, pero no generoso. Podría apropiarse de cualquier cosa sin pestañear.

—¿Conoce usted a Keynes, el economista?

—Sí, claro. Siempre me está ofreciendo cosas.

—¿Qué clase de cosas?

—Dinero y cosas así —dijo Wittgenstein agitando la mano de forma imprecisa y con aire de desprecio.

—¿Y a Ramanujan, el matemático?

Wittgenstein guardó silencio. Parecía haber vuelto a caer en un profundo trance.

—Creo que usted conoce a Ramanujan —dijo Holmes—. ¿No teme usted nada por lo que a él se refiere?

Wittgenstein se mostró inquieto.

—De lo que no se puede hablar, hay que callar.

—Entonces permítame que vaya al grano, señor Wittgenstein. Russell nos ha llamado en relación con un asunto que él cree muy peligroso, para usted y para el futuro de la filosofía. ¿Ha sentido usted aquí algunas influencias inoportunas en los últimos días? ¿Hay algún peligro al acecho?

—Un peligro —comentó Wittgenstein— no es algo que venga al caso. Puede llegar a serlo, pero no es un hecho. No es algo que pueda ser comprobado.

—¿Cómo, entonces, se comprueba algo de ese tipo? ¿Prefiere usted esperar hasta que el peligro se haya manifestado y se hayan sufrido las consecuencias?

Antes de que Wittgenstein pudiera responder, oímos un ruido de pasos que subían por la escalera. Entonces la puerta se abrió de golpe y Russell penetró en la habitación. Llevaba el cuello de la camisa completamente descolocado y él mismo parecía encontrarse en un estado de gran agitación.

—¡Holmes, venga rápidamente! ¡Ramanujan está muerto!

Russell salió a toda prisa de la habitación y Holmes y yo dimos un respingo. Wittgenstein no se movió de la silla. Retorció el rostro con gran concentración y abrió la boca. Intentaba decir algo.

—¿Cómo comprueba usted algo? —repitió—. ¿Cómo sabe usted si algo es verdad o no? Veo que tiene prisa por ver el cuerpo, así que le daré una respuesta rápida. Supongamos que un policía tiene que recoger información de la gente que vive en su barrio. Anota todos los nombres, sus profesiones, edades, etcétera. Pero supongamos que se encuentra con alguien que no tiene una ocupación definida. ¿Qué hace el policía? Por supuesto, lo anota también, porque no saber nada acerca de un caso es una información útil.

La profundidad de aquel hombre me impresionó como el sonido amortiguado de una campana. Volvió entonces a caer en un profundo trance y no nos dirigió siquiera una mirada cuando Holmes y yo cruzamos apresuradamente la puerta y bajamos las escaleras para sumergirnos en el crepúsculo de Cambridge.

10 — La llamada de la muerte

—¡QUÉ mala suerte! —exclamó Holmes mientras recorríamos las arcadas del colegio.

—Sí, pobre diablo —observé yo—. Me avergüenzo de haberle tomado el pelo. Y se ha llevado sus secretos a la tumba.

—No me refiero al hindú, Watson, sino al paquete marrón. Si hubiera tenido unos segundos más para ver lo que había dentro, la parte más oscura de este caso estaría resuelta.

Un pequeño grupo de personas se había reunido en los aposentos de Ramanujan. Hardy iba de un lado para otro en un estado de gran nerviosismo. Con la excitación parecía haber olvidado que llevaba su palo de criquet en la mano. El resto de los asistentes retiraba la cabeza cada vez que pasaba.

El cuerpo de Ramanujan estaba tendido sobre el estrado. Tenía los ojos abiertos y su rostro estaba desfigurado por un gesto de terror.

Di un paso adelante y examiné el cadáver. Todavía estaba caliente y flexible.

—No hace más de media hora que ha muerto —señalé—. No hay ningún signo de violencia, ni huellas de lucha. Y no aparecen sustancias extrañas en los labios o en la lengua. No veo ningún signo infrecuente, salvo uno, y ese casi no merece la pena mencionarlo.

—¿Se refiere a ese horrible gesto? —preguntó Russell—. Parece como si le hubieran matado de un susto.

—No, no me refiero a eso —repliqué—. Es algo más clínico. Pero olvidémoslo.

—Venga, Watson, dígalo de una vez —exclamó Holmes—. ¿Qué es lo que nos está usted ocultando?

—Tiene el abdomen excesivamente duro.

—¿Y qué significa eso? ¿Tiene algo que ver con veneno?

—No, significa estreñimiento.

—Ya —dijo Holmes—. ¿De qué duración?

—A decir verdad, Holmes, yo diría que ha estado en esa situación más de tres semanas.

—¿Puede ser esa la causa de la muerte?

—Nunca he oído tal cosa. No, seguro que no.

—El alimento británico —señaló Keynes— es criticado, y no sin justicia, por ser difícil de digerir.

—Es este tiempo infernal que tenemos aquí —declaró Hardy—. Vivimos sobre una roca llena de niebla. Este hombre se ha ido debilitando cada vez más desde que llegó. Le dije que sería más feliz en un lugar más agradable, como Noruega o América.

—Ah, la muerte —observó Whitehead—. Ah, la muerte. Nunca más una alegre mañana llena de esperanza. No debería haber venido aquí. Inglaterra sólo es apropiada para los ingleses.

—Ese fanatismo está cada vez más extendido —exclamó Hardy—. Son actitudes como ésa las que nos están llevando hacia una guerra desastrosa.

—¿No tiene usted sentimientos hacia la madre patria? —intervino Whitehead—. Son los Boches, y no nosotros, los que preparan una guerra agresiva. Mucho me temo que Russell ha influido en sus opiniones con su frágil elocuencia.

—Creo que Hardy es el único al que he convencido —dijo Russell—. Puede que pronto paguemos todos el precio de su patriotismo sentimental.

En todo este asunto, Moore fue el único que se mantuvo al margen. Su rostro impasible se nubló y parecía a punto de echarse a llorar.

—Esta discusión no lleva a ninguna parte —dijo Keynes—. Ocurra lo que ocurra, ya veremos cómo encontramos la forma de pagarlo. Pero por el momento consideremos cómo debemos ocuparnos de nuestras actuales dificultades —observó agitando su mano en dirección al cadáver.

—Completamente de acuerdo —dijo Hardy—. No parece juego limpio. ¿Quién ha podido hacerlo? —señaló en tono amenazante con su palo de críquet.

—¿Tenía Ramanujan enemigos? —preguntó Russell.

—No había buenas relaciones entre él y su amigo Wittgenstein —declaró Whitehead—. Un extranjero frente a otro, y en suelo británico. Al parecer no dejan de pedirnos ayuda para aclarar las cosas.

—¿Dónde está Wittgenstein en este momento? —preguntó Keynes.

—Ha estado fuera durante cinco días —contestó Russell—. Aunque acaba de regresar hace poco.

—¿Ve usted? —observó Whitehead—. Todas las piezas encajan, como las estrellas de una constelación. Podemos considerarlo todo como un acontecimiento singular. El único individuo que tiene un motivo contra Ramanujan, el único de cuyos actos no se tienen noticias, es el único que falta en el momento del asesinato. Y, como usted comprobará, es el único que no viene a ver el cuerpo. No presenta sus respetos, ni siquiera ante la muerte.

—No está todavía tan claro —dijo Holmes levantando la vista después de rebuscar entre un montón de papeles y unas viejas tazas de té—. Wittgenstein ha estado con el doctor Watson y conmigo durante la última media hora. Eso no excluye toda posibilidad de que haya estado aquí, pero la hace improbable. Además, está la cuestión del arma. El cuerpo no presenta lesiones.

—Cierto, cierto —exclamó Hardy—. ¿Cómo puede haber ocurrido?

—¿Quién descubrió el cadáver? —preguntó Holmes.

—Bueno, fui yo —dijo Hardy.

—Y usted fue la última persona de los que estamos aquí que le vio con vida, ¿no es cierto? —señaló Holmes observando las caras de todos los presentes.

—Supongo que así fue —contestó Hardy apoyándose en su palo de críquet.

—¿Y dónde estuvo usted durante las últimas horas, entre el momento en que le vimos por última vez y el momento en que encontró el cuerpo y dio la alarma?

—Es cierto —dijo Hardy—, ¿dónde estuve? Pues... aquí mismo. No, no, fui en busca de un partido de críquet y me encontré a Whitehead, que me invitó a tomar el té y a discutir los fundamentos de las matemáticas.

—¿Hizo usted eso? —preguntó Holmes volviéndose hacia Whitehead.

—¿Que si hice yo eso? Se refiere usted a esta tarde, claro. Sí, creo recordar una tarde apacible en el jardín y una agradable conversación durante el té. Una conversación amena y... té con limón, creo que fue.

—Es cierto —intervino Moore—. Yo les vi.

—¿Y usted, Keynes? —preguntó Holmes.

—Hice una visita a mi amigo y compañero de la Royal Society, el señor Bertrand Russell. Tuvimos ocasión de hablar de asuntos de política y economía.

—Lo siento —dijo Moore—. No es completamente cierto.

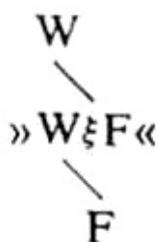
—¿Qué no es completamente cierto? —preguntó Holmes.

—No sé si realmente era té con limón. De lo demás puedo dar fe.

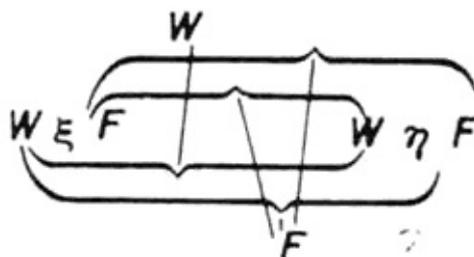
—Excelente —dijo Holmes—. Estamos llegando al final de nuestras preguntas. Tal vez el señor Russell pudiera ayudarnos a identificar esto —añadió tendiéndole un pedazo de papel con unos curiosos símbolos:

6.1203..., Supongamos ahora que quiero investigar, p.ej., si la proposición $\sim(p \sim p)$ (la ley de contradicción) es una tautología. En nuestra notación la forma

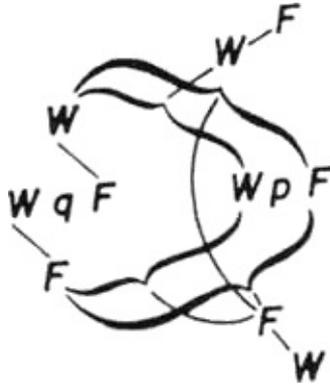
« $\sim\xi$ » se escribe:



la forma « $\xi.\eta$ » así:



De ahí que la proposición $\sim(p \sim q)$ se exprese así:



—Es la función de la verdad de Wittgenstein —dijo Russell—. La consideraba como uno de sus descubrimientos más importantes. ¿Dónde la ha encontrado?

—Entre los papeles de Ramanujan. Es el único que no encajaba con las estructuras que aparecen en los demás.

—¿Hay algo más aquí que pueda constituir una pista? —preguntó Russell—. ¿Ha terminado ya su registro, señor Holmes?

—No, no del todo —contestó Holmes—. Me queda sólo el baño —añadió abriendo la puerta de un pequeño cuarto con las paredes cubiertas de azulejos—. Y aquí no hay nada más que una curiosa botella en el lavabo. Tengo mis dudas acerca de que sea jabón.

—¿De verdad? —exclamó Hardy—. ¿Y qué puede ser si no? Díganos, Holmes.

Entonces empezó a dar vueltas con gran excitación. El palo de criquet, todavía en su descuidada mano, comenzó a girar por los aires y fue a golpear la botella, haciéndola caer a la pila del lavabo. Un extraño líquido marrón se escapó por el desagüe con un gorgoteo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Hardy—. Puede que sea una pista importante.

—Por el olor —señaló Holmes—, yo diría que se trata de algún compuesto de incienso de sándalo, relacionado tal vez con el culto a la diosa Kali. Marchémonos, Watson. No hay nada que hacer hasta que se haya realizado la investigación judicial.

—¿Investigación judicial? —observó Keynes—. No parece que sea necesaria.

—Es el procedimiento habitual en caso de asesinato —indicó Russell.

—Sin duda lo es —dijo Keynes—. Pero quisiera señalar, si me lo permiten, que esto parece ser un caso de muerte natural. Desde que llegó a Inglaterra, Ramanujan ha tenido mala salud y parece muy lógico que haya muerto a causa de nuestro clima y nuestras condiciones de vida, igual que muchos de los nuestros han sucumbido a los rigores húmedos y calurosos de la India. Creo que cualquier opinión médica competente determinaría que las causas de la muerte han sido puramente naturales, aunque, por supuesto, profundamente lamentables. La probabilidad de que haya algo más es tan pequeña que seguramente podemos descartarla. Solicitar una investigación sería crear sospechas sobre este incidente y con ello desacreditar al Trinity College.

—Es cierto —dijo Whitehead—. No debemos pensar sólo en nosotros.

—Quisiera añadir además —continuó Keynes— que Ramanujan no era ciudadano británico. Por ello, una investigación trascendería enseguida a la prensa. Esto podría dar lugar a un incidente y a que se hicieran preguntas en el Parlamento que podrían resultar embarazosas en un momento en que Inglaterra necesita todo el apoyo que pueda conseguir de las colonias de la India. Y precisamente cuando el Comité de Concesión de Becas de la Universidad ha solicitado que los salarios de los Profesores Regentes sean aumentados.

—Exacto —dijo Whitehead—. Estamos dejando que nuestras emociones lleven este incidente demasiado lejos.

—Caballeros —dijo Holmes—, debo insistir. No podemos permitir que la política se interponga en el camino de la verdad en este asunto. La situación tal vez no sea definitiva, pero hemos de conseguir todos los datos que podamos. Apelo a usted, Russell, y a su sentido de la honradez, Whitehead.

—Completamente de acuerdo —dijo Russell—. Debe hacerse como dice.

—Prefiero suponer que por una vez actuaré correctamente —dijo Whitehead—. De acuerdo, aceptemos las consecuencias.

—Muy bien —dijo Keynes—. Avisaré al Comisario Dogberry y al forense, el Doctor Doolittle. Podemos contar con que serán discretos. Conozco bien a Doolittle y he tenido ocasión de hacer algunas inversiones para él en el terreno mercantil.

—Excelente —señaló Whitehead—. Es usted un hombre de negocios, Keynes. Dejaremos que sea usted quien lo organice. Y todos satisfechos. Es una solución de lo más inglesa.

—Bastante —observó Keynes—. Ahora espero que me disculpen, caballeros. He de encargarme de los crespones para el duelo, pues el mundo intelectual ha sufrido una gran pérdida. Y he de tomar el tren de la tarde para Londres porque debo ver a mis agentes de negocios por la mañana.

—Venga, Watson —dijo Holmes—. Puede que ya no nos necesiten aquí.

—¿Adónde vamos? —pregunté mientras salíamos de allí a toda prisa.

—A las habitaciones de Wittgenstein otra vez, Watson. Puede que liquidemos el asunto esta noche.

Las ventanas que daban a las escaleras de Nevile's Court estaban oscuras.

—Bueno —murmuró Holmes—, ha vuelto a salir. Podemos completar nuestro trabajo.

La habitación seguía estando vacía, como la primera vez. Holmes se fue directamente hacia la caja. Abrirla fue cuestión de segundos. La puerta giró hacia atrás.

No había nada en su interior.

—Demasiado tarde —señaló Holmes—. Wittgenstein ha vuelto a desaparecer. Y me temo que esta vez es posible que no se le vuelva a ver en Cambridge.

—¡Entonces él es el asesino! —exclamé—. Marcharse de este modo es como

admitir su culpabilidad.

—No estoy de acuerdo con usted —dijo Holmes—. Puede que sólo sea una aceptación de su miedo, o, mejor dicho, un acto de prudencia. Pues creo que tanto Ramanujan como Wittgenstein estaban amenazados, y las amenazas tienen la misma procedencia.

—¿Sí? —pregunté—. ¿Y cuál puede ser?

—Quizá se lo explique dentro de poco. Observe, Watson.

Se sentó a la mesa de jugar a las cartas y sacó una serie de documentos de sus mangas y bolsillos.

—Conseguí coger estos tres de la caja justo antes de que el inoportuno regreso de Wittgenstein nos interrumpiera.

El primero consistía en una serie de proposiciones, numeradas desde 6.5 a 7. Las líneas superiores decían:

6.5 Respecto a una respuesta que no puede expresarse tampoco cabe expresar la pregunta.

6.521 La solución del problema de la vida se nota en la desaparición de ese problema.

—Ésta debe de ser la misma serie de la cual encontramos un extracto en las habitaciones de Ramanujan, Holmes. Ello confirma que Ramanujan le robaba las ideas. Wittgenstein debió de enterarse y le mató.

—Lleva usted razón en el primer punto, Watson, pero no en los otros. Mire esto —dijo señalándome una segunda hoja:

$$\frac{1}{1 +} \frac{e^{-2\pi\sqrt{5}}}{1 +} \frac{e^{-4\pi\sqrt{5}}}{1 +} \dots =$$

$$\left[\frac{\sqrt{5}}{1 + \sqrt[5]{\frac{5}{4} \left(\frac{\sqrt{5} - 1}{2} \right)^{5/2} - 1}} - \frac{\sqrt{5} + 1}{2} \right] e^{2\pi\sqrt{5}}$$

$$\int_0^\infty \frac{dx}{(1 + x^2)(1 + r^2x^2)(1 + r^4x^2) \dots}$$

$$= \frac{\pi}{2(1 + r + r^3 + r^6 + r^{10} + \dots)}$$

—Son algunos de los teoremas de Ramanujan. ¡Se estaban robando el uno al otro! —exclamé.

—Sería más apropiado deducir, Watson, que estaban haciendo lo que la mayoría

de los intelectuales suelen hacer: intercambiar borradores del trabajo que realizan.

—Pero ellos eran rivales y enemigos.

—No necesariamente en grado sumo —observó Holmes—. El mundo intelectual, querido Watson, es extremadamente competitivo, pero la competencia puede adoptar formas extrañas. Entregarle a alguien un borrador de las propias investigaciones no es únicamente un regalo, es un desafío. Es un modo de demostrar la propia pretensión de primacía. Y por tanto, corresponder con otro borrador no es sencillamente el intercambio de un regalo por otro, sino responder a un desafío con otro. Detrás de todo esto puede haber incluso intereses comunes. Mire, Wittgenstein era también un místico. Fíjese en la primera hoja de nuevo: «6.522 Lo inexpresable, ciertamente, existe. Se muestra, es lo místico». Y la número 7: «De lo que no se puede hablar, hay que callar^[12]».

—Oiga, Holmes, ¿tiene usted razón!

—Elemental, querido Watson, elemental. E incluso cabe la posibilidad de que se hayan dado cuenta últimamente de que tienen un enemigo común.

—¿Un enemigo? ¿Quién, Holmes?

—Alguien que los dos conocían. Fíjese en esto, Watson —dijo sacando un tercer trozo de papel:

$$666 = 10^\circ = 1^\square \text{ A} \cdot \text{A} \cdot$$

$$7^\circ = 4^\square \text{ A} \cdot \text{D} \cdot$$

—Caramba, es lo mismo que usted descubrió en la habitación de Ramanujan, pero con una línea adicional.

—Exacto —afirmó Holmes—. Y creo que está relacionado con este emblema.



Puso los dos papeles, el de Ramanujan y el de Wittgenstein, juntos sobre la mesa, y delante de ellos colocó el emblema.

—Fíjese, todos tienen un motivo egipcio o masónico.

—¿Puede descifrarlos, Holmes?

—Creo que sí, con la ayuda de esto.

Entonces sacó un último pedazo de papel, una lista de nombres con unas fechas contrapuestas, que iban desde 1890 hasta la actualidad.

—Es una lista de los estudiantes matriculados en el Trinity desde la primera

época de Russell, que se graduaron en matemáticas o filosofía con buenas calificaciones. Algunos de ellos, creo, pueden haber sido excluidos de los Apóstoles, a pesar de su altura intelectual, y por ello, todavía podrían guardar rencor contra el círculo misterioso.

—Pero ni Wittgenstein ni Ramanujan son miembros de los Apóstoles.

—Muy cierto, Watson. Pero puede ser eso precisamente lo que ha inclinado a nuestro genio malvado a apoyarles. Porque no creo que haya estado tanto amenazándoles como intentado arrastrarles a tomar parte en sus maquinaciones.

—Pero ¿cómo puede usted saber eso, Holmes?

—Elemental —contestó—. Ambos poseen mensajes y pruebas de confianza de ese genio del mal, que guardan como algo valioso. Esto me lleva a suponer que fueron obsequios de un amigo, y que sólo progresivamente la influencia de tal amigo ha llegado a ser temible.

—Extraordinario, Holmes. Eso arroja nueva luz sobre el asunto. Pero ¿cómo podría haber actuado tal influencia? Wittgenstein y Ramanujan eran dos individuos de voluntad firme, y los dos tenían buenos amigos dentro de los Apóstoles. No creo que desearan acabar con sus amistades. Y, además, tampoco han hecho movimiento alguno en tal sentido.

—Tiene usted razón, Watson —afirmó Holmes—. Pero veamos el asunto más detenidamente. Tanto Wittgenstein como Ramanujan están interesados en el misticismo, y su amigo es, según se desprende de los mensajes que les envió, adepto a algún culto místico. Una vez que les hubiera atraído, podría empezar a aprovecharse de ellos por medio de influencias psíquicas y, a través de ellas, minar sus voluntades en otros sentidos.

—¿Qué quiere usted decir, Holmes?

—¿Recuerda usted la única peculiaridad médica en la muerte de Ramanujan?

—¿Se refiere a su excepcional estreñimiento? No veo qué relación puede tener. Uno no se muere porque tenga el vientre estreñado.

—Desde luego que no, pero estábamos hablando de algo más. ¿Conoce usted algún procedimiento para causar tal estreñimiento?

—Creo que ya veo a donde quiere llegar. Los actuales preparados de opio tienden a producir una paralización de los intestinos.

—Exactamente, Watson. Ramanujan debe haber estado ingiriendo fuertes drogas, al menos durante varias semanas.

—Pero no se encontraron drogas en su habitación.

—Alguien pudo haberlas retirado. O más bien, Ramanujan pudo haber agotado sus provisiones y encontrarse en estado de abstinencia mientras esperaba su suministro semanal.

—Eso parece lógico, Holmes. E ingerir drogas no sería algo extraño en el carácter de un hindú. Pero Wittgenstein es otro caso. Después de todo, es un asceta consumado.

—Claro que lo es. Pero su amigo podría haberle inducido fácilmente a tomarlas como parte de los ritos místicos. Y una vez introducidas en el metabolismo del cuerpo, es difícil librarse de ellas. Wittgenstein, por supuesto, era un hombre de voluntad firme y gran inteligencia, y empezó a darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Eso explicaría tanto su extraño comportamiento como su ausencia inexplicable de Cambridge durante cinco días.

—Sí, y el asunto del paquete marrón escondido en el fondo de la caja fuerte.

—Exacto, Watson. Aunque no se puede considerar como buena señal que Wittgenstein haya desaparecido llevándose el paquete marrón.

—Puede que lo haya cogido sólo para deshacerse de él.

—Esperemos que así sea. Mientras tanto, veamos qué se puede hacer para establecer la identidad de nuestro truhán. No es completamente seguro que esté en esta lista, pero si consigo que uno de estos nombres coincida con el código, es muy probable que ése sea el suyo.

Dicho esto, Holmes se quitó el abrigo y comenzó a llenar sus papeles de notas. Durante una hora concentró todo su esfuerzo en esta tarea, levantándose enérgicamente de vez en cuando para dar vueltas por la habitación y morderse las uñas. Hacía tiempo que había aprendido a dejarle solo en momentos como ése; así que salí a la escalera a fumar un cigarro y a contemplar las siluetas de las torres del Trinity College.

Cuando Holmes apareció en la puerta ya eran las diez.

—En marcha, Watson. El culpable no está aquí, en Cambridge. Tenemos el tiempo justo para coger el tren.

—¿Hacia dónde, Holmes?

—A Chancery Lane, Watson. ¡Vamos por él!

—¿Pero quién es, Holmes?

—Es un enemigo considerable —contestó Holmes—. Debería haberme dado cuenta antes. Es un individuo que ya se ha ganado el título de hombre más perverso de Inglaterra.

Y tras estas palabras enigmáticas, se quedó en silencio, con la pipa apretada entre los dientes. No volvió a hablar hasta que, a medianoche, llegamos a los desolados alrededores de Londres.

SEGUNDA PARTE

En noche cerrada

11 — La historia de la cábala

—¿LE dice a usted algo el nombre de Aleister Crowley, Watson?

Íbamos en un carruaje por las oscuras calles de Londres, circulando sobre los adoquines del viejo centro medieval de la ciudad.

—No, nada —contesté—. A menos que tenga alguna relación con las cervezas Crowley.

—Sí, la tiene —señaló Holmes—. Aleister Crowley es el heredero de esa fortuna alcohólica. Parece estar más identificado con la catadura moral del origen de su fortuna que con las propias inclinaciones paternas. El viejo Crowley se retiró siendo rico y se dedicó a propagar la estricta fe bíblica de los Hermanos Plymouth, secta que considera al cristianismo ortodoxo demasiado disoluto. Y... sabe Dios, puede que así sea. Pero... ¡que se lo lleve el diablo!, yo no soy un teólogo. Aleister Crowley recibió su fortuna, como único heredero, a la edad de veintiún años, y se dedicó a crearse una reputación como modelo de maldad del mismo modo que su padre lo había sido de bondad. Reconozco que en otros aspectos parecen tener mucho en común. Tanto el padre como el hijo tienen una aptitud especial para lo dramático y se consideran, o se consideraban, a sí mismos entre los elegidos. Aleister Crowley sacó a relucir esta vena poco después de llegar a Cambridge.

—O sea, que estaba en su lista, Holmes. Así es como le ha encontrado.

—Exactamente, Watson. Se matriculó en el Trinity College en 1895, justo tres años después que Russell, que ha estado allí casi sin interrupción desde aquella época. Crowley estuvo tres años y se marchó sin graduarse.

—¡Ah! Eso puede ser significativo, Holmes.

—Puede que lo sea, o puede que no. Todavía no sabemos bajo qué circunstancias abandonó. No fue expulsado, y su expediente académico, según he podido averiguar, era excelente. Fue presidente del Club de Ajedrez de la Universidad y se dedicó a las matemáticas así como, de manera privada, a la poesía.

—Entonces podría haberse procurado cierta enemistad con Russell.

—Es posible. Crowley era brillante, pero me atrevería a decir que no muy popular. Era lo suficientemente rico e inteligente como para ser arrogante, y demasiado como para serlo sin tener las relaciones adecuadas. Russell, sospecho, puede haber representado todo lo que a Crowley le faltaba y disgustaba: la ascendencia social de Russell, su pertenencia a la élite intelectual de los Apóstoles y su sentido de responsabilidad política. El radicalismo de Russell debe haber molestado a Crowley, el parvenue enfrentado a la genuina noblesse. Mientras Russell escribía sobre la democracia social alemana, Crowley intentaba adoptar una pose de miembro de la vieja aristocracia, comprando una casa junto al Lago Ness para poder darse el título de Señor de Boleskin, y redactando denuncias de la modernidad al

estilo de ese alemán loco, Nietzsche.

—Parece lógico, Holmes. Pero hay una cosa que se me escapa. ¿Cómo descubrió el nombre de Aleister Crowley en aquel código, en aquel «666» y todo eso?

—¿Nunca ha oído hablar de la Cábala, Watson?

La luz de las farolas parpadeaba a través de las ventanillas del carruaje mientras pasábamos de la claridad a la sombra una y otra vez. El rostro de Holmes, a pesar de lo familiar que me resultaba después de nuestros muchos años de conocimiento, tomaba por efecto de las sombras la apariencia de una máscara siniestra.

—He oído hablar de cábalas y de otras nefarias conspiraciones. Sin duda ésta podría ser una de ellas, pero ¿de qué sirve saber eso para descifrar los criptogramas?

—Bravo, Watson. Al menos tiene usted la familia de palabras correcta. La etimología de sus cábalas nefarias se extiende ciertamente a la Cábala. Pero ésta es más antigua. Deriva de un procedimiento secreto desarrollado por los hebreos durante su periodo de exilio para interpretar los significados ocultos de los textos sagrados. Esta práctica dividió a la comunidad de creyentes en grupos de iniciados y no iniciados, una peculiaridad que no podía dejar de resultarle atractiva a Crowley, y a todos los que como él han practicado este arte a lo largo de los años. Por supuesto, servía para preservar los aspectos más místicos y apocalípticos de la fe en ambientes hostiles. La esencia de esta técnica consiste en una serie de correspondencias entre las letras del alfabeto y los números. Cada palabra tiene su número, compuesto por la suma de los números de las letras que la forman. Y a la inversa, por supuesto, cualquier número puede ser transformado en una palabra.

—Increíble, Holmes. Pero ¿no es posible que un número pueda ser transformado en más de una palabra? El procedimiento parece admitir una ambigüedad excesiva.

—Así es, Watson. Sin embargo, fue esta posibilidad de intercambio lo que primero atrajo a los sabios hebreos. Recuerde que ellos buscaban mensajes ocultos en los libros del Viejo Testamento. Por medio de la transformación de una palabra en su número podían descubrir qué palabras eran sus equivalentes en virtud de su correspondencia con un mismo número. De este modo se establecieron familias de correspondencias, y el significado de cada palabra fue ampliado con el de sus asociadas. Esto se consideraba especialmente significativo en el caso de los nombres. Se afirmaba que los nombres propios transmitían poderes mágicos a aquellos que los conocían y eran capaces de pronunciarlos en voz alta. Por eso se solía mantener el propio nombre en secreto, para que los demás no tuvieran poderes sobre uno. El nombre Jehová, que los hebreos pronunciaban Yahvé, era uno de ellos. Durante siglos fue mantenido en secreto, y después sólo se hacía alusión a él por medio de formas crípticas y por referencia a su número cabalístico. Precisamente Jesús fue crucificado por los fariseos por revelar al mundo entero el nombre de Jehová.

—¡Es asombroso, Holmes, que esas gentes primitivas de aquellas épocas incultas llevaran el respeto a sus fetiches hasta tales extremos!

—Para ellos era un asunto muy serio.

Entre aquellas sombras intermitentes, las facciones de Holmes parecían componer una sonrisa horrible, lo que hizo que me sintiera como si un demonio se estuviera burlando de mí. Pero su voz continuó hablando suavemente.

—Como usted puede ver, la Cábala no se consideraba como un juego. Sus partidarios se dieron cuenta de que podían utilizarla como un medio para la adivinación y otras prácticas secretas. Uno podría averiguar las palabras que corresponden al mismo número que el nombre de una persona, y de ese modo predecir su futuro. Por este motivo, y el de poder escribir criptogramas que sirvan a los propósitos de las sociedades secretas, la Cábala ha sobrevivido hasta nuestros días. Crowley, sin duda alguna, pertenece a una sociedad de esa clase, y pensaba que si introducía a Wittgenstein y a Ramanujan en la complejidad de este código terminarían por unirse a él.

—¿Y el «666» y todo eso es el nombre cabalístico de Crowley?

—Eso es lo que he descubierto, Watson, aunque mi trabajo me ha costado. Primero he tenido que traducir su nombre al griego. Y puede que sea significativo el hecho de que «666» sea mencionado en la Biblia, en el Libro de la Revelación. Es el número de la Gran Bestia del Apocalipsis que, con sus siete cabezas, representa la blasfemia y es montada por la Mujer Escarlata, la Ramera de Babilonia.

—Y por tanto este emblema con la estrella de siete puntas y el número 666 también representa a la bestia —dije encendiendo una cerilla y examinando el emblema de bronce una vez más.



—Pero ¿qué es esa extraña serie de círculos de arriba?

—¿No se lo imagina, Watson? Tengo la impresión de que puede ir muy bien con el carácter de Crowley. Mire, indudablemente a él le agrada que su nombre coincida con el principal símbolo del mal.

La cerilla se apagó y rápidamente encendí otra.

—Eso explica la mayor parte, Holmes. ¿Qué hay del resto del criptograma? —pregunté señalando a la parte que decía:

$10^{\circ} = 1^{\square} \text{ A.} \cdot \text{ A.} \cdot$

$7^{\circ} = 4^{\square} \text{ A.} \cdot \text{ D.} \cdot$

—Esto es lo que me dio la primera pista. 10° y 7° se refieren evidentemente al

décimo y al séptimo grado, que sugieren rango en alguna organización. Pero ¿qué organización? Una línea nos dice que el séptimo grado es igual al cuarto nivel en algo llamado A.: A.:, que me trae a la mente la Orden del Amanecer Dorado, una sociedad secreta de Londres dedicada a las ciencias ocultas, que tiene unos veinte años de antigüedad. De aquí no es difícil deducir que A.: A.: sea una organización rival que pretende estar a un nivel más alto, según muestra el hecho de que Crowley reclama el rango del décimo grado, con una posición de número uno en A.: A.:, mientras que la Orden del Amanecer Dorado sólo representa el séptimo grado y una posición de número cuatro. Por último, recuerdo que la Cábala utiliza el símbolo del Árbol de la Vida, que es un diagrama que representa algo parecido a los siete chakras de los hindúes, aunque los hebreos tienen diez y les llaman Sephiroth. Cuanto más elevado es el desarrollo místico de una persona, más elevados son los Sephiroth que alcanza en el Árbol de la Vida. Crowley afirma que el Amanecer Dorado llega sólo hasta el cuarto Sephiroth, mientras que él ha alcanzado el primero, y sin duda reclama la categoría de Ipsissimus asociada a éste. Pero mire, Watson, ya estamos llegando a nuestro destino.

Miré por la ventanilla. Estábamos pasando junto a los edificios de Gray's Inn, donde los abogados británicos han tenido sus despachos desde la época medieval.

Miré por la ventanilla. Estábamos pasando junto a los edificios de Gray's Inn, donde los abogados británicos han tenido sus despachos desde la época medieval.

—Todo eso es muy interesante, Holmes. Sin embargo, no debe haber sido sólo por sus aficiones a las artes paganas por lo que Crowley ha merecido el título de «el hombre más perverso de Inglaterra».

—Lleva usted razón, Watson, no ha sido sólo por eso. Pero déjeme que le cuente un incidente que ha llegado a ser bastante célebre. En 1905, Crowley partió hacia la cordillera del Himalaya para escalar el Kanchenjunga. Es uno de los picos más altos del mundo y su ascensión aún no ha sido lograda. Crowley partió con otros cinco hombres blancos y, por supuesto, con un pequeño ejército de porteadores nativos. Después de dos meses de marcha establecieron un campamento a unos cientos de metros de la cumbre. Sin embargo, las condiciones climatológicas eran pésimas y el grupo se vio obligado a mantener en pie el campamento durante varias semanas. El alimento se iba agotando y la estación en la que era posible intentar el descenso fue llegando a su fin. En esa coyuntura se produjo una disputa entre los miembros de la expedición. Crowley, que había sido el jefe, fue depuesto con el consentimiento unánime del resto. El grupo comenzó entonces el descenso y Crowley se quedó solo en el campamento. Media hora después, mientras Crowley observaba desde las laderas de arriba, sus compañeros eran alcanzados por una avalancha. Entonces Crowley recogió tranquilamente su tienda y, con ayuda de su piolet, comenzó a descender por el glaciar sin molestarse en enterrar a los otros o en recuperar sus cuerpos.

—¡Dios santo, Holmes! ¿Quiere usted decir que fue él quien provocó la

avalancha?

—No, únicamente que esa cuestión nunca ha sido aclarada. Al menos no por procedimientos humanos.

—¿Lo cree usted posible por medios no humanos?

—Prefiero no saberlo. Le he contado esto sólo para ilustrar la fría determinación y falta de sensibilidad humana de nuestro antagonista. Es un hombre que se las sabe todas y tiene mucha experiencia, Watson. Tendremos que estar en guardia. Se dice que mató a un hombre en Calcuta. Para escapar a una posible investigación se embarcó con su esposa embarazada en un viaje por las montañas salvajes de Burma, intimidando a las violentas tribus primitivas de la región, ascendiendo por el curso del Mekong y descendiendo hasta el sur de China, desde donde continuó su periplo a través del Pacífico y regresó a Europa. Se dice que conoce las artes ocultas de la India, las drogas y danzas derviches de los Árabes, y hay quien afirma que hasta los sacrificios sangrientos del antiguo Méjico. Además de esto, ejerce una peligrosa influencia sobre las mujeres. Más de un hombre ha perdido a su amada o a su esposa por los ardides de Crowley^[13], aunque luego no las conserve por mucho tiempo. Pero, alto, es aquí.

—¿Qué pretende hacer usted, Holmes? Seguramente no podamos hacer una visita social a tal individuo, y menos a estas horas de la noche. ¿Espera confrontarle con sus pruebas y obligarle a reconocer su culpa?

—Tal vez no —dijo Holmes, quitándose la gorra—. Pero, en el caso de un malhechor como Aleister Crowley, es posible cogerle in fraganti.

12 — El castillo de Crowley

NOS encontrábamos frente a una casa respetable de Chancery Lane. La silueta dentada de su tejado de pizarra se recortaba sobre el cielo de la medianoche, una forma oscura que, como sucede a horas tan avanzadas en cualquier gran ciudad, mostraba un resplandor mortecino. A pesar de ser tarde, unas luces débiles brillaban en las ventanas, resguardadas por unas rejas. Holmes empujó la verja de entrada y subió los escalones que llevaban a la puerta principal, sobre la que destacaba un enorme dintel.

Miró por el ojo de la cerradura y pegó el oído a la puerta. Entonces hizo un gesto negativo con la cabeza, descendió los escalones y se dirigió por la parte interior de la verja de hierro hacia el espacio de poco más de un metro cuadrado de pavimento hundido que sirve como jardín exterior en las casas inglesas. Examinó las ventanas aquí y allá, pero todas estaban protegidas por sus correspondientes rejas y tenían cortinas que ajustaban perfectamente. La puerta del sótano no cedió: el cerrojo estaba echado. En la parte trasera de la casa había una entrada para el servicio. Pero la puerta era de roble macizo, no tenía siquiera una cerradura y parecía atrancada por dentro.

—Una fortaleza —murmuró Holmes—. La puerta principal es, probablemente, la mejor solución.

Al llegar a ella, Holmes sacó un trozo de alambre del bolsillo y se dispuso a meterlo en la cerradura. Entonces, inesperadamente, la puerta se abrió muy despacio. Entramos en un vestíbulo de mármol y subimos por unas escaleras que conducían a un largo corredor. Ni el mayordomo ni el dueño estaban a la vista.

La casa tenía una disposición caprichosa. El corredor, con un *parquet* reluciente, estaba iluminado débilmente por braseros y lámparas de aceite y, de trecho en trecho, por candelabros llenos de chorreones de cera. A una habitación seguía, sin ningún orden aparente, otra, y de sus paredes colgaban tapices y alfombras orientales. Acá, una cortina de terciopelo oscuro hacía las veces de puerta; allá, una serie de biombos laqueados; en otro lugar, unos pesados paneles de roble que se deslizaban suavemente al tocarlos. La atmósfera era densa y, sin embargo, estaba llena de corrientes y efluvios extraños por todas partes: en unas, el ambiente era cálido y enrarecido, mientras que en otras, una brisa fría, casi gélida, soplaba no se sabe desde dónde, pues no se veían aberturas por ningún lado, hasta que de repente, en mitad de una habitación, al pasar junto a un clavicordio dorado o una urna esmaltada, el aire volvía a reducirse a una tibia quietud. Algunas plantas extrañas parecían marchitarse por la falta de luz.

En ninguna de las habitaciones de la planta baja había signos de vida humana. Recorrimos en silencio una tras otra hasta que Holmes se detuvo y me hizo una señal

para que me acercara a su lado. Allí, en el extremo más alejado de una sala vacía, iluminada por unos cirios que ardían dentro de unas ampollas de ámbar opaco, había una estatua dorada que nos resultaba conocida: la bailarina de seis piernas, con sus seis brazos que señalaban lánguidamente hacia los meridianos y sus seis piernas desplegadas en una infinidad de poses obscenas. Era Kali, la diosa de la muerte.

Permanecimos allí durante un momento, observando en silencio. Seguía sin producirse el más mínimo movimiento en la casa, aunque los aromas de aquel aire cargado se cernían de un modo cada vez más insidioso sobre nosotros. No era un olor definido el que llegaba a nuestro olfato; sin embargo, pude percibir la fragancia de un sándalo fantasmal, mezclado con emanaciones de jazmín, y después una repentina vaharada de algo parecido a azúcar tostado y almendras, y, aunque parezca extraño, a alfalfa y heno recién cortado. En medio de este aturdimiento olfatorio, seguí a Holmes a través de un corredor de mármol resplandeciente hasta una escalera de caracol.

No recuerdo cuánto tiempo llevábamos en la casa ni lo que tardamos en subir aquellas escaleras. Mientras ascendía penosamente y con resignación peldaño a peldaño tras la figura cada vez más alejada de Holmes, me parecía que no tenían fin. El tiempo pasaba con lentitud, como si fuera a detenerse, y mi corazón latía con golpes secos pero firmes, como los de las campanadas de un reloj antiguo. ¿Era sólo fruto de mi imaginación o realmente había una débil risa espectral que se burlaba de mi eterna y condenada ascensión? Por fortuna las escaleras llegaron a su fin.

No podría decir cómo estaban amueblados los pisos superiores, ni siquiera si abandonamos aquel rellano marmóreo para entrar en un espacio vacío. Los aromas dulzones se hicieron más espesos; el aire, más pesado y más fluido. Unas telarañas bloqueaban el paso en aquel oscuro corredor; yo intentaba retirarlas, infructuosamente, pasándome el dorso de la mano por delante de la frente sudorosa. ¿O eran más bien murciélagos aquellas formas oscuras que se lanzaban desde las cornisas y batían sus alas delante de mi rostro? Pero aún fue peor lo que descubrí con un escalofrío mucho más genuino que los fríos remolinos de aquel océano tenebroso: ¡Holmes había desaparecido!

A pesar de ello no me dio tiempo a sentir pánico, pues sabía que no estaba solo. En aquella sala de arriba, una figura humana se iba aproximando hacia mí y, cuando estuvo lo suficientemente cerca como para reconocerla, tuve un sobresalto, no por el miedo, sino por la sorpresa. ¡Era Whitehead! Con su pelo cano y su porte erudito iba acercándose lentamente hacia mí desde el otro extremo de la habitación.

Sin embargo, cuando estuvo más cerca, me di cuenta de que me había confundido. No era Whitehead, ni mucho menos, sino la correcta y estirada figura de Bertrand Russell, que avanzaba para reunirse conmigo en aquel extraño lugar. ¿Cómo podía estar allí? Con todo, resultaba tranquilizador encontrar un amigo, cuando lo único que podía esperar era toparme con un peligroso enemigo en su propio terreno.

Russell continuó avanzando, pero cada vez con mayor lentitud. El rígido cuello

blanco de su camisa era inconfundible. En su rostro había una mirada de abstracción. Parecía perdido en las alturas filosóficas. Entonces, con un escalofrío de terror, me di cuenta de que también él era un fantasma, pues sus ojos se posaron sobre los míos y los míos en los suyos, y su rostro se relajó y desapareció, dejando que otra forma ocupara su lugar. Ahora era algo femenino, con unas delicadas cejas curvilíneas, un largo cabello oscuro y una boca sensual y cruel. De su cuello colgaban unas piedras relucientes, amatistas y rubíes engastados en lo que parecía oro, y, más abajo, sus abundantes pechos, sus caderas, la curva de su ombligo y su oscuro *mons veneris* me descubrieron que estaba completamente desnuda.

Reacio a dar un paso más, permanecí completamente inmóvil en aquel extraño lugar. Sin embargo ella siguió avanzando y acercando su cara a la mía, con un jadeo cada vez más ardoroso a medida que se aproximaba. Extendió sus brazos enjoyados, y dirigió sus dedos fantasmales hacia mis hombros. Aquel espectro estaba a punto de consumirme: «¡No! ¡No! —repetía mi mente por encima de mis lánguidas sensaciones—. Una alucinación está a punto de apoderarse de mí y disolverse como la niebla sobre los promontorios de la firme y rocosa vieja Madre Inglaterra».

En ese momento nos rozamos.

Sus manos se agarraron a mis hombros con la fuerza del acero. Eran de carne y hueso auténticos, con unos dedos largos y huesudos que ejercían la presión de un cepo Mackenzie. Se estrechaban y me zarandeaban, obligándome a forcejear como una rata en las fauces de un terrier hambriento. ¡Mi fantasma me tenía en su poder y no podía escapar!

Entonces grité.

—Por el amor de Dios, Watson —dijo una voz conocida.

Era Holmes. Estaba delante de mí, frente a frente, y sus manos me agarraban por los hombros y me sacudían de acá para allá. ¡Vuelva en sí, hombre!

La risa burlona se dejó oír de nuevo, esta vez con más fuerza y claridad. Ahora no había duda: era una voz humana. Procedía de detrás de Holmes. No estábamos, pues, solos.

Volvió a oírse, pero ahora se fue convirtiendo poco a poco en un gruñido. Holmes se dio la vuelta y los dos pudimos contemplar una figura alta y corpulenta junto al umbral iluminado. Era un hombre, envuelto en una capa, con la cabeza rapada y unos ojos brillantes.

—Ha arruinado usted la visión, estúpido —gruñó.

—Querrá usted decir la ilusión —replicó Holmes.

—Llámelo como quiera —dijo el individuo—. Aquí me tiene. Soy la persona que anda buscando: Aleister Crowley.

13 — El hombre más perverso de Inglaterra

Crowley nos condujo a un salón en el que había una gran chimenea. En el hogar ardían algunas brasas, y desde las paredes, unas anticuadas lámparas de gas sobre apliques de bronce emitían una luz tenue. Cerca de la chimenea había unas espaciosas butacas con asiento de piel y un sofá de aspecto consistente en el que reposaban almohadones con brocados púrpura y escarlata. Las paredes se encontraban flanqueadas por mesas de madera maciza, con figuras de gárgolas talladas en las patas, cuyas superficies aparecían cubiertas de papeles, mapas y pilas irregulares de libros con gruesas encuadernaciones en piel. En medio de aquel extraño desorden surgían curiosos objetos difíciles de identificar, y sobre las paredes destacaban unas alfombras de seda gris de diseño oriental. El extremo más alejado de la habitación, frente a la chimenea, se veía débilmente iluminado en la distancia y parecía no tener más aditamento que una gran cortina gris.

Con todo, después de nuestras peripecias por aquella casa, esta habitación producía un efecto de normalidad inusual, lo que hizo que mi atención se fijara, con un ansia impaciente, en la comodidad ofrecida por una butaca.

Crowley nos miraba fijamente con aire arrogante. La gran cúpula de su cabeza rapada, que coronaba aquel rostro enérgico y carnoso, le daba una apariencia casi sobrehumana, como la de una criatura que se encontrara más allá del mundo ordinario y de sus ídolos.

—El hogar de un hombre es su castillo —dijo con sequedad—. Si alguien lo invade sin haber sido invitado debe estar dispuesto a sufrir las consecuencias.

Holmes le devolvió la mirada con su acostumbrada sangre fría.

—He oído decir que se jacta usted de tener ciertos poderes, Crowley. ¿Es que no sabe qué nos trae aquí? Da la impresión de que nos ha estado esperando.

—No es una gran proeza descubrir una tensión psíquica en la atmósfera de un lugar —repuso Crowley—. Y con respecto a lo que les trae aquí, podría averiguarlo sin problemas por el sencillo procedimiento de leer sus mentes, mi querido señor Holmes. Y por supuesto, doctor Watson. ¿Quieren ustedes que les muestre lo que andan buscando?

Alzó el brazo en dirección al fondo de la habitación, y su capa negra quedó colgando, formando pliegues, como si fuera el ala de una gran ave de presa. La cortina gris se había convertido de repente en una gasa oscura, y tras ella se adivinaba ahora otra habitación. Era su laboratorio, el gabinete de un alquimista medieval, con todos sus detalles arcaicos. Sobre un alargado horno de ladrillo descansaban unos calderos de hierro fundido, de los que brotaban vapores nocivos hacia el bajo techo cubierto de hollín. Había alambiques que se prolongaban en serpentines, como los de las destilerías, con extraños líquidos transparentes que burbujeaban y humeaban a lo

largo de sus recorridos espirales y volvían a caer lentamente con un goteo repugnante en ampollas de cristal. En el suelo de aquel cuarto diabólico había huesos y restos de animales, y del centro de la bóveda del techo colgaba una cadena de hierro con una salamandra o un cocodrilo disecado que no dejaba de bambolearse de acá para allá. En medio de la habitación había un banco de trabajo, y sobre él una serie de retortas de cristal, cada una de ellas lo suficientemente grande como para albergar a un niño de un año. De ellas salía un largo conducto de cristal terminado en un pequeño pitorro. Cuando examiné más de cerca todos aquellos cacharros de cristal, el estómago se me subió a la garganta: todos ellos contenían un embrión fantasmagórico que se esforzaba inútilmente por escapar, mientras de su forma medio translúcida chorreaba un rosáceo líquido viscoso.

Holmes se limitó a dar unos pasos hacia delante y, sin mostrar mucho interés, golpeó la cortina con su bastón. De repente se hizo la oscuridad. La escena había desaparecido y nos encontrábamos de nuevo ante una simple cortina gris. Al golpear contra la pared que había tras ella, el bastón de Holmes produjo un sonido seco.

—¡Diantre! —exclamé—. Eso es...

—... el contenido de su mente —intervino Crowley—. Ahora puede usted comprobar el peligro que hay en el dicho: «Busca y encontrarás».

—Sus demostraciones son de lo más divertidas —comentó Holmes—. Pero aún no ha adivinado el propósito principal de nuestra visita.

—¿Todavía no lo he hecho? —repuso Crowley con un exagerado tono de educación. Entonces, acomodó su formidable mole en una silla que, como si de un trono se tratara, tenía un respaldo alto y labrado y unos brazos muy historiados, y añadió—: Muy bien. Tal vez no sean ustedes los invitados perfectos, pero yo estoy dispuesto a ser el perfecto anfitrión. ¿Quieren hacer el favor de sentarse, caballeros?

Con una gran sensación de alivio, me hundí en el sofá, lo más alejado de Crowley que pude, y Holmes se sentó en una silla que había entre los dos.

—¿Le apetece una copa de oporto, doctor Watson? —continuó Crowley—. Creo que ha tenido usted una noche dura —añadió señalando una elegante copa de cristal tallado, llena de un vino color rojo rubí, que descansaba sobre la mesa que había a mi lado.

Con un gesto de agradecimiento, alargué el brazo para cogerla, pero se desvaneció entre mis dedos.

Crowley soltó una carcajada. Su enorme boca abierta parecía ocupar la mitad de su cara. Hasta Holmes me miró y arqueó las cejas en señal de sorpresa.

—Pero... volvamos a los temas serios, caballeros —sugirió Crowley—. Usted me ha desafiado a descubrir la verdadera intención de sus pensamientos, señor Holmes. Deje que vea... —dijo cerrando los ojos y dejando caer la cabeza sobre el cuello de la capa—. Veo frondosos árboles de hojas verdes, torres medievales y tesoros custodiados. Veo amenazas y disputas, un grupo de hombres reunidos en secreto, un grueso y pomposo enemigo... —De pronto abrió los ojos y, como si pretendiera

atravesarnos, clavó su penetrante mirada de ojos paralelos sobre nosotros—. Veo que está pensando en el bosque de Sherwood, señor Holmes, y en usted mismo en el papel de Robin Hood. Sin embargo, va usted acompañado de un Fray Tuck inusualmente estúpido.

—Oiga, Crowley —intervine, recuperándome un poco—, usted sí que parece un magnífico *Sheriff* de Nottingham.

—¿Es que no sabe hacerlo mejor? —replicó Holmes, encendiendo su pipa con tranquilidad—. El humor es un pretexto para su ignorancia, Crowley, aunque su reputación sugiere algo más que un bufón risueño.

—Por supuesto que sé hacerlo mejor —gruñó Crowley—. Han estado ustedes en Cambridge, investigando un asunto. Han descubierto que conozco a algunas de las personas implicadas y desean interrogarme acerca de ellas. ¿Cree usted que las estoy llevando por el mal camino? ¿Acaso soy yo el flautista que hace que sus eruditos hagan novillos? Tal vez el vicemaster hubiera podido reclutarle a usted como uno de sus perros guardianes, señor Holmes.

—¿Cómo podría usted llevarles por el mal camino? —murmuró Holmes, arrellanándose en su silla con un aire de gran indiferencia—. Está usted desacreditado en Cambridge. Se marchó de allí sin graduarse. No tenía amigos. Y no le invitaron a formar parte de los Apóstoles. ¿Qué podría conseguir usted?

—Viles acusaciones y mentiras ignominiosas —observó Crowley—. Me marché sin ese inútil pedazo de papel llamado título porque Cambridge ya había cumplido su cometido, moldeando mi mente hasta el punto más elevado de independencia intelectual. No tenía necesidad de aquella credencial depravada. Y con respecto a los Apóstoles, no es más que una ridícula sociedad de estudiantes necios y catedráticos chochos. Los mejores intelectos están fuera de sus filas, y sólo entre ellos hago mis amistades.

Lanzó una mirada de desdén hacia nosotros y su mano se cerró sobre un instrumento de aspecto peligroso que había sobre la mesa de al lado. Se trataba de un largo pincho de acero atado a una pequeña maraña de cintas. Crowley acarició con los dedos la punta extremadamente afilada y entonces advertí con espanto que Holmes estaba cómodamente arrellanado en la silla, en una postura de total vulnerabilidad.

—¡Holmes! —exclamé—. ¡La daga!

—¿Esto? —rugió Crowley clavando el arma en el suelo—. ¡Qué ignorancia británica tan típica! ¿Es que no ha visto usted nunca cómo son los clavos actuales de montañismo? Con esto bajo mis pies puedo ascender cualquier glaciar en menos tiempo del que tarda un inglés pusilánime en subir una colina cubierta de hierba.

Entonces soltó una carcajada, moviendo sus inmensos costados hasta que la silla empezó a tambalearse.

Holmes esperó tranquilamente que se calmara y luego continuó como si no se hubiera producido interrupción alguna.

—Yo por el contrario diría que los Apóstoles son la cumbre de la eminencia intelectual. ¿Qué puede haber más distinguido que el intelecto de Keynes, por ejemplo, o de Russell? —señaló mirando apaciblemente a Crowley a la cara.

—¿Keynes, el manipulador del mercado bursátil? No le interesa otra cosa que lo que pueda transformar en beneficio. Tiene un cerebro trivial, aunque su carácter no está totalmente desprovisto de interés. Se dice que en Bloomsbury entretuvo a los presentes copulando en el salón con Vanessa Stephen, hermana de la novelista Virginia Woolf. Supongo que no le avergonzará que mencione esto delante de su compañero, señor Holmes —observó Crowley haciendo un gesto de desaprobación hacia mí con la mano.

—Le aseguro, Crowley —afirmé rotundamente—, que sólo me avergüenzo por la reputación de la dama en cuestión. Prefiero pensar que cualquiera que repitiera una calumnia de esa clase sí que se avergonzaría.

—Prefiere pensar —dijo Crowley—. Le recomiendo que alguna vez lo intente. Sin duda se avergonzaría mucho más si le hablara de las prácticas que Keynes y Lytton Strachey han introducido en los Apóstoles.

—No puede usted decir lo mismo de Russell —señaló Holmes—. Ni puede poner en duda su eminencia política, social o intelectual.

—Russell es un pedante —dijo Crowley inclinándose hacia delante—. ¿Quiere que le hable del romance más moderno y liberado que tuvo con *Lady Ottoline Morrell*? Duró unos años, y durante todo ese tiempo, él tuvo gingivitis. Supongo que conoce usted bien su hedor, doctor Watson. Sin embargo, él permaneció ignorante de este hecho hasta el final. Si esto habla más de su ardor físico o del estoicismo caduco de la aristocracia decadente es algo que prefiero dejar que usted decida.

—¡Está usted llegando demasiado lejos, Crowley! —exclamé—. Le advierto que tales insultos son intolerables.

—Los Apóstoles no son nada —continuó Crowley sin apenas dirigirme una mirada—. No es en sus filas donde encontrará las mejores mentes, como la de mi amigo Ludwig Wittgenstein. Es un judío, con toda la brillantez y sensibilidad nerviosa características de su raza. De hecho, es un manojo de tendones contráctiles y nervios crispados. Podría escribir un tratado de la mayor profundidad, aunque es incapaz de servirse una taza de té. Pero, tanto mejor, porque así se evita la decadente compañía de los eruditos ingleses que están por debajo de él. Espero acabar con sus problemas por medio de la enriquecedora experiencia y el saludable ejercicio de una excursión por rutas desconocidas.

—Ya entiendo —dijo Holmes—. ¿Y esperan ustedes embarcarse pronto?

—Nuestros planes aún no están decididos, señor Holmes, aunque no veo razón alguna por la que debería decírselo si fuera de otro modo. Pues Wittgenstein es el hombre cuya pista intenta seguir ¿no es cierto? Ha sido usted contratado por Russell, Keynes, Moore y el resto para separarme de él con el fin de que así pueda trabajar para ellos. ¿No es así, señor Holmes?

—Una suposición admirable, Crowley. ¿O se trata más bien de una buena representación, propia de alguien tan enrevesado como usted, para alejar las sospechas de su principal objetivo: apropiarse de las ideas de esos jóvenes pensadores?

—Ridículo —objetó Crowley—. No tengo ningún interés en escritos de esa clase. Escribo fundamentalmente poesía, y mis publicaciones se centran principalmente en ese tema. Cuando el mundo haya evolucionado lo suficiente para apreciarlas, usted mismo verá cómo son aclamadas, pues no sólo soy el mejor alpinista del mundo, sino también el mejor poeta. No he perdido mis hábitos intelectuales relacionados con la ciencia, pero los aplico a asuntos más elevados que los que desarrollan la mayoría de mis colegas de Cambridge.

—Sin embargo, algunos de estos trabajos resultan de un extraordinario interés — insistió Holmes, sacando un papel de entre un montón que había cerca.

Contenía lo siguiente:

$$\int_0^a e^{-x^2} dx = \frac{1}{2}\pi^{1/2} - \frac{e^{-a^2}}{2a} - \frac{1}{a} - \frac{2}{2a} - \frac{3}{a} - \frac{4}{2a} - \dots$$

$$4 \int_0^\infty \frac{xe^{-x/\sqrt{3}}}{\cos x} dx = \frac{1}{1} - \frac{1^2}{1+1} - \frac{1^2}{1+1} - \frac{2^2}{1+1} - \frac{2^2}{1+1} - \frac{3^2}{1+1} - \frac{3^2}{1+1} - \dots$$

—Sin duda esto podría atraer alguna atención en los círculos científicos.

—No he sido yo quien lo ha escrito —observó Crowley—. Es obra de un joven y brillante matemático de Cambridge, Srinivasa Ramanujan. Concedor de mi propio talento matemático, en mis últimas visitas al Trinity College me entregó algunos de sus trabajos para que los leyera.

—¿Y espera usted volver a verle?

—Cuando vuelva a Cambridge, desde luego.

—Me temo que eso no será posible. Ramanujan ha muerto.

—¿Muerto? —dijo Crowley, con un ligero tono de sorpresa—. Es verdaderamente trágico. Aunque no completamente inesperado. Hacía tiempo que no tenía buena salud, sin duda como consecuencia de nuestra bárbara cocina británica.

—Sin duda —coincidió Holmes—. Con todo, la muerte es un proceso tan misterioso... Parece haber causas que escapan a nuestra comprensión.

—Ciertamente, señor Holmes. Y de lo que no se puede hablar, hay que callar.

—Es usted muy evasivo, Crowley. Pero está más relacionado con esos intelectuales de Cambridge de lo que reconoce. Me he enterado por casualidad de que

ha tenido tratos de naturaleza comercial con John Maynard Keynes.

—Cierto —señaló Crowley—. Aunque el asunto no es fácil de comprender. Pero se lo explicaré. Keynes ha estado intentando adquirir los escritos completos sobre ocultismo de *Sir Isaac Newton* y ¿quién mejor preparado que yo para encontrar ese material?

—Claro, ¿quién? —dijo Holmes—. Los demás ya hemos entrado en el siglo veinte.

—Soy yo el que ha entrado en el siglo veinte —objetó Crowley irguiéndose en su trono—. El resto de ustedes está todavía en el diecinueve, con su estrechez científica y su ateísmo pueril. Admiro la honradez, señor Holmes, y voy a ser honrado con usted. Yo soy la mente más sobresaliente de mi generación. He sufrido todas sus evoluciones. Hubo un tiempo en que yo también fui ateo y combatía la intolerancia y la superstición cristiana junto con Bertrand Russell y Annie Besant. Pero su reformismo degeneró en aburridas desviaciones de un moralismo anticuado, como educar a la clase trabajadora y apoyar a los sindicatos. Se me ha quedado pequeño su radicalismo. Sirvió por un tiempo para matar al Padre y llevar aquella época a su fin. Pero todavía no se les ha ocurrido que una nueva era ha amanecido, y con ella una nueva religión, la del Hijo.

—Claro —dijo Holmes—. ¿Y cuál es esa nueva religión?

—No pienso hablar más de ella —dijo Crowley con frialdad—. Es un asunto mucho más serio que el que estamos tratando.

—No importa. Su nueva religión es, por supuesto, Teosofía. Annie Besant le lleva a usted la delantera en ese terreno.

—Sin duda bromea, señor Holmes. Hasta usted debe haber oído hablar de un nivel más elevado de organización mística que ése.

—Se refiere usted a la Orden del Amanecer Dorado.

—Exactamente, señor Holmes. Esta Orden le introduce a uno en algunos aspectos de la antigua sabiduría, al menos por encima del nivel que los seguidores de *Madame Blavatsky* y la señorita Besant han logrado adquirir. Rápidamente me di cuenta de lo que podía ofrecer y me elevé hasta lo más alto de sus filas, el séptimo grado. No es más que un nivel intermedio, pero me sirvió para descubrir mis aptitudes naturales para las artes mágikas.

—¿Y no encontró allí ninguna compañía adecuada?

—La compañía era decepcionante. Incluía a personajes tan estúpidos como el irlandés William Butler Yeats, con sus vanas pretensiones poéticas. Comparado con mis temas majestuosos y mis aliteradas composiciones, él es un versificador de poca monta. El liderazgo de la orden fue ejercido por MacGregor Mather, y fue su incompetencia lo que acabó con la Orden. Sólo había alcanzado el séptimo grado y no podía iniciarnos a los demás por encima de ese nivel. Al final recibí instrucciones de las altas instancias y me encargaron que asumiera el liderazgo del Amanecer Dorado en lugar de Mather. Él residía entonces en París, y allí cursé mis

instrucciones; en un principio estuvo de acuerdo. Más tarde se retractó y tuvo lugar un duelo mágiko entre nosotros, él desde París y yo desde Escocia.

—¿Y dónde está Mather ahora?

—Muerto.

—¿Y se atribuye usted ese mérito?

—Mi informe está completo —dijo Crowley—. No tengo necesidad de mérito alguno, señor Holmes.

—¿Entonces el Amanecer Dorado ya no existe?

—Ha sido sustituido por una orden nueva, el Argenteum Astrum, la Orden del Astro Plateado. Yo soy su superior, y estoy autorizado para iniciar a aquellos que deseen avanzar hasta los más altos niveles de las artes mágikas.

Hizo una pausa y posó su mirada penetrante sobre nosotros, con un brillo extraño en aquellos ojos que nunca convergían.

—¿Le gustaría intentarlo, señor Holmes? Implica una serie de disciplinas y pruebas rigurosas, pues nada noble se consigue sin esfuerzo. Pero usted ya ha progresado algo al llegar hasta esta habitación después de pasar por el laberinto de ahí abajo. ¿No quiere seguir avanzando? Yo le enseñaré el camino. A usted, Watson, no, desde luego. Usted no sería apto. Su presencia aquí no significa nada. Pasar una prueba agarrado a los faldones de otro no es válido. Y es tremendamente peligroso. Sin lugar a dudas, no conseguiría sobrevivir a pruebas posteriores, en el caso de que fuera usted lo suficientemente imprudente como para intentarlo.

Sólo la mirada perentoria de Holmes mantuvo mis labios sellados.

—No es mi estilo —señaló Holmes—. Yo soy un hombre de ciencia. Tengo poco interés en los disfraces, en los nombres de sonidos extraños y en los brebajes hechos con sangre de sapo y alas de murciélago. Y todavía menos en los sórdidos ritos en los que merde humana es derramada sobre el altar, o en los que un ser espectral es invocado por medio del sacrificio de una criatura humana.

—Su conocimiento de lo mágiko es superficial, señor Holmes. Tal vez haya tenido la perspicacia de advertir que yo pronuncio la palabra tal y como suena, con la letra «k». Los aficionados a las misas negras, como aquellos locos de París hace unos cuantos años^[14] y esas criaturas ignorantes de la época medieval que se entregaban al sacrificio humano con la esperanza de adquirir riquezas, no sabían cómo deletrear lo mágiko ni cómo practicarlo. Trastocan los sacramentos de la misa católica, creyendo que hay algún significado en sus actos blasfemos. No se dan cuenta de que profanan todos los valores humanos y sagrados, que constituyen la energía de sus propias emociones, sólo para dar vigor a sus actividades. Pero yo utilizo un método más inteligente. La violencia es sórdida, engañosa, repugnante. Yo empleo una fuerza positiva, para ser exactos, una fuerza que también tiene el peligro de engañar al que la usa, pero eso no ocurre si uno se esfuerza en dominarla. Se necesita una gran voluntad, e incluso con ella, uno debe estar alerta porque a veces los espíritus que se invocan aparecen en forma de demonios.

—Todo esto no son más que palabras y quimeras de su imaginación —dijo Holmes sentándose de nuevo en la silla—. No es ciencia, porque la ciencia sólo se ocupa de hechos.

—Así es —continuó Crowley—, y yo también. Pero algunos hechos están más allá de la capacidad de comprensión de los científicos de miras estrechas. No porque los hechos sean poco comunes, sino porque son demasiado íntimos, demasiado cercanos a uno mismo para que se den cuenta de ellos. Fíjese por ejemplo en las creencias morales de las que se enorgullece, especialmente usted doctor Watson, pero también usted señor Holmes. ¿No resuenan en algún lugar de su pecho y de su vientre? ¿De qué se componen? De ideas y emociones. Para ser claro, de miedo a la masa humana, cuya amistad usted busca desesperadamente conservar, y de ira contra cualquiera que parezca amenazar su influencia. En eso consiste su moralidad, en los rumores de su mente y de su cuerpo que le recuerdan que debe ser uno más de la jauría si no quiere convertirse en una de sus víctimas.

Holmes dirigió la mirada al techo mientras Crowley continuaba hablando.

—O si no, veamos el sonido que hay ahora mismo aquí, caballeros. ¿No sienten ustedes un ligero zumbido en el aire? ¿No hay un confuso murmullo de alta frecuencia? Sin duda usted lo percibe, señor Holmes. ¿Y usted, doctor Watson? Si no, cierre los ojos y concéntrese. Mantengámonos en silencio.

Yo no quise obedecer sus órdenes. Pero Holmes estaba en silencio y lo avanzado de la hora me ayudó a que en unos segundos cerrara los ojos. Escuché el silencio, un silencio considerablemente lleno, según parecía, por la voz de Aleister Crowley.

—¿No empieza a sentir ya, doctor Watson, un completo espectro de sonido? ¿Oye usted un sonido agudo, diminuto, tintineante, como el ruido sibilante de la electricidad? Nuestros más eminentes científicos nos han dicho que el mundo está formado totalmente de electricidad, como ustedes saben, de diminutas cargas positivas y negativas que giran rápidamente. Tal vez hayan avanzado ya lo suficiente como para descubrir que esas partículas eléctricas son también compuestos, compuestos de entidades aún más pequeñas que entran y salen del vacío de la nada volando rítmicamente, y que nuestro mundo se retuerce sobre sí mismo en el espacio y en el tiempo, como los agujeros de un gusano en una manzana.

La voz de Crowley tenía un curioso efecto relajante. Ahora hablaba más bajo, lentamente, en un tono casi de susurro.

—Ahora, escuchen en el otro extremo del espectro. Sonidos graves, profundos y lentos. El rumor del tráfico en la distancia. El sonido de su propia sangre. Pueden ustedes oírla fácilmente si se aíslan en su propio interior.

Un latido rítmico, muy cercano, atrajo mi atención. Era yo. Era mi corazón, y la sangre que fluía por las arterias. De algún modo mi atención se había concentrado en mi cerebro, mientras mi cuerpo seguía sentado allí abajo como un zombi. Sentí el bombeo de mi corazón, pero las conexiones que había por debajo de mi cerebro parecían haberse congelado. No podía mover ni un músculo, ni hubiera querido

hacerlo. Sólo mis ojos estaban bajo control, pues podía abrirlos y cerrarlos y contemplar la habitación.

La voz de Crowley continuó.

—Existen vibraciones más elevadas que éstas, caballeros. Ustedes están experimentando sólo la parte animal, la estructura de nervios y glándulas explotada por el político o por el orador que pretende agradar a la multitud. Los actores también la aprovechan, pero en un sentido más sublime, porque ellos lo hacen por el bien del arte. Y por supuesto, los hombres y las mujeres utilizan sus recíprocas susceptibilidades y de ese modo se arropan con las ilusiones más bellas posibles. Pero incluso podemos elevarnos por encima de esto. Pertenezco a una profesión de maestros en este campo. Los meros sacerdotes están en la parte más baja de nuestras filas, jugando sus bazas de sentimientos morales sobre las fibras nerviosas de los miembros de la masa humana. Pero nosotros somos los más excelsos: somos los magos, los iluminados.

Mi consciencia se había alejado aún más. Contemplé la habitación desde un ángulo situado por encima de mis ojos y detrás de mi cabeza, como si estuviera sentado en la repisa de la chimenea. Por fin la habitación parecía tranquila. Todo estaba en su lugar; allí las mesas con sus pilas de libros, más acá el mobiliario pesado, las alfombras de seda gris sobre la pared, los pequeños almohadones con brocados púrpura y escarlata. Ahí estaba Holmes, sentado, con la gorra de cazador de ciervos, pero sin la pipa, e inmóvil como una roca. En el otro extremo de la habitación estaba Crowley, sentado en medio de sus ropajes, con su rostro enorme, carnoso y misterioso. Entonces sentí un tirón en la parte trasera de la cabeza, donde el sistema nervioso controla el corazón, el estómago, los pulmones y el resto de los procesos vitales. Ya no estaba adormilado, sino completamente despierto, y sin embargo no podía moverme. Por mi cabeza pasó la idea de que algo estuviera ocurriéndole a mi cuerpo.

Ese pensamiento fue interrumpido por un tirón más fuerte.

La parte superior de mi cráneo ya no parecía sólida y advertí con un profundo sobresalto que podría desaparecer por ese agujero. ¡Crowley estaba intentando sacarme de mi cuerpo!

Me resistí con todas mis fuerzas. Pero aunque me situé en la parte posterior de la cabeza, el tirón continuaba. No podía ni moverme ni articular palabra. ¿Cuánto podría aguantar?

Entonces se produjo una sensación aún más extraña. Era una voz, la de Crowley, aunque él seguía sentado en el otro extremo de la habitación con los labios cerrados.

«Venga, doctor Watson», decía. «Tengo su mente bajo control. No es que a mí me guste, salvo, tal vez, para que algún día haga la crónica de mis proezas. Usted hace muy bien esa clase de cosas».

«¡Demonio!», pensé, «¿cómo puede suceder esto? ¿Cómo puede meterse este hombre en mi cabeza? ¿Y cómo puede arrastrar mi mente hacia afuera?».

«Muy sencillo, doctor Watson», continuó la voz. «Estamos en el plano astral, el locus de muchos fenómenos. Usted está experimentando un caso de telepatía de corto alcance, y está inquieto porque va a abandonar su cuerpo en una proyección astral. No se inquiete. Va a tener una experiencia de lo más agradable».

Me resistí con toda mi voluntad. Pero la de Crowley era más fuerte. Poco a poco sentí que me deslizaba. El agujero de mi cráneo se hizo más grande y comencé a salir por él hacia el espacio vacío.

Entonces surgió una segunda voz.

Era Holmes. «Un momento, Crowley», decía. «Usted no es el único que sabe jugar a estos juegos telepáticos. Se preguntará usted, Watson, cómo es que me oye si con quien me estoy comunicando es con Crowley. Para su comodidad he convertido esto en un circuito de tres interlocutores. Recuerde simplemente, Watson, que la proyección astral es un acto de voluntad. Él no le puede sacar, a menos que usted quiera ir. Sencillamente le está mostrando el camino y engañándole con respecto a su inevitabilidad. Aguante, amigo. En el fondo, todo está en su mente».

«Es cierto que está en su mente», dijo la voz de Crowley. «Pero ¿supone usted que su mente se mantiene por sí sola? ¿No se da cuenta de que su mente no le pertenece? Usted piensa con palabras que no ha inventado, palabras que pertenecen a otros. Sus pensamientos están formados de cosas que usted debe decir cuando habla en grupo, y sus sentimientos no son más que remolinos en el estanque de vibraciones agrupadas que arremeten continuamente contra usted. Su autocontrol es una ilusión. Usted es parte del océano que le rodea. ¿No lo siente en el fondo de su ser? Esos murmullos agudos, ese rumor de tranvías en la calle, el bombeo de su sangre, ¿es que no los oye?».

Sí, los oía. Golpeaban en mis oídos. Tenía al mundo sobre mí, el exterior en el interior, y estaba a punto de abandonar mi insignificante lugar en la esquina de aquella habitación para unirme al resto de mi más extenso ser.

«¡Aguante, Watson! Yo trataré con él». Era Holmes. Pero sonaba más débil y distante, y sus palabras se desvanecían al final. La presión sobre mi cabeza era inmensa y sentí que comenzaba a salir. La habitación se desdibujaba mientras formas tenebrosas y luces extrañas la atravesaban; me estremecí con las vibraciones de miles de sonidos misteriosos. Una larga cuerda me unía a mi cuerpo y comenzó a estirarse haciéndose cada vez más larga y delgada, como una banda elástica a punto de romperse.

Entonces la cuerda recuperó su posición y, ¡zas!, volví de nuevo a mi cuerpo, sentado en la butaca. Allí estaba la acogedora chimenea, los almohadones con los brocados y Holmes, con gorra y todo, sentado plácidamente en su lugar.

—¡Holmes! —exclamé—. Ha conseguido volverme en mí.

—Distraje su atención, Watson. Pero no he descubierto lo que quería saber. Es demasiado inteligente, y su voluntad demasiado fuerte. La barrera es impenetrable.

La silla de Crowley estaba vacía. Se había marchado. Entonces salimos de la

habitación al gran corredor vacío.

La voz de Crowley se dejó oír cuando llegamos a las escaleras. —¿Quiere usted comprender lo que ocurre en Cambridge? Busque las respuestas en Londres. Busque lo que es en lo que no es. ¡Busque a la Mujer Escarlata!

Pero por más que miramos, no vimos ninguna figura, ni material ni inmaterial. Recorrimos aquel tétrico laberinto sin más interrupciones. La puerta principal se abrió por sí sola sin hacer ningún ruido. Cuando cruzamos el umbral para salir al aire frío de la noche, oímos una voz que resonaba con un fuerte y malicioso eco:

—Buenas noches, señor Sherlock Holmes.

14 — El círculo de los malditos

A la mañana siguiente, nuestro humilde salón de Baker Street fue un grato alivio. También lo fueron la tetera, la bandeja del desayuno y hasta el hecho de ver a la señora Hudson, con su bata sencilla y poco elegante. Sólo las ganas de hablar de Holmes daban una idea del ajeteo de la noche anterior.

—Vaya una noche de trabajo, ¿verdad, Watson? —comentó mientras desayunábamos.

—¿Así es como usted la denomina? —dije mientras untaba mantequilla en una tostada—. Yo diría más bien que ha sido una noche en la cámara de los horrores.

—Comprendo que le haya dado esa impresión. Le ruego que me perdone por haberle utilizado como conejillo de indias, querido amigo. Quería tirarle de la lengua para que revelara sus métodos. Ahora ya me he hecho una idea de cuáles son.

—Sugestión telepática... quiere usted decir.

—Sí, eso y los poderes de sugestión de las drogas.

—¿Drogas, Holmes? Yo no las vi en la casa.

—Pero las inhaló mientras subíamos por las escaleras. Y añadiría que Crowley lo preparó todo de un modo muy inteligente. Primero confundió nuestro olfato en las habitaciones de abajo mientras nos distraía con sus curiosidades, y después fue aumentando gradualmente la dosis para hacerla casi imperceptible. La mezcla con otros olores fue un toque agradable. Aquellos aromas me hicieron retroceder muchos años, Watson. Esperaba no volver a encontrármelos de nuevo.

—¿Pero qué drogas eran?

—Hachís, creo, y quizás también vapores obtenidos por la combustión de cristales de cocaína. Es evidente que Crowley es un hombre bastante rico.

—Así que fue de ese modo como se apoderó de Wittgenstein. Debió introducirle en algún culto místico, y de esa manera desarrolló su receptividad a varias drogas, aparentando que se trataba de incienso.

—Muy probablemente, Watson. Después Wittgenstein pudo haberse acostumbrado a utilizar drogas habitualmente; de ahí el paquete marrón de la caja fuerte. Pero creo que Wittgenstein ha intentado dejar ese hábito, o más bien, que el intento de Keynes de dirigir la cuadrilla que distribuía la droga la alejó del control de Crowley, y a partir de entonces comenzó a trabajar sobre Wittgenstein por medio de sugestión telepática.

—¡En efecto! ¡Qué asunto más funesto, Holmes!

—Sí. Puede que hayamos establecido el método de Crowley. Pero aún queda por descubrir el motivo.

—Podría estar utilizando sus poderes telepáticos para dedicarse a la rapiña mental, para apropiarse de las ideas más recientes de la élite intelectual.

—En un principio ésa era mi idea, pero ahora he descartado tal hipótesis. Las respuestas que dio Crowley la noche pasada demuestran que su intención es actuar en una dirección más elevada. Lo que quedó claro fue su aversión a Russell y a los filósofos británicos en general, e incluso a los Apóstoles. Creo que puede ser un caso de venganza por algún menosprecio de hace mucho tiempo.

—Sí, Holmes. Pero, si es así, ¿por qué ha esperado tanto para vengarse?

—Tal vez hasta ahora no haya conseguido los medios necesarios para actuar. Aunque su objeción es interesante, Watson. No estoy muy seguro de que sea la venganza, o al menos sólo ella, el único móvil de este caso. Pero una cosa está clara: Crowley pondrá todo su empeño en no fracasar, y eso es lo que más me preocupa. ¿Hasta dónde puede llegar?

—¿Quiere usted decir que cuántos objetivos alcanzará?

—O qué presión es capaz de ejercer si encuentra resistencia. Recuerde el destino del genio de tez morena, Ramanujan.

—¡Ramanujan, claro! ¡Qué olvidadizo se vuelve uno en estas alturas intelectuales! ¿Le mató Crowley?

—Estoy seguro.

—Pero Crowley no dijo nada que pudiera indicar tal cosa. Dijo que Ramanujan era su amigo y que esperaba verle pronto. Daba la impresión de que no sabía que hubiera muerto.

—Esa es precisamente la cuestión, Watson. Si usted recuerda, Crow —ley estaba dando mucha importancia a la lectura de nuestras mentes. Por eso, intencionadamente, pensé en la muerte de Ramanujan. Crow— ley debió advertir el hecho, y sin embargo se desvió de su camino para disimularlo. Eso equivale a admitir que tiene algo que ocultar a ese respecto.

—Pero ¿por qué iba él a matar a Ramanujan?

—Seguramente Crowley quiso implicarle en sus intrigas, pero de algún modo sus propósitos no coincidieron y empezó a actuar telepáticamente contra él.

—Pero en ese terreno Ramanujan se encontraba sin duda en su elemento. ¿No podía haber ofrecido resistencia?

—Indudablemente, Ramanujan tenía grandes poderes psíquicos, y puede que fueran incluso mayores que los de Crowley. Pero no se encontraba en plena forma. Estaba debilitado por una dieta y un clima extranjero, y por los opiáceos que Crowley y Keynes le proporcionaban. Se produjo otro duelo mágico y Crowley fue de nuevo el vencedor.

—¡Entonces se trata de un asesinato, Holmes! ¿No deberíamos informar a la policía?

—¿Y decirles qué, Watson? Considerarían ridículas nuestras acusaciones. No, debemos continuar con nuestra propia investigación. Creo que debemos examinar con más detenimiento el asunto de los cómplices.

—Se refiere a Keynes, supongo.

—En parte sí, Watson. Desde luego no tenemos ninguna prueba contundente de que el paquete marrón contuviera drogas, pero es una deducción probable. Y daba la impresión de que Crowley admiraba bastante las pretendidas andanzas de Keynes entre los jóvenes Apóstoles y en Bloomsbury. Tal vez debiéramos analizar también el aspecto sexual del asunto. Tiene exactamente el tono de aventura escandalosa que atraería a Crowley. Y alrededor de los Apóstoles podría haber un celoso triángulo masculino que le hubiera dado motivos a Crowley para sus actuaciones.

—No le comprendo muy bien, Holmes. Y por lo que da a entender, no creo que me gustara del todo hacerlo.

—Entonces olvídalo, Watson, olvídalo. Puede que no sea relevante. Si conseguimos atrapar a Crowley, el resto caerá como las hojas de un árbol recién cortado. O puede que sólo como las motas de suciedad sobre los anteojos.

—Yo lo veo de otro modo, Holmes. En mi opinión, Whitehead es nuestro hombre. Es el genio callado y egocéntrico de esta operación, el profesor Moriarty de la época moderna. El móvil es los celos a ser superado por su antiguo alumno, Russell, y por el alumno de éste, Wittgenstein; y Ramanujan fue aniquilado porque era amigo y aliado de Hardy, simpatizante político de Russell. Crowley, el pomposo fanfarrón, no es más que el instrumento de Whitehead. Como puede ver, Holmes, mi hipótesis relaciona todos los hechos y proporciona un móvil plausible para todo. Whitehead resulta un villano excelente, vanidoso, inescrutable, brillante. Y se trata de una criminalidad clara y limpia, que no nos haría perder el tiempo en las obscenas aguas que rodean a Aleister Crowley.

—Ojalá fuera así —dijo Holmes disponiéndose a echar un vistazo a los periódicos—. Ojalá fuera así.

A la mañana siguiente, el correo trajo un par de cartas de Cambridge. La primera era de Russell. Decía así:

QUERIDO HOLMES:

He conseguido una copia del informe del forense y se la envío en un sobre adjunto. Keynes fue muy amable al proporcionármela. Me temo que la información resulte desalentadora. Pero espero que siga usted tras las pistas del asunto. Ya sabe la importancia que creo que tiene. Yo puedo hacer muy poco, pues he emprendido un programa bastante apretado de actividades políticas. La crisis europea no hace más que empeorar y los ingleses estamos actuando cada vez más como perros de presa, es decir, como perros que gruñen cada vez más fuerte sobre el hueso que pretenden defender. Por favor, siga adelante.

Un saludo de su amigo,
RUSSELL

La otra era un breve documento oficial:

Srinivasa Ramanujan, natural de Madrás, falleció aproximadamente a las dieciocho horas del once de Mayo de 1913 en Cambridge. Se estima que la muerte fue debida a defectos congénitos de constitución y a la presión de un ambiente extraño.

J. DOOLITTLE, Doctor en Medicina
V.B.: D. DOGBERRY Comisario Jefe

Debajo, en tinta negra, había lo siguiente:

Según se deduce de lo anterior, se considera que la apertura de una investigación no es necesaria.

J.NEVILE KEYNES
Juez de Paz

—¡Vaya! —exclamé arrojando aquel papel sobre la mesa—. Keynes ha jugado bien sus cartas. Neville Keynes es su padre^[15] ¿verdad? ¿Cree usted que el informe puede haber sido falsificado?

—No —contestó Holmes—. Puede que su procedencia sea dudosa, pero me inclino a creer que es correcto, tal y como está redactado.

—Pero usted sigue pensando que se trata de un asesinato.

—De eso estoy más convencido que nunca. ¡Y qué peligroso es ese asesino que actúa desde lejos! Creo que nadie estará a salvo hasta que consigamos descubrirle.

—Pero ¿cómo vamos a acusarle, Holmes? El único hombre que puede atestiguar positivamente, aparte del propio Crowley, está muerto. Aunque, claro, si no estuviera muerto no tendría nada sobre lo que atestiguar.

—Un dilema considerable, Watson —comentó Holmes sonriendo—. Se está convirtiendo en un maestro de la paradoja. Pero me está sugiriendo usted una línea de acción. Es difícil, aunque con su ayuda tal vez lo consiguiéramos.

—Cuenta conmigo —declaré con decisión—. Dígame lo que he de hacer.

—Debe practicar las artes ocultas, Watson. Después, tras un largo y arduo aprendizaje, debe desarrollar el poder para convocar al espíritu de Ramanujan desde el más allá.

—¿Eso debo hacer? —pregunté—. Usted bromea, Holmes.

—En absoluto, amigo mío, en absoluto. Pero eso no es todo, hay un problema. Convocar al espíritu no sería suficiente. Tendríamos que hacerle comparecer ante un tribunal. Y me temo que eso no sirva. Pues, si vivió una vida virtuosa, habrá sido absorbido en el nirvana, y si su vida fue perversa, ya se habrá reencarnado en una serpiente. De cualquier modo, me temo que para un jurado no sería un testigo muy respetable.

—¡Bah, déjese de sandeces! —exclamé—. Ya oí bastantes cosas de ese tipo en la

frontera afgana. Aquellos diablos lanzaban sus gritos mágicos para hacerse invulnerables, pero pronto cayeron bajo las balas británicas.

—Y puede que Crowley también lo haga —dijo Holmes—. Aunque no tenemos pruebas sólidas contra él, dejarle atacar de nuevo sería peligroso. Creo que debemos minar sus defensas desde dentro.

Dicho esto, se quedó parado ante la chimenea, absorto en sus complejas meditaciones.

A la mañana siguiente tuvimos una visita. Era Keynes, vestido con un traje negro imaculado, sombrero de copa y un paraguas en la mano.

—Veo que ha vuelto usted a visitar a sus agentes de bolsa —dijo Holmes.

—Cierto —contestó Keynes—. ¿Quiere que adivine cómo ha llegado usted a esa conclusión, señor Holmes? ¿Acaso me he dejado algún trozo de cinta de cotizaciones colgando del pantalón?

—Mucho más fácil —dijo Holmes—. Los periódicos han hablado de una gran actividad en los mercados financieros durante los últimos días, y parecía más que probable que usted tuviera algo que ver con ello.

—Buena deducción —comentó Keynes—. ¿Puedo preguntarle si sigue interesado en los recientes acontecimientos del Trinity College?

—Digamos que he pensado un poco en ellos —dijo Holmes.

—Entonces tal vez pueda darle mi opinión. Creo que realmente no hay nada significativo para un hombre de sus intereses. Los intelectuales son un grupo peculiar y poseen escasas aptitudes para asuntos que tienen poco de abstractos y cerebrales y son más bien concretos. Wittgenstein es un individuo de lo más extraño, el auténtico prototipo de genio loco. Sus manías y sus repentinas desapariciones son proverbiales. Para él, un comportamiento extraordinario es perfectamente normal. Creo que Russell se lo toma demasiado en serio. Tengo un gran respeto por Russell, ya lo sabe usted. Pero es como un cruzado, un Don Quijote en el terreno de las modernas causas morales. No puede soportar ver sufrir a nadie y me da la impresión de que eso le hace reaccionar con excesiva consideración ante los sufrimientos de los demás.

—Puede ser —dijo Holmes—. ¿Y cuál es su opinión acerca de la repentina muerte de Ramanujan?

—Una tragedia —señaló Keynes—. Una gran pérdida para el Trinity y para el mundo. Pero no hubo nada fuera de lo normal en ella. ¿Ha leído usted el informe del forense?

—Sí, lo he hecho.

—Pero no lo cree, ¿verdad? Le aseguro, señor Holmes, que el doctor Doolittle es un hombre de confianza. Y si usted quiere, puedo hacer que su dictamen sea corroborado por una opinión médica independiente.

—No lo dudo —dijo Holmes—. Tal vez pueda usted contestarme a una pregunta.

—Desde luego.

—Los personajes de Cambridge me fascinan y, a veces, cierta información puede

resultar muy útil en mi trabajo. Dígame, ¿conoce usted a un antiguo estudiante de Cambridge, compañero de Russell, un individuo llamado Aleister Crowley?

—¡Crowley! —exclamó Keynes con una sonrisa—. Sí, claro. Se ha labrado una cierta reputación. «El hombre más perverso de Inglaterra» le llaman en la prensa sensacionalista. No hace mucho organizó un buen jaleo en el Trinity.

—Vaya —dijo Holmes—. ¿Relacionado con qué?

—Muchos estudiantes comenzaban a abandonar entonces los tabúes de un cristianismo establecido, y algunos de ellos formaron un pequeño grupo llamado la Sociedad de Pan. Pretendían de algún modo recrear la religión sana y pura de la antigua Grecia. Las autoridades académicas, algunas de las cuales datan de la época en que una cátedra era un monopolio clerical, vieron la idea con recelo, y cuando la Sociedad de Pan invitó a Crowley a hablar en sus reuniones, intentaron impedirle la entrada al colegio. El adujo que era un miembro vitalicio del colegio y que no se le podía expulsar de su recinto. El vicemaster se indignó y, como represalia, prohibió la Sociedad de Pan e intentó abrir un expediente disciplinario contra sus miembros por blasfemia. Pero todos ellos pertenecían a familias demasiado ricas y eminentes y no se les podía tocar; todos menos un pobre estudiante becado llamado Norman Mudd, que fue expulsado.

—Muy edificante —dijo Holmes—. Y dígame, los miembros de la Sociedad de Pan, ¿defendían prácticas entre individuos del sexo masculino como las de los antiguos griegos?

—Han dejado atrás nuestras bárbaras inhibiciones occidentales sobre la expresión física del amor entre hombre y hombre, si es a eso a lo que usted se refiere, Holmes.

—Sí, eso es —señaló Holmes—. Tal vez pueda usted decirme si esas inhibiciones se han abandonado también en el seno de los Apóstoles.

—Los Apóstoles no tienen inhibición alguna —dijo Keynes—, salvo las impuestas por la búsqueda de la verdad y de la dignidad humana. Pero tal vez le vendría a usted bien preguntarle a Strachey sobre ello.

Después de unas cuantas palabras más de conversación inconexa, Keynes se marchó. Holmes esperó hasta que le vio salir a la calle y cogió su gorra.

—¿Viene usted, Watson? Creo que merece la pena seguir los movimientos del Profesor Keynes esta mañana.

No tuvimos mucha dificultad en hacerlo, pues paró un coche y nosotros hicimos lo propio, siguiéndole a una discreta distancia. Keynes se dirigió directamente al Departamento del Tesoro, donde entró sin mirar a su alrededor. El guarda le saludó como a una persona conocida.

Holmes sacó su pipa.

—Podríamos esperar aquí, Watson, pero sospecho que podríamos obtener más información por otros medios. Creo que ha llegado el momento de visitar la Sociedad Teosófica.

—¿La Sociedad Teosófica, Holmes? ¿No hemos tenido ya suficientes espíritus

por el momento?

—No son espíritus lo que quiero ver —dijo Holmes—, sino asegurarme la ayuda intuitiva de la muy liberada señorita Annie Besant.

15 — Un espía astral

LA Sociedad Teosófica ocupaba un gran edificio en Avenue Road, en el tranquilo y elegante distrito junto a Regent's Park. En ese barrio reside gente rica y noble, de procedencia extranjera, y no resultaba chocante encontrar el extraño emblema de la Teosofía en una calle en la que había tantos blasones y escudos de armas sobre distinguidos coches a motor, y, aquí y allá, sobre algún anticuado coche de caballos.

Cuando subíamos las escaleras, nos encontramos a un caballero alto y fornido, con un poblado bigote de morsa, que acababa de salir del edificio. Al ver a Holmes pareció sorprenderse; entonces, encogiéndose de hombros, se llevó la mano al sombrero en señal de saludo y siguió su camino hacia la calle. Holmes, por su parte, se contentó con un breve «Buenos días, doctor Doyle» y una irónica sonrisa.

—¿Quién es ese caballero? —pregunté—. Me da la impresión de que se conocen.

—Es Arthur Conan Doyle —contestó Holmes—, un médico con poca práctica y mucho tiempo libre. Se dedica a diversas ocupaciones menores, entre las que destaca su interés por los fenómenos psíquicos. Había olvidado que podría encontrármelo aquí.

—¿Pero existe alguna razón para que se rehúyan ustedes mutuamente? No pude evitar observar una cierta tensión en el encuentro.

—Somos parientes, en cierto modo. Pero hace mucho tiempo que abandoné su casa, y lo que yo haga ahora en este mundo es asunto mío. No tiene ningún sentido pretender recorrer de nuevo en sentido inverso el abismo que nos separa.

Entonces me dio a entender que cualquier otro intento de hablar sobre ese tema sería inútil.

En la antesala, un joven refinado, con quevedos, y sentado detrás de un escritorio, nos preguntó qué queríamos y nos dijo que esperaríamos hasta que la señorita Besant pudiera atendernos. Holmes, en lugar de sentarse, prefirió pasear por los salones circundantes. A la izquierda había una amplia sala de lectura con un podio y varias hileras de sillas, y un anuncio en la pared que informaba de conferencias vespertinas sobre diversos aspectos de la Teosofía, a cargo principalmente de la señorita Annie Besant, pero también del reverendo C.W. Leadbeater y otros.

En la sala de la derecha, Holmes se detuvo delante de un dibujo colocado en la pared, que parecía un diagrama anatómico de alguna ciencia extraña. Representaba el organismo de un ser humano, pero en el lugar de los órganos había una serie de círculos coloreados, siete en total, unidos por tres conductos ondulados, que ascendían por el centro del cuerpo desde la base de la espina dorsal hasta la parte superior de la cabeza.

—Es medicina oriental, Watson —comentó Holmes—, el sistema de los chakras. Representa los centros de energía y por tanto, de transformación espiritual que hay en

las diferentes partes del cuerpo. Pero este esquema tiene una peculiaridad que lo distingue de otros encontrados en la India y en Oriente.

—Su peculiaridad es que un europeo civilizado haya querido exhibirlo en este país —observé.

—Me refería más a un aspecto médico que a una cuestión de preferencia nacional —dijo Holmes—. Como puede ver todos los chakras están alineados en el centro del cuerpo, salvo en un caso. Están situados en la parte superior de la cabeza, la frente, la garganta, el corazón, el plexo solar y la base de la espina dorsal, pero uno se encuentra desviado hacia el lado izquierdo del abdomen.

—¿Y cuál es el significado de esa disposición, Holmes?

—Se ajusta al tradicional sistema hindú, pero un chakra, el que debe situarse sobre los genitales, ha sido desplazado hacia un órgano más neutral.

—No ha sido desplazado —observó una voz aguda a nuestras espaldas—, ha sido colocado correctamente por primera vez. No existe un chakra genital, a pesar de que así lo establezcan ciertos textos corruptos. Si lo hubiera, sería excesivamente peligroso estimularlo. Mis propias investigaciones revelan que la denominación correcta no es la de genital, sino la de chakra esplénico.

Quien así hablaba era un hombre de edad, con alzacuello, de tez muy morena y manos temblorosas. Se situó junto al esquema, en la que parecía su posición habitual, dispuesto a pronunciar un sermón considerable.

—Sin duda es usted el reverendo Leadbeater —intervino Holmes—. Me da la impresión de que ha pasado muchos años en la India, donde estuvo expuesto a la fiebre tropical y a las doctrinas esotéricas de los hindúes.

El reverendo Leadbeater dio un paso hacia atrás.

—¿Cómo puede saber usted esas cosas, señor? Estoy seguro de que no nos hemos visto antes. Usted es, según parece, clarividente.

—Es algo más sencillo que eso —dijo Holmes—. Su ropa, el color de su rostro y sus manos temblorosas proclaman tales extremos, a lo que se une su presencia aquí, en este edificio. Evidentemente, usted fue misionero, pero fue convertido por la sabiduría pagana de Oriente. Y ahora ha regresado para convertir a su país natal a la nueva fe, rechazando, claro está, la herejía del chakra genital.

—Tenga cuidado, caballero, y no se coloque usted mismo bajo su influjo —declaró el reverendo con rotundidad—. Le hundirá en una existencia miserable y le llevará a una peor reencarnación. Nuestras meditaciones sobre los chakras deben llevarnos hacia arriba, hacia los más altos planos astral y mental.

—Sin duda usted tiene mucha experiencia en esos planos, reverendo.

El clérigo se estiró con orgullo.

—He escrito muchos libros sobre ellos, caballero, igual que la señorita Besant. Juntos estamos proclamando al mundo la verdad esotérica total. Seguramente habrá oído usted hablar de mi libro *El hombre: lo visible y lo invisible*, o de *Al otro lado de la muerte*, o de la obra de la señorita Besant *El Ego y sus envolturas*^[16].

—Todos ellos realizados por medio de escritura automática, y dictados por los Jerarcas Secretos del Himalaya, ¿no?

—No hemos escrito libros Teosóficos de ese modo desde la época de *Madame Blavatsky* —señaló el reverendo Leadbeater con tono ofendido—. Hemos continuado trabajando con nuestras propias fuerzas. Le recuerdo que *Madame Blavatsky* murió hace veinte años.

—¿Cómo? ¿Y no ha reaparecido ni una sola vez desde entonces? —preguntó Holmes.

—Usted está confundido respecto a nuestra misión —dijo el reverendo—. Nosotros queremos propagar la verdad espiritual universal, y de ese modo llegar a la exaltación de toda la humanidad. Indudablemente las sesiones de espiritismo tienen su lugar, pero pertenecen a una fase más íntima, y sólo para algunos individuos de talento. *Madame Blavatsky* destacaba en todas las fases de nuestro trabajo. Era capaz de producir materializaciones, mensajes del más allá, golpes en las paredes; podía reducir la intensidad de una vela con sólo señalarla con el dedo. Una vez, en Bombay, presencié cómo provocaba una lluvia de pétalos de rosa, salidos de la nada, sobre un grupo de dignatarios que nos visitaban.

—Se ha dicho que esas cosas eran producidas materialmente, empleando paneles secretos en las paredes —señaló Holmes—. ¿No lo reconocieron así una vez los propios criados de *Madame Blavatsky*?

—Fue injustamente acusada por los celos de aquellos que no soportaban su propia inferioridad. Las naturalezas fuertes provocan fuertes corrientes ocultas. Cuanto más grande es la cresta de la ola, más grande es su seno.

—Y esa es la razón —continuó Holmes— de que usted no practique el espiritismo, sino que sólo lo predique, ¿no es así?

—Estoy dispuesto a aceptar su desafío, caballero —declaró el reverendo Leadbeater.

Entonces cerró los ojos y comenzó a balancearse de un lado a otro, con los músculos faciales extremadamente tensos. Al momento escuchamos unos golpes secos en las paredes, primero a la izquierda, y luego hacia el lado derecho de la sala.

—¡Ajá! —exclamó el reverendo Leadbeater abriendo los ojos—. ¿Han oído ustedes eso? Seguro que sí.

—Hemos oído unos golpes —dijo Holmes—. ¿Eran suyos?

—¿Míos? —dijo el reverendo ruborizándose—. Casi nunca he... Todo es obra del mundo espiritual, ya me entiende.

—Oh —dijo Holmes—. Creí que tal vez podría haber sido la señorita Besant que estaba pensando con demasiada energía en la habitación de al lado.

—Ahora verá —murmuró el reverendo Leadbeater.

Cerró los ojos de nuevo y empezó a bambolearse con tanta fuerza que creí que se iba a caer. Entonces se abrió una puerta y apareció Annie Besant.

—¿Produjo usted esos golpes, reverendo L.? No le había oído hacerlo en muchos

años y tuve el presentimiento de que alguien me llamaba.

—Fueron los espíritus, señorita B. —dijo el reverendo Leadbeater—. Tengo el privilegio de ser únicamente su médium. Respecto a que alguien le llame, tal vez estos caballeros...

—Oh, el señor Holmes —exclamó Annie Besant— y el doctor Watson. Qué amable por su parte haber venido. Tuve el presentimiento de que vendrían, ¿sabe? Presentí que alguien me necesitaba. ¿Se trata de mi querido señor Russell? Hace unos días, sentí que me necesitaba, pero ahora esa necesidad parece haberse trasladado a usted. Sí, lo siento claramente. ¿Quieren hacer el favor de pasar?

Se notaba que disfrutaba por anticipado del placer de ayudarnos, pues los colores de su rostro afloraron hasta casi hacer juego con su pelo. Entonces nos condujo a su despacho.

El despacho del director de la Sociedad Teosófica era amplio, aunque estaba lleno de extraños artefactos. Annie Besant nos ofreció asiento cerca de un escritorio inundado de papeles; Holmes, en un pequeño hueco limitado por una enorme urna egipcia y un gran biombo chino, y yo, un poco más lejos, entre la urna y una descomunal estatua sedente de una diosa con cara de felino, que descansaba las manos sobre las rodillas. En la habitación había otras mesas llenas de papeles y pergaminos a medio enrollar en los que se veían jeroglíficos egipcios, otro ejemplar del esquema de los chakras del reverendo Leadbeater, y en una esquina, un gramófono con una manivela para darle cuerda y una gran bocina de latón.

—Estamos tan ocupados con el trabajo exterior de la sociedad —dijo Annie—, y tenemos tanta correspondencia de las nuevas logias europeas, de sus hermanas en América y de la logia madre en la India... Y hay tantas conferencias... Pero, a pesar de todo, también tenemos que sacar tiempo para nuestra propia inspiración espiritual.

—No he olvidado sus poderes tan pronto —señaló Holmes—. Esperaba que usted podría encontrar un momento para ayudarnos de nuevo.

—Con mucho gusto —dijo ella—. ¿Cuál es el objetivo de sus investigaciones ahora, señor Holmes?

—Quisiera que nos contara lo que sabe de Aleister Crowley y su organización secreta, la Orden del Astro Plateado.

—El señor Crowley es un sujeto muy desagradable. Trata únicamente con los chakras inferiores. El reverendo Leadbeater puede hablarles de sus peligros. En cuanto a su organización, todo lo que les puedo decir es que la Orden del Amanecer Dorado surgió de la Sociedad Teosófica hace unos quince años, cuando algunos de sus miembros se mostraron más interesados en los fenómenos de las sesiones espiritistas que en las más elevadas enseñanzas espirituales y mentales. Y los hechos posteriores nos han dado la razón, señor Holmes. El Amanecer Dorado se ha visto reducido a cenizas a causa de la discordia y por la aparición en su seno de otros grupos, como la orden de Crowley a la que usted se refería, mientras que la Sociedad Teosófica ha continuado con su trabajo, pasando de una cumbre intelectual a otra.

—Indudablemente lleva usted razón —comentó Holmes—. Pero mi trabajo consiste en investigar las tinieblas para combatirlas. ¿Puede decirnos algo más sobre los objetivos y prácticas de la Orden del Astro Plateado?

—No sé, señor Holmes, y no deseo saber. Crowley tiene una visión degradada del amor, relacionada con las energías del nivel físico más bajo. Nosotros nos ocupamos del amor cósmico, del espíritu que nos hace salir de nosotros mismos para penetrar en la más noble unidad de los niveles superiores. Porque el Espíritu en sí mismo es amor. ¿No cree, señor Holmes?

—No podría decirle —señaló Holmes—. No tengo pruebas objetivas de tal fenómeno.

—Oh, ya las tendrá —dijo la señorita Besant sonriendo—. Estoy segura.

—Por el momento —dijo Holmes—, me contentaría con algunas pruebas sobre Crowley y su círculo. ¿No podría usted emplear su visión interior para averiguar sus últimas andanzas? Se trata de un asunto de gran importancia para muchos de nuestros amigos.

—Resulta peligroso concentrarse con demasiada energía en objetos malignos. Uno puede abrir canales que luego podrían ser recorridos en sentido inverso. Debemos defendernos de tal proceso negativo.

En ese momento, la urna que había entre Holmes y yo, como si quisiera subrayar el comentario enfático de la señorita Besant, tembló a causa de un golpe producido en su interior.

—Muy bien —dijo Holmes—. Tal vez pueda usted ayudarnos de un modo más restringido. Acabo de recibir la visita de un caballero que parece implicado en este caso. ¿Puede usted seguir su pista y decirme lo que descubra de sus actos?

—Por supuesto —contestó la señorita Besant acercando su silla a la de Holmes—. Piense en él y míreme fijamente a los ojos.

—Pero Watson debe quedarse aquí también —observó Holmes sin dejarle empezar hasta que estuvo de acuerdo en que yo permaneciera en la habitación, aunque quedó claro que, bajo ninguna circunstancia, debía yo romper mi silencio.

—Ya le veo —dijo Annie Besant al momento—. Tiene cejas oscuras, un bigote grande y poblado, traje negro, una cadena de oro... hay mucho oro a su alrededor.

—Ese es el hombre —dijo Holmes—. ¿Qué es lo que ve?

—Está preocupado por algo que considera muy valioso, algo material, como una mercancía destinada a ser consumida en el nivel de los vulgares placeres sensoriales. Se le ve ocupado en tratos y cálculos, pero se trata de algo que quiere mantener en secreto.

—Excelente, mi querida señorita Besant. ¿Quiénes son sus socios en esos tratos?

—Resulta desagradable mirar en esa dirección —dijo al cabo de un rato—. Hago esto sólo por usted, señor Holmes.

—Dígame entonces con quién trata, no importa lo que vea.

—Es algo oscuro y maligno, un terreno húmedo y escurridizo. No veo ningún

rostro, sólo una energía demoníaca. Hay signos de lucha.

—¿Son enemigos entonces?

—Los ladrones no tienen honor ni siquiera entre ellos mismos —dijo la señorita Besant suspirando—. Es una relación conflictiva..., pero ahora está saliendo a la luz. Veo un rostro.

—¿Un rostro? ¿De quién?

—El suyo, señor Holmes.

Dicho esto, Annie Besant se estremeció como si quisiera refrescar sus energías y parpadeó. Una atmósfera inquietante impregnó la habitación. Advertí que los cuadros y pergaminos de las paredes no estaban derechos, aunque unos minutos antes, cuando entramos, me habían parecido completamente normales. Las paredes crujían de modo amenazador, y un libro cayó desde una mesa con un golpe seco. El biombo que ocultaba a Holmes parcialmente de mi vista temblaba visiblemente.

—Estoy dispuesta a seguir adelante sólo en consideración a usted —dijo la señorita Besant con una extraña voz—, aunque es una temeridad hacerlo.

—Aprecio su valor —señaló Holmes—, y se lo agradezco. ¿Qué hemos de hacer ahora?

—Debemos completar el circuito. Debe mirar fijamente con sus dos ojos mi ojo izquierdo, y yo miraré con los míos su ojo derecho. Eso intensificará el flujo. No piense en nada y pronto verá cómo cambia mi cara. Recuerde bien la imagen que vea en ella.

Se inclinaron el uno sobre el otro, concentrados en una mirada mutuamente hipnótica. Aunque me encontraba a escasa distancia de ellos, me pareció que estaban muy lejos, detrás de una barrera de aire opaco. Dentro de la urna se producían fuertes golpes, desligados unos de otros, como los de un staccato, pero Holmes y la clarividente pelirroja no dejaban de mirarse fijamente a los ojos. Dirigí la vista con inquietud hacia arriba, a la diosa con cara de felino, porque la tenía encima, y me pareció que también ella se bamboleaba. Entonces la urna estalló con el ruido de un golpetazo de bombo, y el biombo chino se derrumbó hacia un lado, dejando a Holmes y a la señorita Besant en un reducido espacio, completamente apartado de mi vista.

La voz de Annie se dejó oír con un sonsonete más profundo e interior.

—Las fuerzas son ahora más poderosas, querido señor Holmes. Vamos, entremos juntos ahora y veamos todo lo que deseamos.

Su voz sonaba gutural, como un fuerte ronroneo. Miré hacia la diosa felina y no me habría sorprendido nada haber escuchado en aquel momento un ronroneo de respuesta. Pero todo era silencio en esa zona, y mi atención fue atraída por un ruido que provenía de detrás del biombo y que nunca hubiera esperado oír, ni siquiera en aquel extraño lugar. Era un sonido de ropas que se rozaban e incluso se rasgaban, como si alguien se estuviera desnudando. La señorita Besant, obviamente en un profundo trance, iba más deprisa de lo habitual.

Entonces se oyó la voz de Holmes, también envuelta en un suave ronroneo, pero

con un tono enérgico y resuelto.

—Muy bien —dijo—. He llegado hasta aquí con usted, Annie, ahora tiene usted que llegar más lejos conmigo. Ya ha visto el rostro del tipo del bigote poblado, el que comercia con una mercancía secreta. ¿Quién es su socio?

La señorita Besant emitió un gemido de desasosiego, como si estuviera en medio de un sueño y alguien le molestara.

—Fíjese en las oscuras pupilas de Keynes —dijo Holmes—. ¿A quién está viendo él? ¿Es a Crowley?

En ese momento la señorita Besant soltó un grito. La urna egipcia produjo un golpe definitivo y culminante, y se hizo añicos. El biombo se desplomó desde donde estaba apoyado, entre el asiento de Holmes y el escritorio, y se estrelló contra el suelo, dejando ver las figuras de Holmes y Annie Besant. Él estaba repantigado perezosamente en su silla, y ella se encontraba tendida sobre él, con la ropa en una posición de lo más comprometedor. Aparté la vista en el acto.

Al cabo de un rato la señorita Besant estaba de nuevo en pie y había regresado repentinamente de su éxtasis místico a la escena inmediata.

—Crowley, Crowley —repitió airadamente—. ¡Esta aquí! Abrí un canal demasiado largo. ¡Esos golpes fueron suyos, no míos! —exclamó recorriendo con ojos espantados la habitación.

Holmes entonces se puso en pie con la mayor indiferencia y cruzó distraídamente la habitación hasta donde estaba el gramófono.

—Si hace el favor de guardar silencio podremos oír el sonido que sale de aquí —dijo volviendo la bocina hacia nosotros.

Aunque la aguja no rozaba los surcos, ni el disco giraba, ni la manivela se movía, de allí salió un sonido débil que se fue haciendo cada vez más fuerte hasta inundar nuestros oídos. Era la potente risa sardónica que habíamos escuchado la noche anterior en Chancery Lane. Era la risa de Aleister Crowley que, por encima de aquel desorden de habitación, se burlaba maliciosa y victoriosamente de nosotros.

16 — Nubes y sombras

NO habíamos hecho más que abandonar la Sociedad Teosófica cuando nos encontramos en la calle a una figura conocida. Era John Maynard Keynes, con su sombrero y su paraguas, que subía con paso presuroso por Avenue Road. Él no nos había visto. Holmes se llevó el índice a los labios y me indicó que le siguiéramos.

Al llegar a una esquina, Keynes llamó a un carruaje y se metió en él sin mirar hacia atrás. Mientras arrancaba, Holmes se lanzó, sorteando el tráfico agobiante, a por otro coche. El cochero, un anciano canoso y deforme, miró a Holmes como si creyera reconocerle.

—¿Puede seguir a ese coche a donde vaya? —preguntó Holmes—. Hay media corona si no le pierde de vista.

El cochero emitió un gruñido y, una vez que estuvimos a bordo, partió.

—¡Qué coincidencia, Holmes! —exclamé—. El hombre que queríamos interrogar... y ahí le tenemos.

—Así es, Watson. Y si tuviera usted la costumbre de llevar el hilo de sus pensamientos hasta sus conclusiones apropiadas, deduciría algo significativo de tal hecho.

—¿Sí? ¿Qué conclusión es ésta?

—Elemental, Watson. Ahí está Keynes, y no en su distrito habitual del Departamento del Tesoro o en el de los banqueros de la City, o incluso en el de sus amigos intelectuales de Bloomsbury, sino en este barrio tranquilo y retirado en el que abundan nobles extranjeros. ¿Qué está haciendo aquí? Le dejo que responda usted a esta pregunta.

—No entiendo muy bien lo que quiere decir. Si hemos de dar crédito a la clarividencia de la señorita Besant, debería estar dedicado a alguna transacción comercial, y tal y como usted dice, eso sería más probable en otro barrio. A no ser que esté suministrando drogas exóticas a los propietarios de estas casas tan elegantes. ¿Es a eso a lo que usted se refiere?

—Si no se trata de eso, el motivo por el que se encuentra aquí está más relacionado con nosotros de lo que suponemos —comentó Holmes sujetando fuertemente la pipa con los dientes.

El coche de Keynes proseguía su camino a paso lento por las amplias praderas verdes de Regent's Park. Al cabo de un rato nos incorporamos a Marylebone Road, donde la circulación de coches de caballos y tranvías era más densa, y en cuyo tráfico era posible ver de vez en cuando algún coche a motor. Al llegar a Great Portland Street, el coche de Keynes hizo un viraje rápido hacia un lado y emprendió una serie de maniobras desconcertantes. Torció primero a la izquierda y luego a la derecha, cambió de sentido e incluso cruzó su trayectoria inicial, dando una vuelta

completa a la manzana. Obviamente, Keynes intentaba evitar que le siguieran. Pero nuestro cochero, a pesar de estar estupefacto, aceptó el desafío. Condujo su carruaje a través de aquel laberinto de un modo experto, sin dejar que su presa desapareciera ni un solo momento de nuestra vista.

Al final Keynes debió de pensar que no podía deshacerse de nosotros, pues su coche emprendió de nuevo una trayectoria recta y, sin más estratagemas, continuó su marcha por Euston Road. Estábamos entrando en Bloomsbury, ese barrio situado detrás de la Universidad de Londres y el Museo Británico, evitado por las familias más respetables y querido por los bohemios e intelectuales londinenses. El coche se detuvo frente a una gran residencia en Brunswick Square y Keynes se apeó y entró rápidamente en ella. Me pareció ver que llevaba algo bajo el brazo.

Nuestro coche se detuvo a una distancia discreta mientras el otro se ponía de nuevo en marcha.

—Excelente —dijo Holmes mientras nos apeábamos—. Sin duda habrá usted reconocido el barrio, Watson. No debería sorprenderle saber que ésta es la casa en la que ese viejo amigo que Keynes hizo en Cambridge, Lytton Strachey, vive en régimen comunal con Virginia Woolf y su marido Leonard, Vanessa, hermana de aquélla, y una multitud de parientes y amigos. En resumen, se trata del hogar de ese grupo de intelectuales de vanguardia conocido como el círculo de Bloomsbury.

—Entonces tal vez Keynes haya venido para hacer una entrega a otro miembro de la camarilla de la droga —señalé—. He visto otro de esos paquetes bajo su brazo.

—Yo no he visto tal cosa —dijo Holmes con una brusquedad desacostumbrada—. Y parece muy poco probable que usted advierta un hecho que a mí se me haya pasado por alto.

—Confieso que puede tener razón, Holmes —repliqué—, pero de vez en cuando podría reconocer mi capacidad de observación. Realmente no es culpa mía si por una vez no se fijó usted bien.

—Perdóneme, querido amigo —dijo poniéndome la mano en el hombro—. No debería haberle hablado de ese modo. He de reconocer que hay algo en esta escena que me hace sentirme intranquilo. Pero venga, echemos un vistazo a esa casa —dijo atravesando una verja de hierro hasta llegar a un estrecho callejón que rodeaba el exterior del edificio.

En la parte de atrás, por encima de un macizo de flores alargado, había una ventana, cerrada y con las cortinas echadas. En el interior se oían una serie de ruidos extraños. Eran sonidos de maullidos y píos, como si hubiera pequeños animales allí dentro, y de fondo, risas humanas.

—Ayúdeme a subir —susurró Holmes.

Le levanté hasta que alcanzó el alféizar de la ventana y pudo asomar la cabeza por encima de él. Sin embargo, las persianas debían de estar completamente cerradas porque, tras unos instantes, se dejó caer, produciendo en aquel suelo húmedo un segundo par de huellas junto a las mías.

—No vale de nada —murmuró mientras retrocedíamos por el callejón—. No se puede ver nada desde aquí. Tenemos que encontrar un modo de entrar. Me atrevería a decir que apenas repararán en nosotros.

—¿Ve usted? —exclamé en voz baja—. No hay duda. Keynes venía a hacer una entrega y ya están todos en las fases preliminares de intoxicación. El bullicio les traiciona.

—Y si no, Watson —replicó Holmes mientras corría suavemente el cerrojo de una cancela que daba a un porche trasero—, es que hemos cogido a Keynes y a su amigo en uno de esos actos antinaturales que hicieron famosos a los Apóstoles. Tal vez haya oído usted alguna vez el apodo de Lytton Strachey, «el bujarrón de Bloomsbury».

No pude responder al desagradable comentario de Holmes, porque se llevó de repente el índice a los labios y se fue deslizándolo cautelosamente hacia el interior. Y como deseaba mucho menos que me encontraran solo en la parte trasera de esa casa infame que acompañar a Holmes al interior, no tuve más remedio que seguirle.

Avanzamos por un oscuro corredor. A ambos lados se sucedían una serie de puertas y, más adelante, un segundo corredor cruzaba el nuestro en ángulo recto. Con un instinto infalible, Holmes localizó una puerta y se inclinó para pegar el ojo a la cerradura.

Mientras estábamos allí escuchando los ruidos que procedían del interior de la habitación, no pude evitar reflexionar sobre la sordidez del asunto. Las risas continuaban y, unido a ellas, podía oírse una variedad de arrullos, balidos y maullidos, como si lo que escuchábamos a escondidas fuera una habitación llena de bestias. ¡Qué viles efectos producía aquel terrible bebedizo! O peor todavía, Holmes podría tener razón en lo referente a la otra posibilidad. En cualquier caso, no teníamos más alternativa que conseguir pruebas sobre una red de prácticas de lo más vergonzosas, por el igualmente vergonzoso método de mirar por el ojo de la cerradura en medio de la oscuridad.

Entonces se encendió una luz en el pasillo contiguo y oímos unas pisadas que se dirigían enérgicamente hacia nosotros. Estábamos a punto de ser descubiertos.

Holmes se puso derecho, y sin vacilar un momento, tomó una decisión sobre el camino a seguir. Abrió la puerta y los dos entramos en la habitación.

Allí, en un cuarto alegre y vistosamente decorado, vimos algo sorprendente e inesperado. A Keynes no se le veía por ninguna parte. En su lugar, había un hombre y una mujer, agachados sobre una alfombra delante de la chimenea, que se hacían muecas mutuamente y emitían pequeñas series de sonidos animales, entremezclados con grandes carcajadas. Entregados a su juego infantil, al principio ni siquiera nos oyeron entrar y cerrar la puerta. Después, la mujer levantó la vista y se puso rápidamente en pie. Era muy pálida y delgada, y su rostro revelaba una inteligencia sumamente refinada y una gran belleza. Evidentemente se trataba de la novelista Virginia Woolf. Su cara enrojeció de ira y parecía estar al borde de un ataque de nervios.

Su compañero, por el contrario, no daba ninguna impresión de sentirse perturbado y se recostó en una otomana. Llevaba unos curiosos anteojos sin aros, y tenía una barba larga y puntiaguda. Su ropa resultaba estafalaria y desaliñada sobre su delgada estructura. A primera vista no le habría considerado un caballero.

—Soy el detective Sherlock Holmes —dijo mi compañero—. Sin duda usted es Lytton Strachey, y ésta es la inteligente señorita Woolf. Me gustaría pedirle algunos informes sobre sus amistades.

Strachey soltó una curiosa risita aguda.

—¿Informes de sospechas criminales? —preguntó—. ¡Qué maravilla! A lo mejor resulta una nueva y extraña forma de placer: traicionar sórdidamente a los propios amigos bajo el pretexto de una búsqueda de la verdad.

—Yo no tengo nada que ver con traiciones —observó Holmes—, sólo con hechos.

—Usted es obviamente un detective de finales de siglo —dijo Virginia Woolf respirando con profundidad—. Combina la arrogancia victoriana con la perversidad eduardiana. Por supuesto, sus hechos podrían estar subordinados a la cortesía de llamar a la puerta; me refiero a la de la entrada principal, en la que el criado puede distinguir a los verdaderos visitantes de los ordinarios buscadores de curiosidades.

—Nuestras disculpas, señorita Woolf —dijo Holmes—. Estamos en una situación delicada, ocupados en un asunto bastante importante y misterioso. Hemos llegado hasta aquí siguiendo a su amigo, el señor John Maynard Keynes.

—Debería haberlo supuesto —dijo Virginia Woolf—. Me temo que el encanto de Maynard es la compuerta que nos separa de la parte más impura del mundo, y de vez en cuando algo de ese mundo penetra por ahí.

Dicho esto, giró bruscamente sobre sus talones y abandonó la habitación por la misma puerta por la que habíamos entrado, pues no había otra salida.

—Según parece —dijo Holmes—. Keynes ha escapado.

—¿Escapado? —observó Strachey—. Esta mañana no ha estado aquí, desde luego.

Holmes se acercó a la ventana y miró a través de las persianas. Por su expresión, deduje que Strachey tenía razón. El barro del suelo debía reflejar únicamente nuestras pisadas, producidas cuando habíamos estado espionando desde fuera. Pero Holmes no expresaba vacilación alguna en sus preguntas.

—Qué lástima no recibir hoy la entrega de hachís —comentó—, o tal vez un poquito de heroína.

—¿Heroína? —dijo Strachey—. Nunca he oído hablar de eso con anterioridad. Pero del hachís... ¿Dice usted que Keynes ha encontrado un poco? Es la hierba gloriosa, el descubrimiento que Londres debe a París, y París a las Mil y Una Noches. ¿Cree usted que Keynes podría traer un poco? —preguntó incorporándose con interés.

—Tal vez —dijo Holmes—. Por eso pensé que usted podría saber en qué parte de

la casa se encuentra Keynes.

—¿Usted cree que Keynes está en la casa? —preguntó Strachey—. Curioso, pues siempre pasa primero a saludarme. Yo estoy cerca de la puerta principal y oigo cuándo la abren. Sin embargo, nadie ha entrado ni salido esta mañana. ¿Cómo lo hizo usted, señor Holmes? ¿Escaló por alguna ventana no vigilada?

—Eso no tiene mucha importancia. Puede que esté confundido. Con todo, supongo que no tendrá usted ningún inconveniente en responder a unas preguntas, si no sobre el propio Keynes, al menos sobre sus conocidos. ¿Sabe usted quién le vende las drogas que trae?

—No tengo la menor idea de dónde saca Maynard sus exóticos bocados —dijo Strachey—. Es un hombre que tiene amplias y variadas amistades, a muchas de las cuales no es probable que yo las conozca.

—Pero puede que a algunas sí —dijo Holmes—. Dígame, ¿no conoce usted a Aleister Crowley?

—No soy tan decadente como para desear su compañía —observó Strachey con voz chillona.

—¿Por qué no? Creía que usted admiraba la ruptura de inhibiciones sobre los instintos más primitivos, y que incluso ustedes dos podrían compartir algunos gustos.

—Ah, señor Holmes. Me temo que toda filosofía tiene su punto débil, y en la mía lo es Crowley. Tiene la patología del extremo opuesto. No hay nada que lo detenga, excepto los manejos de su enorme ego.

—¿No estuvo nunca relacionado con la sociedad de Cambridge conocida por el nombre de los Apóstoles?

—¿Los Apóstoles? Desde luego que no. Crowley siempre ha sido un asno pomposo. Nunca sería bien recibido en un círculo inteligente.

—Permítame que le sea franco, Strachey. ¿Cree usted que haya podido darse un enredo sexual entre Crowley y algún miembro de los Apóstoles?

—Yo también le seré franco, Holmes. No —dijo Strachey moviendo la cabeza con repugnancia—. Si alguien tuviera conocimiento de tal cosa, sería yo. En una palabra: no es nuestro tipo.

—Le creo —dijo Holmes—. Permítame que le haga otra pregunta. Supongo que Bertrand Russell no habrá estado nunca implicado en prácticas sexuales dentro de los Apóstoles.

—No, Russell tiene el mismo rigor que sus virtudes. Nunca se permitiría un lujo de esa clase.

—Esa es la cuestión. Russell es muy admirado ¿no es cierto? ¿Cabe la posibilidad de que alguien de los Apóstoles se haya enamorado de él en un sentido no muy intelectual, y que se haya disgustado por haber sido rechazado?

—Qué idea más encantadora —dijo Strachey—. Empiezo a creer que tiene usted posibilidades, Holmes. Pero no, puedo decirle con toda sinceridad que eso es imposible.

—Muy bien —dijo Holmes—. Pero parece que Keynes y Crowley se encuentran bastante divertidos el uno al otro, ¿no es así?

—Keynes es un aventurero. Yo no puedo responder de lo que haga. Si conoce a Crowley, tendrá sus razones, aunque me atrevería a decir que no son de carácter emocional o erótico. Keynes opera en terrenos donde ninguno de nosotros ha entrado nunca. Es nuestra conexión con el mundo exterior, o mejor dicho, inferior.

Lytton Strachey se puso en pie y nos acompañó hasta la puerta.

—Como puede ver, Bloomsbury es un pequeño país de hadas en medio de todo este mundo profano. Somos como niños abandonados en igualdad de condiciones que los adultos. Esta casa pertenece a los hijos e hijas que quedan del editor literario *Sir Leslie Stephen*. A la muerte de sus padres, se quedaron solos justo en el momento en que alcanzaban la mayoría de edad, y así han vivido desde entonces, unidos en una gran familia comunal, sin adultos. Han aceptado a algunos de nosotros en sus filas, compañeros de estudios de los hijos varones en Cambridge, como yo mismo y Leonard Woolf, que se casó con Virginia. Y Keynes, por supuesto. Haga lo que haga en cualquier parte, cuando Keynes está con nosotros, es uno de los nuestros. Somos un grupo de talentos literarios, espíritus libres, y tics nerviosos, todo lo que hace falta para construir un paraíso en la tierra. Puede que no cambiemos el mundo ninguno de nosotros, salvo quizás Keynes, pero tampoco dejaremos que el mundo nos transforme.

Strachey abrió la puerta y se despidió de nosotros.

—Venga alguna vez a visitarnos, Holmes. Ya verá usted a lo que nos dedicamos. Al menos, venga a visitarme a mí alguna vez.

Holmes parecía dispuesto a registrar la casa, pero yo insistí tenazmente en dirigirme hacia la puerta principal y, al cabo de un rato, estábamos de nuevo en la calle. El aire húmedo de aquel nublado día londinense resultaba fresco en contraste con la atmósfera de la casa. Aquí y allá, tímidos rayos de luz penetraban a través del cielo gris.

El rostro de Holmes, sin embargo, parecía lleno de dudas. Daba la impresión de estar ligeramente enfermo, por lo que, por una vez, empecé a preocuparme por su salud.

—¿Se encuentra usted bien, Holmes? —Comencé—. Vamos, hemos sufrido un contratiempo y hemos perdido nuestra pista. Pero ¿qué importa? Volveremos a recuperar la pista de Keynes mañana, o esta misma tarde, en cuanto averigüemos su paradero.

—Sin duda, querido amigo —dijo Holmes—. Le agradezco su amabilidad. Sé lo desagradable que le resulta esta parte de la investigación. Pero creo que debemos quedarnos aquí y recuperar la pista ahora, porque Keynes está tramando algo y la conexión conduce directamente a Crowley. ¿Ha olvidado usted tan pronto los acontecimientos que tuvieron lugar en el despacho de la señorita Besant?

—No, no los he olvidado. Pero ¿vamos a esperar aquí hasta que salga Keynes?

Puede que ya se haya marchado.

—No lo creo, Watson. Presiento que no es así. Pero ¡fíjese! —exclamó señalando al otro lado de la plaza.

Allí estaba Keynes de nuevo, con su sombrero y su paraguas, pero sin el paquete marrón, subiéndose a un coche.

Rápidamente buscamos otro. Holmes repitió las instrucciones al cochero y una vez más seguimos a Keynes por las calles de Londres. Pero en esta ocasión no hizo ningún esfuerzo por perdernos de vista, sino que se dirigió directamente hacia el río. Enseguida atravesamos el puente de Blackfriars y nos internamos en una barriada de muelles, almacenes y sucios cafés. Los dos carruajes se mantenían a corta distancia. De repente, el de Keynes se detuvo, y éste despidió al cochero delante de una pensión lóbrega.

Nos detuvimos al otro lado de la calle y esperamos a que saliera, cosa que hizo enseguida, en compañía de un segundo individuo bastante alto y de aspecto hosco. Su rostro no era nada grato, tenía la tez morena y llevaba un traje oscuro. Doblaron la esquina y comenzaron a subir por una calle. Vi que los dos llevaban sendos paquetes marrones, parecidos a aquél por el que habíamos peleado en la puerta del Trinity, pero un poco más grandes. Por la forma de mirar de Holmes deduje que esta vez ambos estábamos viendo lo mismo.

—No hay tiempo para contemplaciones, Watson; tenemos que actuar —declaró mientras avanzábamos con paso firme tras los dos hombres—. Sin duda habrá usted reconocido al nuevo individuo. Se ajusta perfectamente a la descripción que la señorita Besant nos dio en Cambridge cuando interrogó al mensajero. Es el antiguo socio de Keynes.

—Pero ¿cómo pueden trabajar juntos, si están en los bandos opuestos de un conflicto?

—Eso se explica fácilmente —dijo Holmes—. Los que comparten intereses económicos pueden tener desavenencias en algunas ocasiones, y cuando eso sucede, o recurren a los abogados y a los tribunales o, si el negocio es ilegal, se procuran sus propios medios de coacción. Se suele llegar a la misma solución, como usted sabe. Y las reconciliaciones se hacen cumplir a veces, sea cual sea el procedimiento, de un modo bastante brusco.

Nos fuimos abriendo camino por calles llenas de barro, evitando de vez en cuando las carretas del reparto. Habían caído unos cuantos chaparrones dispersos sobre Londres, pues aquel día el tiempo no era el mismo en todas partes y el viento soplaba desplazando madejas de nubes por el cielo. Aquí y allá, rayos de luz caían sobre la calzada y se reflejaban en los charcos. Cuando esa luz daba sobre la desconchada capa de pintura de aquellos almacenes ruinosos les hacía parecer aún más tétricos. A media manzana por delante de nosotros, Keynes y su compañero pasaban rápidamente de las luces a las sombras.

—Creo que éste es un camino que lleva a la parte trasera de la estación de

Waterloo, Holmes —señalé—. Puede que tengan la intención de coger un tren.

—Seguro que sí —dijo Holmes—. Y en esta ocasión va a ser el tren que lleva a la costa. Me atrevería a decir que si les siguiéramos nos conducirían directamente hasta el continente. Y eso es algo que me gustaría evitar.

Tras estas palabras, echó a correr. Al llegar a la primera esquina se metió por un callejón paralelo a la calle por la que avanzaban Keynes y su compañero. Unas cuantas manzanas más adelante estaba la estación.

—Rápido, Watson —dijo Holmes—. Podemos adelantarles de aquí a la siguiente esquina y hacer que se desvíen. ¡Corra!

Y corrimos. Holmes sin mucho esfuerzo, con su extraña forma de andar a saltos; yo, avanzando entre bocanadas y jadeos. Con todo, al final del callejón, vimos que habíamos ganado la carrera y nos asomamos a la calle para recibirles cara a cara.

Keynes y el individuo de tez oscura no parecían tener ganas de saludarnos. Sin decir una palabra, se apartaron hacia un lado, cruzaron la calle y echaron a correr por otra que salía perpendicular a su dirección inicial. Holmes y yo fuimos tras ellos, pisando algunos charcos con las prisas, mientras el viento soplaba cada vez más fuerte y frío, y las nubes se deslizaban frenéticamente por el cielo.

Después de recorrer media manzana, un estrecho callejón cruzaba la calle, y allí la pareja se separó: Keynes se fue corriendo por la izquierda y el hombre de tez morena por la derecha.

—De prisa, Watson —gritó Holmes señalando hacia la derecha—. ¡Deténgale como pueda! ¡Si es necesario utilice su revólver! —añadió cruzando la calle y metiéndose por el callejón tras los pasos de Keynes.

Torcí hacia la derecha y vi a mi presa allí delante, a lo lejos. Corría torpemente, en condiciones no muy superiores a las mías, y aún llevaba bajo su brazo el paquete marrón. Miró hacia atrás por primera vez y su rostro resplandeció con una oscura maldad que me hizo soltar un grito de indignación.

—¡Oiga, deténgase! —grité—. ¡Deténgase o disparo!

Pero ni se detuvo, ni conseguí acortar la distancia que nos separaba. Volvió de nuevo a mirar hacia atrás por encima del hombro y yo saqué mi revólver, como si fuera un último acto de sensatez en aquella persecución absurda e interminable. El individuo esbozó una horrible sonrisa; entonces apreté el gatillo.

El disparo resultó ser certero porque su cuerpo cayó de golpe al suelo. No tuve suficientes ánimos para acercarme a él más de lo que me aguantaron las piernas. Entonces comenzó a arrastrarse, se recobró un poco al llegar a la esquina y se desplomó de nuevo fuera de mi vista. Todavía llevaba el paquete marrón en la mano.

Me acerqué a la esquina lo más rápido que pude. Aquello no era más que un pequeño callejón sin salida, a la espalda de dos almacenes, y en el suelo no había otra cosa que barro. No se veía ni cuerpo, ni sangre, ni ningún paquete marrón. Y lo peor de todo: el parpadeo de la luz del sol había secado el barro y no había ninguna huella. Parecía que nada hubiera rozado aquel terreno.

Observé mi revólver. El disparo, al menos, había sido real: el cañón estaba caliente y tenía un cilindro del tambor vacío. Mi fatiga desapareció con una ola de pánico y ni siquiera presté atención a mi respiración acelerada mientras recorría apresuradamente aquel callejón en sentido inverso, hasta llegar al cruce del que Holmes había partido en pos de su presa.

El trazado del otro callejón era sencillo. Seguía en línea recta y de repente torcía hacia la izquierda. Desde la esquina vi las figuras de Holmes y Keynes perfiladas contra una desnuda pared de ladrillos que cerraba el callejón. Keynes se encontraba de cara a su perseguidor, con el paquete marrón todavía en la mano. Holmes se iba acercando hacia él, avanzando lenta y decididamente.

El viento bramaba monótonamente, y sentí que el aire transportaba gotas de lluvia. Entonces advertí que una mancha de luz se deslizaba por la pared hacia la que Holmes, que avanzaba inexorablemente, procuraba llevar a Keynes. En seguida la luz alcanzó a los dos y proyectó una sombra desde los pies de Holmes hasta la pared. ¡Pero de los pies de Keynes no partía sombra alguna!

Con una sonrisa, Holmes estiró sus brazos para coger el paquete. Pero Keynes retrocedió ante las manos del detective. Retrocedió porque no era otra cosa que una aparición que se esfumó entre los ladrillos. Holmes agitó sus manos vacías para que las viera.

—¡Caramba, Holmes! —exclamé—. ¿Hemos estado persiguiendo todo el tiempo estas quimeras de nuestra imaginación?

—Sí, Watson. Pero no son sólo quimeras de nuestra imaginación. Emanan de otra mente, estoy seguro.

—¿De la de Crowley?

—Sí, de esa. Si hoy no hubiera salido el sol, nos podríamos haber visto persiguiendo estas apariciones por el otro lado del Canal, hasta Dios sabe dónde.

Desandamos el camino recorrido, dirigiéndonos hacia terrenos más civilizados y paramos un coche.

—Para estar seguros, hagamos una comprobación más —señaló Holmes.

Cruzamos de nuevo el Támesis y nos detuvimos ante el Departamento del Tesoro. Holmes se apeó y se dirigió al policía que estaba de servicio.

—¿El profesor Keynes? —repitió el agente de la ley—. Lleva ahí dentro desde las diez de la mañana, señor. Está teniendo lugar una importante reunión financiera. No, señor, no ha salido ni una sola vez; incluso encargaron que se les trajera la comida. De nada, señor, a usted —concluyó con una sonrisa de confusión mientras le dejábamos con media corona resplandeciente en la palma de la mano.

—No hemos conseguido nada —observó Holmes cuando regresábamos a casa—. Tendremos que aproximarnos a las maquinaciones de Crowley de otra forma, y puede que no sea fácil. Creo que sé lo que Crowley ha hecho, pero no tengo pruebas. Tenemos que pillarle in fraganti y eso tal vez lleve tiempo —añadió encendiendo su pipa mientras se acomodaba de un modo que indicaba claramente su disposición a

esperar el tiempo que fuera necesario.

17 — La marca de la bestia

Y esperamos. Holmes empezó entonces a explorar los horizontes psíquicos, además de los anales ordinarios del crimen. El sol primaveral desapareció y volvió la niebla y la lluvia, y después el frío, la nieve, las hojas húmedas, y de nuevo la lluvia y la niebla. Las premoniciones de Russell eran ciertas; la guerra en el continente estaba cada vez más próxima. Holmes seguía explorando el horizonte en silencio.

Una mañana, mientras hojeaba el Times, hice mi propia contribución al caso.

—Mire esto, Holmes —dije pasándole el periódico y señalándole una curiosa nota en la sección de anuncios.

Músico, de sexo femenino, se necesita para importante ceremonia. Experiencia imprescindible. Deus diabolis 666 = 711. Buena retribución. Ponerse en contacto con el Times número 323.

—Parece un mensaje de Crowley ¿verdad? Debe de estar planeando una nueva ceremonia mágica. Si conseguimos llegar hasta su colaborador, podremos investigar sus actividades desde dentro. Y sólo hay un modo de descubrir quién contesta a su anuncio. Debemos ponernos en contacto con el Times.

—Ciertamente —comentó Holmes—. Pero no hay necesidad de convencer a los editores para que nos revelen quién contesta a ese anuncio.

—¿Por qué no, Holmes? Es nuestra única oportunidad.

—Porque fui yo quien lo puso.

Aquella mañana Holmes volvió tarde y me informó de que había concertado una cita. A las siete de la tarde del día siguiente estábamos sentados en un restaurante del Soho, un establecimiento de estilo disipado, similar a otros que habían surgido en los últimos años y donde, según se rumoreaba, era posible conseguir sustancias tóxicas más fuertes que el alcohol.

Holmes estaba entregado a la tarea de trinchar su chuleta y mis esfuerzos por hacerle conversar fueron vanos. Por fin, con un retraso de veinticinco minutos sobre la hora estipulada, apareció una mujer.

—Usted es el señor Holmes ¿verdad? Vengo por el anuncio que puso. Soy Leila Waddell.

Era una joven delgada, de unos veinticinco años, con grandes ojos marrones y una larga melena de color castaño, con raya en medio, que le llegaba casi hasta las caderas. Aunque cubría sus hombros por delante y por detrás, no ocultaba el amplio escote de su vestido, ni la extraña marca que había dibujada entre sus pechos, aquella marca que coincidía con el emblema que habíamos visto en la habitación de

Ramanujan:



—¿Qué instrumento toca usted? —preguntó Holmes.

—El violín. ¿Y usted cuánto paga?

—Depende de lo que pueda hacer y de cómo se adapte.

—Puedo adaptarme muy bien si sé lo que quiere.

—Creo que entiende a lo que me refiero.

—Antes estuve trabajando para Crowley. Me puso a actuar en un escenario público en el que representó los Ritos de Eleusis, una obra griega. ¿Es eso lo que usted quiere?

—Tal vez. Aunque desde luego, nada público. Pero siga hablándome de los trabajos que ha hecho.

La joven nos miró encajando la mandíbula.

—Por el momento ya son suficientes preguntas. ¿Cuánto paga usted? Decidamos el asunto o me marchó.

—Para empezar diez guineas —dijo Holmes—. Más extras.

Relajó la mandíbula y sus ojos se iluminaron.

—¿Y nieve?

—Toda la que quiera.

—Eso está mejor. De acuerdo, señor Holmes. Dígame qué es lo que desea.

—Quiero que coopere conmigo, Leila. Me dedico a una tarea similar a la de Crowley, pero con una diferencia. Podríamos decir que llevamos a cabo actividades mutuamente opuestas.

—¿Se refiere usted al bien y al mal? —dijo mirándonos primero a uno y luego al otro—. Sí, se refiere a eso ¿no es cierto?

—Si a usted le gusta llamarlo así, Leila. No son esos los términos que yo emplearía. Pero sí, es importante para mí conocer las actividades de Crowley para poder contrarrestarlas.

—Es un buen diablo ¿no? Sólo con mirarlo se puede sacar esa conclusión. Pero luego empieza a actuar sobre ti y cuando te quieres dar cuenta te tiene enganchado. Me refiero incluso a antes de que empiece a repartir la nieve, claro.

—Entiendo perfectamente a lo que se refiere. Bien, puede empezar a ganarse su paga desde este momento si me cuenta todo lo que sabe.

—Diez guineas en mano y toda la nieve que quiera ¿no es eso? De acuerdo, señor Holmes. Bien merecido lo tiene.

—¿Sabe usted cuál es el propósito de sus ritos? ¿Qué pretende con ellos?

—Es una especie de ritual mágico, y yo soy una parte esencial de ese ritual. Él quiere conseguir algo de mí. Ya sé lo que está pensando, señor Holmes, pero no es sólo el placer carnal. Habla con frecuencia de forma altisonante de la sangre del león y del gluten del águila, y lo hace en serio. Practica mucho la recitación y la concentración, y llega hasta el límite. Él dice que es algo así como una lucidez erotocomatosa^[17]. Pero yo soy la parte más importante de eso, o lo es algo que él busca en mí.

—¿Y nunca le ha dicho lo que es, o para qué sirve?

—Dice que no hay necesidad de que yo lo sepa. De hecho, cree que es mejor que no lo sepa. Pero le diré lo que creo. Es algo que le da poder, algo que intenta absorber de mí.

—Entiendo perfectamente que quiera poder. Pero ¿poder para qué?

Leila movió la cabeza en señal de desconocimiento.

—¿Tiene algo que ver con una nueva religión?

—Sí, profesa una religión que él mismo ha inventado. Cree que es Dios. Pero sospecho que siempre lo ha creído.

—Piense, Leila, piense. ¿Algo sobre la Era del Padre y la Era del Hijo?

—Algo así. Sí, ahora recuerdo. Estuvo hablando de ello con mucho entusiasmo una noche. Se le ocurrió en el Cairo, hace unos diez años, pero lo está manteniendo en secreto hasta que llegue el momento.

—¿El momento de qué?

La joven miró a Holmes con desdén.

—El momento de revelarlo, evidentemente. ¿A qué cree que me refería?

—A lo que usted sea capaz de imaginar —dijo Holmes—. ¿Recuerda lo que le dijo que ocurrió en el Cairo?

—Desde luego. Tuvo una revelación. O mejor dicho, la tuvo ella, su esposa. La Mujer Escarlata. Que también soy yo: es decir, su última Mujer Escarlata. Ella entró en trance y recitaba, y él anotaba lo que decía, o algo así. Está todo escrito en un pequeño volumen con hojas de pergamino de una calidad admirable y encuadernado en piel roja. Se llama el Libro de la Ley. Él dice que es la nueva Biblia. Y por supuesto lo cree.

—¿Conoce usted lo que hay en él?

—¿En el libro? Oh, todo un galimatías, supongo. No podría recordarlo aunque lo hubiera oído. Probablemente dirá algo así como «Haz lo que desees será toda la ley». Siempre está diciendo eso. «Haz lo que desees». «Haz lo que desees». Es una especie de saludo que emplea.

—¿Y no recuerda nada más?

—Me temo que no.

—Permítame que cambiemos entonces de tema —dijo Holmes—. ¿Le ha oído alguna vez mencionar nombres de gente que él conozca?

—Creo que no.

—¿Wittgenstein?

Ella negó con la cabeza, adoptando un aire aburrido.

—¿Russell?

Volvió a negar.

—¿Keynes? ¿Ramanujan?

—Un momento. Puede ser.

—¿Cuál? ¿Keynes o Ramanujan? ¿O los dos?

—El último. El sujeto hindú. Él le conocía.

—¿Se acuerda usted de lo que decía de él?

—No. Aunque una vez habló mucho acerca de él. Parecía obsesionado. De repente se detuvo. Lo recuerdo porque justo antes de detenerse le dio un ataque. Si quiere saber mi impresión, creo que ese Ramanujan se cruzó en su camino y Crowley volvió sus artes mágicas contra él. Si es que no le envenenó también. Le creo capaz hasta de eso.

—Muy bien, Leila, realmente muy bien. ¿Está segura de que no recuerda nada de los otros nombres?

—Sí, he oído hablar de uno de ellos.

—Claro —dijo Holmes inclinándose hacia adelante—. ¿De cuál?

—De Russell.

—¡Russell! ¿Y qué decía Crowley de él?

—Oh, Crowley nunca dijo nada de él —dijo Leila haciendo un movimiento con las manos—. Yo he dicho que he oído hablar de él. Es el tipo que va por ahí pronunciando discursos sobre la guerra que se va a producir ¿verdad?

—Sí, es él, Leila. Desde luego que lo es.

Holmes se hundió en su silla y apartó su plato.

—¿Hemos terminado por ahora? —preguntó Leila levantándose de su asiento—. ¿O quiere empezar esta noche? ¿Dónde está su casa?

—Hay una cosa más que quisiera hacer esta noche —dijo Holmes—. Podemos hacerlo aquí mismo. Quiero hacerle entrar en trance.

—¿En trance? —dijo sentándose de nuevo—. De acuerdo, eso parece sensato. Vamos.

Holmes sacó su reloj y, sujetándolo de la cadena, lo hizo oscilar como un péndulo. Leila parecía estar familiarizada con la operación porque miró fijamente al reloj y rápidamente, sin recibir la más mínima instrucción, se quedó absorta en sí misma. En un minuto sus ojos adquirieron un aspecto vidrioso y sus labios empezaron a moverse.

—¡Que la Mujer Escarlata tenga cuidado! Si la lástima y la compasión y la ternura visitan su corazón; si deja que mi obra se mezcle con viejas dulzuras; entonces conocerá mi venganza. Mataré a su hijo: le robaré el corazón: la apartaré de los hombres: se arrastrará como una ramera marginada y despreciada por las calles húmedas del crepúsculo y morirá transida de hambre y frío. ¡Pero que realce su

orgullo! ¡Que me siga en mi camino! ¡Que cultive la obra de la maldad! ¡Que asesine su corazón! ¡Que sea grosera y adúltera! ¡Que se cubra con joyas y ricos vestidos, y que sea desvergonzada ante todos los hombres! Entonces la elevaré a los pináculos del poder: engendraré en ella un hijo más poderoso que todos los reyes de la tierra. La colmaré de alegría: porque estoy dividido por el bien del amor, por el azar de la unión. Porque el puro deseo, carente de propósito y desprovisto de la lujuria del resultado, es perfecto en todos los sentidos. —Se serenó durante unos momentos y después comenzó de nuevo—: Las pruebas, que supervisarás tú mismo, sólo salvan a los ciegos. No rechaces a nadie, pero reconocerás y destruirás a los traidores. Yo soy Ra-Hoor-Khuit; y tengo poder para proteger a mi siervo. El éxito es lo que te probará; no discutas; no conviertas; no hables demasiado. A aquellos que buscan atraparte, derribarte, atácalos sin compasión ni cuartel; y destrúyelos completamente. ¡Revuélvete y golpea con la rapidez de una serpiente pisoteada! ¡Sé más mortífero que ellos! ¡Arrastra sus almas hasta un tormento horrible: ríete de su miedo: escupe sobre ellos!

Su voz se calmó y la joven quedó en silencio. Al cabo de un rato Holmes se dirigió a ella:

—¡Leila! ¡Vuelva a hablar!

Pero ella seguía en silencio, con los ojos cerrados.

—¡Vuelva a hablar! ¡Se lo ordeno!

Entonces se revolvió un poco en la silla, pero sus párpados seguían cerrados y sus labios apretados.

—Reniego de usted —dijo Holmes con una voz profunda—. En nombre de los altos poderes ¡hable!

—El estudio del Libro está prohibido —dijo entonces—. Es aconsejable destruir este ejemplar después de la primera lectura —añadió antes de volver a quedar en silencio.

—¡En nombre del demonio —gritó Holmes—, continúe!

Volvió a hablar.

—Todo aquél que olvide esto lo hace bajo su responsabilidad y riesgo, y éste es de lo más horrendo.

Una vez más, volvió a caer en el silencio.

—¿Quiere que pronuncie su nombre? —dijo Holmes—. ¿Quiere que lo diga en voz alta para que todo el mundo lo oiga?

—Los que discuten el contenido de este Libro serán repudiados por todos, como focos pestilentes —fue su respuesta—. El estudio de este Libro está prohibido. Es aconsejable destruir este ejemplar después de la primera lectura.

No tenía ni idea de lo que aquella extraordinaria representación podía significar^[18], y hasta Holmes se quedó sentado sin decir una palabra durante unos minutos. Al rato Leila abrió los ojos y sacudió la cabeza con energía. Parecía muy contenta de sí misma.

—Bueno, ¿qué tal he estado? ¿He dicho algo interesante?

—Ha sido usted de lo más útil, Leila. Casi hemos terminado. Dígame, ¿ha visto usted a Crowley últimamente?

—¿Últimamente? Sí, claro. Le vi ayer.

—¿Ayer? ¿Y qué hacía?

—Se estaba preparando para una gran maniobra. Pero no la va a llevar a cabo aquí en Londres, y no me necesita. Se va de viaje.

—¿Sabe adonde?

—No. No lo dijo. Nunca lo hace.

—¿Y sabe él que ha venido usted a verme?

—Oh, sí. De hecho, me dio un mensaje para usted. Ni que decir tiene que es un poco extraño. Veamos, ¿cómo era?

Holmes reprimió una mirada de disgusto.

—Sería de lo más interesante, querida Leila. Y además está en juego su recompensa.

—Oh, ahora lo recuerdo perfectamente. Era: «Si desea encontrarme, búsqume en Rabelais». Eso es todo.

—Muy bien, Leila —dijo Holmes—. Ya puede marcharse.

—De acuerdo. ¿Cuándo quiere que nos volvamos a ver? ¿Mañana por la noche en su casa?

—No será necesario. Creo que ya sé todo lo que hay que saber.

La joven se puso en pie de repente y clavó su mirada en Holmes, al tiempo que agitaba su bolso de lentejuelas de un modo amenazador.

—Todos ustedes son iguales. ¿Dónde está mi recompensa? ¿Qué era todo aquello de las diez guineas?

—Las diez guineas eran por los servicios correspondientes pero todavía no prestados —observó Holmes—. Aunque creo que este paquete cubrirá la ayuda ofrecida esta tarde —añadió entregándole un pequeño sobre marrón.

Leila lo abrió y con un hábil movimiento se lo llevó a la nariz.

—Muy bien, señor Holmes. Después de todo es usted un tipo correcto. Ha sido un placer. Ya sabe dónde encontrarme si me necesita otra vez.

Una vez que se hubo marchado, Holmes se quedó sentado en silencio.

—Parece que el caso ha tomado un cariz peligroso —dijo por fin—. Leila Waddell nos ha proporcionado alguna información útil, y deberíamos actuar a partir de ella. El hecho de que Crowley se marche de Londres es inquietante. Quiere decir que vigilarle y controlarle será más difícil aún.

—Sí, y esa gran maniobra que va a emprender, ¿qué puede significar? Si supiéramos algo más de su círculo de cómplices. Keynes estuvo una vez relacionado con él, pero sus disputas sobre los repartos de droga demuestran que han roto esas relaciones, y nuestra carrera detrás de la aparición de Keynes confirma que Crowley desea arrojar falsas sospechas sobre él.

—Puede que lleve usted razón, Watson. En cualquier caso, hace bien en recordar que deberíamos pensar en los otros miembros del círculo. Me pregunto dónde estará Wittgenstein ahora. Crowley habló de hacer un viaje con él algún día y creo que ese hombre es más profundo de lo que sugiere su extraño comportamiento.

—No deberíamos olvidar a Whitehead —dije yo—. Se ha opuesto a nosotros desde el principio.

—Por no mencionar al propio Russell —añadió Holmes—. ¿Acaso no es él nuestro último candidato? Con todo su altruismo pacifista y su pureza intelectual, es el ejemplar perfecto de humanidad educada en todos los aspectos menos en el físico. ¿Detrás de qué mejor máscara podría un genio diabólico haber escogido esconderse?

La broma de Holmes fue interrumpida por una suave risa a mi lado. Era Keynes. Llevaba traje de etiqueta, sombrero de copa y bastón de punta dorada en la mano. Parecía haber acabado de tomar una cena ligera y debía de dirigirse a algún espectáculo.

—Qué mejor máscara, es cierto —dijo—. Pero tal vez les gustaría comprobarlo por ustedes mismos, caballeros.

Holmes se había puesto ya en pie y yo me apresuré a seguirle.

—Pero ¿adonde vamos? —pregunté mientras las figuras de Holmes y Keynes se alejaban.

—A la prisión de Ludgate —dijo Keynes—. Nuestro amigo Russell ha sido detenido.

18 — Russell en prisión

LA celda de Russell parecía bastante confortable. Había una silla y una mesa con libros, papeles y útiles de escribir. Cuando el carcelero echó el cerrojo de la puerta y se marchó, nos sentamos en un catre metálico.

—Estas comodidades se las debo a la amabilidad de Lord Balfour, jefe del Departamento de Asuntos Exteriores —comentó Russell haciendo un movimiento con la mano—. En cuanto al resto, es bastante menos desagradable que los meses que pasé en el colegio tutorial antes de ir a la universidad.

—¿Pero por qué le han detenido? —pregunté—. ¿Han decidido que es usted el asesino de Ramanujan?

—Nada tan importante como eso —dijo Russell—. No, estoy aquí por haber expresado opiniones en reuniones políticas y por escrito. Propuse que una huelga de los trabajadores de las fábricas de municiones sería el medio más moral y efectivo de impedir esta guerra autodestructiva. Estas opiniones han sido consideradas subversivas a la luz de la Ley de Defensa del Reino, que ha primado sobre la tradición británica de libertad de expresión y prensa.

—Es lamentable —dijo Keynes—, aunque muy parecido al hecho de gritar «fuego» en un teatro abarrotado.

—Oh —exclamó Russell—, yo creí que era como gritar «agua» en uno que estuviera ardiendo.

—Usted mencionó una vez la importancia de sus intuiciones —dijo Holmes—. ¿Ha tenido tales sentimientos últimamente, especialmente aquellos que citó cuando nos llamó en relación a Wittgenstein?

—He estado demasiado ocupado la mayor parte del tiempo como para tener ideas de ningún tipo —dijo Russell—. Wittgenstein no ha regresado y no he oído nada de lo que haya podido sucederle. Me temo que quizá tenga la intención de alistarse en el ejército austríaco cuando se produzca el inicio de las hostilidades. Pero ¿ha conseguido usted hacer algunos progresos en relación a este asunto, Holmes?

—He estado nadando en aguas turbias —contestó Holmes—. Pero creo que ya empieza a haber algunas cosas claras. Por eso le he preguntado si había sentido que algo le afectaba desde el exterior.

—Confieso que antes de venir aquí me sentí como si hubiera estado luchando contra una fuerza irresistible que agotaba mis energías. Pero le he dado una interpretación exclusivamente política. Parece que no hay nada que iguale el ímpetu de la moderna máquina de guerra, y sus engranajes comienzan a girar mucho antes de que se produzca el acontecimiento. Aunque sospecho que usted se refiere a algo más personal y de naturaleza psíquica.

—Me refiero en un sentido completamente empírico, sin interpretaciones. Los

estados subjetivos parecen ser esenciales en este asunto.

—En tal caso, he de decirle que he estado triste y deprimido desde la última vez que le vi, especialmente unos pocos días antes de mi detención. Mis sueños han sido perturbados por seres informes que asomaban sus garras desde más allá de la nada. Algo me ha estado hostigando, si usted lo prefiere. Pero ya no puede hacerlo por más tiempo. He sufrido una repentina transformación de ese sentimiento al verme entre estas paredes. Tengo todo lo que deseo. Aquí no hay obligaciones ni interrupciones. Y ahora espero poder escribir un libro sobre filosofía matemática que, debido a mis actividades políticas, lleva mucho tiempo postergado.

—Realmente parece bien instalado —comentó Keynes—. Y el mundo, cuando usted salga, sacará el provecho de otra obra perdurable, en lugar de esos efímeros panfletos sobre una causa perdida.

—Por una vez he de admitir que lleva usted razón en eso —señaló Russell—. Tal y como están las cosas, preferiría quedarme aquí que salir a lo que llaman el gran mundo. El nivel moral de los prisioneros no es ni mucho menos inferior al de fuera, aunque el intelectual es un poco más bajo, como demuestra el hecho de que se hayan dejado atrapar. Además, aquí hay diversiones improvisadas. Cuando me iban a adjudicar la celda, el carcelero de la entrada se interesó por mi religión. Yo le dije que era ateo. Entonces me preguntó que cómo se deletreaba eso y comentó que suponía que había muchas religiones, pero que todas ellas adoraban al mismo Dios.

Keynes y yo no pudimos evitar reírnos, y hasta Holmes sonrió.

—Cuidado, caballeros, por favor —dijo Russell—. Esta misma tarde solté una carcajada mientras leía un libro de Lytton Strachey y el carcelero vino y me recordó en tono severo que éste era un lugar de castigo.

—Le dejamos en buenas manos —dijo Holmes—. Permítame que le haga una pregunta antes de partir. Quisiera saber algo sobre Rabelais.

—Es un gran filósofo y humorista francés —explicó Keynes—. ¿No ha leído usted Gargantúa y Pantagruel?

—No —dijo Holmes.

—Entonces le recomiendo el capítulo sobre la reconstrucción de las murallas de París —añadió Keynes—. El material que propusieron utilizar es digno del propio Aleister Crowley.

—¿Hay alguna referencia en él —preguntó Holmes— a un lema como «Haz lo que desees»?

—Eso está en otra parte del libro —dijo Russell—. «Haz lo que desees» aparece como el lema de la Abadía de Thelema, que es para Rabelais la institución perfecta de aprendizaje y culto. Contiene el ideal renacentista de todas las artes y placeres terrenales y espirituales. Y el nombre de Thelema, claro, en griego quiere decir «voluntad, deseo».

Después de esto nos despedimos. De camino a Baker Street, Holmes se detuvo en una oficina de telégrafos y envió un gran número de telegramas. Parecía absorto en

sus pensamientos, pues no hizo ningún esfuerzo por explicarse.

Casi habíamos llegado a nuestra casa cuando Holmes, de repente, cambió de idea y detuvo un coche para ir a Avenue Road. No quiso contestar a mis preguntas y se quedó allí sentado, en actitud de profunda melancolía.

La Sociedad Teosófica estaba casi vacía aquella tarde, pues no había conferencias programadas. Sin embargo todas las luces estaban encendidas y la puerta principal permanecía abierta. Las habitaciones delanteras estaban desiertas pero, a través de la puerta que conducía al despacho de la señorita Besant, vimos que en su interior se había reunido una multitud. El joven de los anteojos, el reverendo Leadbeater, y otros íntimos de la organización estaban por allí de pie, con aspecto consternado porque, apoyada contra la estatua de la diosa felina, había una figura sentada con las piernas cruzadas en una postura rígida. Era una mujer de edad avanzada, con el pelo de color rojo, y estaba muerta.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Holmes—. ¿Dónde está la señorita Besant?

—La señorita Besant ha partido hacia un reino más elevado —explicó el reverendo Leadbeater—, dejándonos su envoltura exterior.

—¿Esta anciana dama? La señorita Besant era treinta años más joven.

—La señorita Besant nació en 1845 —dijo el reverendo—. Por lo tanto tenía casi sesenta y nueve años. Fue su enorme vitalidad espiritual, constantemente alimentada por su comunión con el Otro Lado, la que le daba una notable apariencia juvenil. Y ha sido mientras estaba comulgando esta noche, sola en su despacho, cuando ha abandonado completamente esta esfera kármica, dejando que su cuerpo se entregue a los estragos del tiempo.

—¿Cuándo se la vio con vida por última vez?

—Esta tarde, a las siete y media. Se retiró a su despacho diciendo que quería meditar en soledad y que creía que eso sería beneficioso para sus amigos. Mencionó al señor Russell en particular, y a los que trabajan a su lado.

—¡Increíble! —exclamé—. A la misma hora en que estábamos sentados en el Soho interrogando al asistente mágico de Crowley. ¿Puede esto también ser obra de Crowley?

—Sin duda —observó Holmes—. Fíjese en eso —dijo señalando el rincón en donde había estado el gramófono, que ahora no emitía ningún eco burlón, sino que yacía destrozado en el suelo.

—Un espíritu como el de la señorita Besant no abandona su cuerpo sin liberar algo de energía —dijo el reverendo Leadbeater—. Hace media hora oímos un estruendo, y al venir aquí encontramos que el gramófono estaba en el suelo y que el espíritu de la señorita Besant se había marchado. No es nada extraño; puede usted leer sobre casos similares en mi libro *La Vida después de la Muerte*^[19]. Y obviamente, este será un magnífico ejemplo para mi obra actual, el segundo volumen de *El Lado Oculto de las Cosas*^[20].

—No lo dudo —dijo Holmes—. Dígame, Watson: ¿puede su ojo clínico descubrir

algún otro signo?

—No —informé después de examinar el cuerpo—. Parece ser que una mujer de unos setenta años ha fallecido después de haber realizado un esfuerzo excesivo para su edad.

Nos despedimos del reverendo Leadbeater, a quien dejamos bastante entusiasmado con la posibilidad de entrar en contacto con el espíritu de la señorita Besant en una sesión de espiritismo, y volvimos a casa sin decir una palabra.

—Ahora no podemos hacer otra cosa que esperar —observó Holmes instalándose silenciosamente en su sillón con su pipa.

A la mañana siguiente Holmes seguía allí sentado. Un gran número de telegramas se amontonaba sobre la mesa, y en aquel momento un mensajero traía más. Holmes los examinó con gesto ceñudo.

—Crowley no está en Boleskin —dijo—, y al parecer no se le espera, porque la casa está cerrada. Y el inspector Clouzot telegrafía diciendo que Crowley no está en París.

—Podría estar en cualquier parte del mundo —dije yo—. Conoce Méjico, los Estados Unidos, la India, China, Rusia, el Norte de África. Es decir, en cualquier sitio.

—Pero no se iría tan lejos —dijo Holmes—. Creo que su gran conspiración está llegando al clímax. Por eso hace todo lo posible para que no le molesten. Pero no le gustaría estar demasiado lejos de sus víctimas. La telepatía, después de todo, es un proceso finito, limitado en el espacio. Si estoy en lo cierto, sus objetivos son las mentes de todos los grandes intelectuales, y eso significa que debe permanecer en Europa. Mire esto, Watson —dijo entregándome un montón de telegramas.

Estaban fechados en Berlín, París, Zurich, Heidelberg, Copenhague, entre otros lugares.

—¡Asombroso! —exclamé—. Einstein ha caído recientemente en un estado de estupor, Niels Bohr da cabezadas, Poincaré sufre un ataque, Bergson no habla. Max Weber lleva días en la ventana de su habitación del hotel, con la mirada pérdida, y Marcel Proust se ha encerrado en una habitación forrada de corcho y se niega a salir.

—Y Russell está en la cárcel, Watson. Su mente es demasiado fuerte para que Crowley la controle, pero le ha neutralizado, al menos mientras duren las hostilidades.

—Esto parece muy serio, Holmes. Debemos encontrar a Crowley enseguida.

—Hemos de proceder con lógica, Watson. ¿Adónde iría Crowley? Debe quedarse en Europa, eso está claro. En las actuales circunstancias no iría a Alemania, a Rusia o al Este. Está trabajando sobre las mentes de los intelectuales, por lo que hemos de suponer que se comportará como uno de ellos. ¿Y adonde van los intelectuales? Un lugar perdido en Suiza estaría bien, o si no, para inspirarse espiritualmente, Italia. Y por supuesto, el sur de Francia. Por el contrario, no creo que España encajara ahora en sus intereses intelectuales. Y en Suiza y en Francia sería muy fácil de localizar.

Sus sistemas policiales son admirables y difíciles de corromper. No, creo que debemos deducir que se encuentra cerca del Mediterráneo, cuánto más al sur, mejor; es decir, en Calabria o Sicilia. Por tanto sólo nos queda investigar los círculos subterráneos de esos lugares.

—¿A qué se refiere usted cuando dice subterráneo? —pregunté.

—Me refiero tanto al aspecto criminal como al ocultista, Watson. Nápoles fue en un tiempo el centro de los estudios sobre ocultismo por su proximidad con el mundo árabe, y Sicilia y todo el sur de Italia está recorrido por una enorme trama criminal. Creo que un telegrama a mi amigo Lazaretti de Nápoles, acompañado de la promesa de una buena cantidad de dinero, nos proporcionará la información que necesitamos. Debemos darle un objetivo para su búsqueda y pienso que el nombre de la Abadía de Thelema servirá.

Entonces llamó a la señora Hudson, le pidió que le trajera un impreso para poner el telegrama y nos dispusimos a esperar de nuevo.

Aquella misma tarde llegó la respuesta. Holmes la leyó rápidamente y se puso en pie.

—Vamos, Watson. No hay tiempo que perder. Traiga su revólver.

—Con mucho gusto —exclamé—. ¿Adónde vamos, Holmes?

—A un pueblo llamado Cefalú, en Sicilia. Y una vez allí, a la Abadía de Thelema, donde está Crowley.

19 — Confrontación de los magos

RODAMOS por Europa en varios trenes. Ningún Phineas Fogg llevado por una apuesta podría haber viajado más rápida e incómodamente, ni de un modo más callado y austero de lo que lo hicimos Holmes y yo. Calais, Paris, Lyon, Milán, Roma, Nápoles, Palermo..., las estaciones se sucedían en medio del traqueteo.

Por fin, un coche de caballos, alquilado en el pueblo costero de Cefalú, nos dejó en un claro, junto a una vieja pared de estuco que había en la ladera de una colina, a las afueras del pueblo. El cochero se negó a llevarnos más lejos y Holmes y yo comenzamos a andar lo más deprisa que pudimos por una vieja calzada de piedra. El aire era cálido y húmedo, pero la tarde empezaba a caer y unos negros nubarrones prometían el alivio de la lluvia.

Enseguida tuvimos la Abadía a la vista. Era un sencillo y alargado edificio de piedra color crema, con estrechas ventanas elegantemente redondeadas en la parte superior y situadas en lo alto de los muros. En el extremo más alejado del edificio se elevaba una torre circular con defensas almenadas sobre un acantilado.

Atravesamos un jardín de cipreses y limoneros sin ver un alma. En un momento oí un crujido en unos arbustos y una risa disimulada parecida al sonido que hacen los faisanes medio locos. Después subimos en silencio por la escalinata de piedra. Las grandes puertas de madera estaban abiertas y penetramos en el interior. Allí, en el vestíbulo, estaba Aleister Crowley.

—No puedo decir que me alegre de verles, caballeros —comentó. Llevaba una sencilla túnica blanca y un turbante que envolvía su rapada cabeza—. Han venido ustedes en el momento más inoportuno. Pero puede que sea para bien. Tal vez se trate de una nueva prueba para nosotros, señor Holmes, que nos conduzca a asuntos más elevados.

Dio la vuelta y nos indicó que le siguiéramos a través del gran vestíbulo. El techo era alto y diáfano, y los muros completamente rasos, con excepción de las delgadas nervaduras de piedra de los arcos que soportaban la bóveda. El piso estaba cubierto con un mosaico de teselas de color azul, blanco y oro. El efecto era de frescura y claridad. De trecho en trecho nos encontrábamos una alfombrilla para los rezos extendida sobre el suelo, y varias mesas bajas, cada una de ellas con un cáliz de plata. Holmes se detuvo y cogió uno en sus manos. Estaba lleno de un polvo blanco y brillante.

—Cocaína ¿verdad? —dijo Holmes.

—La dejo a la vista para que los visitantes de la Abadía aprendan a moderarse —explicó Crowley—. Tome la que quiera. Pero recuerde que un gramo en estado puro puede resultar fatal. Aunque no para usted, claro. Su capacidad es superior, Holmes.

Crowley sonrió y continuó hablando.

—Aquí, en la Abadía de Thelema hay una sola regla: Haz lo que desees. No hay restricciones externas. Puede usted tomar todo lo que quiera. Toda clase de alimentos, perfumes, drogas, bebidas, pociones..., todas están aquí. Y también todos los placeres de la carne, ninguno prohibido. Tengo medios para proporcionarle cualquier música que desee escuchar, cualquier decoración o vista que desee contemplar y cualquier entretenimiento o juego que desee practicar, sea infantil, dramático o intelectual.

—¿Y todo eso en estas salas vacías? —preguntó Holmes.

—Mi casa tiene muchas estancias —dijo Crowley—. Algunas aquí, en forma material; otras se manifiestan como representaciones en el teatro de la mente. Los cinco sentidos son sólo avenidas que conducen al cerebro, como usted sabe, y se pueden obtener resultados manipulándolo directamente... A veces es conveniente hacerlo. Pero todo esto son sólo los medios, no el fin. El fin es descubrir tu auténtica voluntad y no perderse en caprichos insignificantes. El ascetismo no es la solución. Privarse de la carne sólo le hace a uno sentir más hambre y se termina manteniendo una interminable batalla con uno mismo. Yo tengo un método más inteligente: conquistar la carne entregándose a ella, integrar el cuerpo y el alma satisfaciendo racionalmente cada deseo, siendo consciente siempre del resultado, hasta que la voluntad más noble se hace evidente.

Habíamos llegado a una habitación circular al final del vestíbulo. Al fondo, una escalera circular conducía a la parte superior de la torre, y junto a ella colgaba un tapiz que mostraba el conocido emblema de Crowley:



Sobre las paredes, y colocados a intervalos, había unos espejos enormes, seis en total, que rodeaban la habitación y se reflejaban unos en otros hasta el infinito. En el suelo había una piel de cordero blanca que hacía de alfombra, y de la cúpula central colgaba un gran candelabro de muchos brazos con cirios que ardían en la media luz de la habitación.

En el centro de la pieza se elevaba un estrado y, sobre él, un trípode que sostenía un caldero de cobre, y un altar de mármol blanco, encima del cual había algo cubierto con un paño azul.

—Da la impresión de que hemos interrumpido sus prácticas —dijo Holmes.

—Han interrumpido una Gran Obra —observó Crowley—. Requiere muchos meses de concentración ininterrumpida, y, por tanto, tiene como resultado poderes de consecuencias extremas. Los efectos de suspender el trabajo antes de completarlo pueden ser espantosos.

—Sin embargo, usted sólo lleva aquí unos cuantos días. ¿O es que puede

conseguir ese estado de concentración mientras viaja?

—Las molestias de viajar están en los nervios tensos de los inexpertos —comentó Crowley—. Yo llevo desarrollando un *crescendo* de poder desde hace varias semanas. Usted ya ha probado sus efectos, señor Holmes, o de lo contrario no hubiera venido. No me molestaré en preguntarle cómo me ha encontrado. Eso demuestra una vez más su gran inteligencia, y la inteligencia es esencial en esta Obra. Así que me consideraré afortunado por haber sido interrumpido en medio de mi más grande operación, si eso significa que podré contar con un nuevo colaborador, el propio Sherlock Holmes.

—Preferiría no unirme a algo cuyo verdadero propósito sigue siendo un misterio —dijo Holmes—. Le ruego que se explique.

—Hay muchas cosas que no se pueden decir por adelantado. A mí no me las dijeron cuando fui iniciado. Las más importantes hay que aprenderlas por propia experiencia. Pero nuestras mentes son gemelas, Holmes, la suya y la mía. Compartiré con usted lo que sé. Cuando comprenda lo que hay en juego se unirá a mí, estoy seguro.

Holmes hizo un gesto con las palmas de las manos hacia arriba y esperó.

—Estamos entrando en una nueva Era —continuó Crowley—. Esto me fue revelado hace algunos años, en el Cairo. Por supuesto, no soy el primero en advertir que el viejo orden está agonizando, pero son pocos los que han tenido esa visión de futuro. Los viejos dioses están expirando, es evidente: Jehová, Alá, y todos los demás. Hasta el momento nuestros pensadores sólo han advertido la desintegración, el desmoronamiento de códigos morales manidos, el desprecio popular por la superstición y las tradiciones que ya no encierran ningún significado. Algunos consideran espantoso el hecho de que ya no creamos en nada más que en las corruptas ambiciones de dinero y poder, y en el retumbar de las máquinas sin vida. No se dan cuenta de que la vieja Era debe morir para que la nueva pueda nacer, o de que todo esto ya ocurrió antes.

»Cada Era, cuando es joven y fuerte, adopta la forma de una nueva religión. En épocas antiguas, cuando los hombres vivían en tribus en torno a pequeñas parcelas de tierra trabajadas por mujeres, la religión rendía culto a la Madre. Después esa religión desapareció y fue sustituida por la edad de la espada; junto a ella surgió la fuerza y la disciplina de los reyes y las religiones del Padre. Esta es la época que ahora está agonizando. Con ella está desapareciendo el código moral de la disciplina de hierro del grupo, con su jerarquía de amo y esclavo, y su orden interior de conciencia y culpa. Este orden se está desmoronando, y los que sólo miran hacia el pasado creen que están desapareciendo todas las ideas morales. Pero están equivocados. No saben que son testigos de los dolores de parto de una nueva Era, la Era del Hijo. Y me ha correspondido a mí proclamar su nueva religión.

»¿A qué rinde culto la nueva Era? ¿Cuál es su código moral? La Madre fue atenta; el Padre, severo. ¿Cómo es el Hijo? Es espontáneo y juguetón. Es la voluntad

sin trabas, que se encuentra a sí misma sin restricciones, salvo las de su propia naturaleza. “Haz lo que desees” ha de ser su ley, una ley severa por derecho propio, pero esa es la única ley.

»¿Cómo, entonces, hemos de atravesar con paso firme este momento crítico de la historia del mundo? ¿Podemos evitar los golpes de la rueda mientras gira en una nueva dirección? Podemos, pero sólo concentrando todos los poderes de lo nuevo y reduciendo al máximo la energía de lo viejo. Por eso he cultivado las mayores mentes de nuestros días. A algunas las he invitado en persona. A otras, he podido visitarlas en espíritu a medida que mis poderes han ido aumentando. Y con cada aumento del poder mental, mi concentración se hace cada vez más poderosa y puedo atraer más y más. Así que fíjese usted en la importancia de esta Gran Obra, Holmes. A través de ella puedo cambiar, podemos cambiar, el mundo.

—Así que es eso, Crowley. Le pide a los más grandes hombres sus poderes mentales, y si no se los dan libremente, usted los toma. ¿No es eso una especie de vampirismo psíquico?

—Hasta ahora soy el único que vive plenamente en la Era del Hijo —dijo Crowley—. Recuerde que un niño es generoso, pero también egoísta. Son sólo los impulsos espontáneos los que cuentan. Y si esto es vampirismo, es el auténtico vampirismo, el ideal espiritual que hay detrás del mito vulgar.

—Esos son sus fines —dijo Holmes—. ¿Cuáles son sus medios? Para ser la Era del Hijo, parecen estar muy centrados en torno a las mujeres.

—Ciertamente, la mujer es esencial —señaló Crowley—. Pero no es la Madre. Es Shakti, la fuerza erótica, el emblema más cercano y el origen de la voluntad primitiva que el Hijo manifiesta por naturaleza.

—Ya veo —dijo Holmes con una mirada de desagrado—. Y por ese motivo sus ritos han de ser necesariamente eróticos.

—Es la única manera de absorber la sustancia vital en su forma pura. Este es el secreto más celosamente guardado en los ritos, Holmes, excepto los nombres reales de invocación, pero se lo desvelo en señal de confianza. En el acto de la copulación, como usted sabe, la hembra segrega diversos fluidos. Catorce de ellos son conocidos por la ciencia, pero son el decimoquinto y decimosexto los que tienen poderes vitales. Quien puede estimular a una hembra hasta ese límite y es capaz de absorber esas secreciones finales, ha introducido en sí mismo la quintaesencia de la quintaesencia, la propia energía vital. Un hombre así desarrolla unos poderes psíquicos que el mundo rara vez ha visto.

—Tales poderes pueden ser fácilmente empleados para provocar infortunios —dijo Holmes—. ¿Ha olvidado usted tan pronto cómo los volvió contra Srinivasa Ramanujan?

—Su juicio es precipitado —dijo Crowley—. Ramanujan murió a causa de una tortuosa resistencia a sus propios impulsos, no por mi voluntad. Una vez establecido, el lazo entre maestro y chela no es fácil de romper. Medite bien esto, Holmes. Una

vez que las voluntades se entrelazan, uno se convierte en algo más que uno mismo. Ese es el significado de la imagen poética en la que uno convoca a un demonio y se convierte en su esclavo.

—Esa fue su justificación para atacar a su antiguo socio, John Maynard Keynes, supongo. Y a la señorita Besant, ¿no la mató usted también?

—Keynes no fue socio mío más que en un sentido financiero. Se volvió contra mí una vez que aprendió cómo se dirige un negocio de drogas. No tenía ningún sentido de su valor espiritual. Incluso intentó interferir en mi relación con Wittgenstein, adulterando su dosis y apartándolo poco a poco y de un modo mecánico de la droga. No conozco las razones que le movieron a hacer tal cosa, pero tienen algo que ver con su vanidad intelectual en relación con la universidad. En cuanto a la señorita Besant, era una estúpida. Abrió los canales ocultos, pero no quiso admitir las fuerzas auténticas que yacían en el fondo de sus sentimientos amorosos, las fuerzas eróticas verdaderas que ahora están llegando al mundo en la Era del Hijo. Más de una vez supuso un obstáculo en ese canal, y por eso la maté.

—Parece querer elevarse por encima del mundo y tener a los demás a sus pies —dijo Holmes—. En sus manos, el poder es peligroso.

—Tonterías —dijo Crowley—. Deseo liberar las energías del mundo. Yo no quiero ser un rey solitario, sino una estrella en un firmamento universal. Cada hombre y cada mujer es una estrella: eso dice el Libro de la Ley, y realizar eso es mi objetivo inexorable.

—Quizá por eso anhela usted tanto este momento. Pero para un observador desapasionado su forma de vida resultaría diferente.

—Piense en lo que le estoy ofreciendo, Holmes. Con su talento, usted podría compartir toda la grandeza que alcance. No hay límites fijados. ¡Eche a andar y veremos hasta dónde puede llegar!

—Ya es suficiente —dijo Holmes—. No he venido a unirme a usted, sino a entregarle a la justicia.

—Muy bien —dijo Crowley—. Hemos llegado al límite de las palabras y, en su caso, querido Holmes, también al límite de la persuasión psíquica. A veces se ha dicho, y con razón, que el argumento más convincente sale del cañón de una pistola.

La tarde se había tornado en noche en el exterior de las altas ventanas de la Abadía de Thelema. Permanecimos los tres en silencio, y hasta esa calma llegaba el sonido del viento, de la lluvia y del fuerte golpear del agua contra las rocas. De pronto la lluvia arreció y empezó a caer a cántaros. Un tremendo trueno hizo temblar el edificio, y con él vino un relámpago. Cuando el resplandor desapareció de nuestra vista, nos dimos cuenta de que Crowley tenía algo entre las manos. Era una escopeta de gran calibre, de cazar elefantes, y sus cañones apuntaban hacia mí.

—Sé que el doctor Watson tiene un revólver en el bolsillo —dijo—, y que usted, señor Holmes, no lleva arma alguna. ¿Le apetece especular sobre nuestras respectivas capacidades para descargar nuestras armas con efectividad?

—Le aseguro —dijo Holmes— que si dispara el primer cañón contra Watson estará muerto antes de disparar el segundo. Hay más de un arte marcial, como supongo que usted sabrá.

—Puede que tenga usted razón —dijo Crowley—, y puede que no. Se trata de una apuesta interesante. Una vez maté desde muy cerca a un tigre de Bengala y a su compañera, a los que sorprendí en un lugar donde no tenían otra salida que por encima de mí. Pero tal vez no sea éste, momento de recuerdos. Usted, Holmes, me aconsejaría que le disparara primero y probara después fortuna con el más lento, charlatán y dudoso objetivo que es Watson.

—¡Ya verá, Crowley! —exclamé—. Tendrá usted oportunidad de lamentar ese comentario.

—Supongo, querido doctor, que no querrá usted decir en mi próxima encarnación —dijo Crowley sonriendo maliciosamente—. Pero volvamos a una discusión más seria. Creo que la forma más correcta de proceder en mi caso, querido Holmes, sería mantener la escopeta apuntada hacia su amigo y apostar mi vida contra la suya, por citar las mejores condiciones desde su punto de vista. ¿Cuál es su opinión, caballero? ¿O prefiere que le haga otra apuesta?

Holmes permaneció en silencio.

—Es la siguiente: encerraré a Watson bajo vigilancia en un lugar construido hace tiempo en este edificio, cuando los restos de la nobleza siciliana mantenían una resistencia secreta frente al invasor aragonés. Se trata de una habitación cuyo suelo puede abrirse de repente, haciendo que su ocupante se precipite contra las rocas que hay debajo. Creo que ya sabe cómo está situado este edificio, y supongo que preferirá no dudar de mi palabra en este aspecto. Watson será confinado en ese lugar, bajo mi estricta vigilancia, como rehén, mientras usted cumple ciertas condiciones.

—¿Y cuáles son?

—No le voy a pedir que se una a mí definitivamente, Holmes, ni creo que un mero intercambio de promesas sea suficiente para hombres de nuestra inteligencia. Sólo deseo establecer ciertas condiciones formales, que sin embargo han de ser suficientemente comprometedoras. Le pediré, Holmes, que soporte la inyección de una droga que he elaborado y tome parte, bajo su influencia, en cierta ceremonia. Es un proceso prolongado, e invoca a espíritus tan poderosos que no dudo que, con la receptividad apropiada, un participante pueda ser consciente de sus llamadas alguna otra vez. Ya ve que no le exijo nada más, Holmes. Simplemente ha de experimentar la realidad de las fuerzas que yo he conocido. La primera vez me encontré con ellas por casualidad y, como usted comprobará, ahora soy su agente permanente. Y usted también lo será, Holmes: ¡un agente terrenal del espíritu que anima la Era de los próximos dos mil años!

—No quise aceptar su oferta voluntariamente —dijo Holmes—. ¿Por qué cree que su droga conseguirá que lo haga?

—No preguntaría eso si conociera la droga —contestó Crowley—. No se parece a

la cocaína, y el hachís no se puede comparar con su lucidez. No, se lo aseguro, es una experiencia transcendental en sí misma. Cualquier cosa que le ocurra bajo su influencia es magnificada miles de veces. Se dará cuenta de que el universo es una creación de su mente, y, con la dosis que he preparado, verá la luz blanca que una vez recibió el nombre de Dios. Más aún, estoy seguro de ello. Una vez que atraviese esa puerta, nunca querrá regresar. Es todo lo que le pido, Holmes. Una inyección bastará. Cuando la ceremonia haya terminado, Watson será liberado.

Con un movimiento de la mano que le quedaba libre, Crowley retiró el paño que había sobre el altar. Allí había una jeringuilla de cristal con una aguja de plata y un pequeño émbolo. Contenía una dosis insignificante de un líquido de color claro.

—Qué lejos está usted de las cumbres místicas —dijo Holmes en tono burlón—. El suyo es en realidad un paraíso artificial, Crowley. Los viejos sabios y maestros se elevaron por encima de esas cosas mundanas.

—No me obligue a rebajar el concepto que tengo de usted al mostrar tal ignorancia —comentó Crowley—. Seguramente ha oído hablar de la piedra filosofal, en cuya búsqueda tantos tesoros se despilfarraron. No era meramente, como suponía el vulgo, un artefacto para transformar el plomo en oro. Transformaba las impurezas del cuerpo y de la mente humanos en la clara luz cristalina del deseo realizado. De eso tratan las artes mágicas, amigo mío. No nos llevan únicamente de la tierra al cielo, sino que consiguen que el cielo descienda a la tierra. Nos permiten descubrir que ambos son un todo. Mente y materia, cuerpo y alma, luz y oscuridad, son una misma cosa. En el nivel más alto, esta aguja es idéntica a la energía del espacio cósmico.

—Muy bien —dijo Holmes—. Acepto su apuesta. Dígame, ¿tarda mucho su droga en producir efecto?

—Inyectada en el fluido sanguíneo, o debajo de la piel, es prácticamente instantánea. Es con mucho la droga más poderosa que la humanidad ha conocido.

—¿Y cuándo empezaremos?

—Tan pronto como Watson haya entregado su revólver —dijo Crowley apuntando el rifle hacia mí de un modo significativo—. Por el momento, todavía seguimos en el terreno de las contingencias más vulgares.

—Haga lo que dice, Watson —dijo Holmes.

Miré a Holmes en busca de alguna otra señal, pero su rostro permaneció impassible. Entonces saqué el revólver del bolsillo y lo tiré al suelo. Con un hábil movimiento, Crowley lo cogió con la mano que tenía libre y lo arrojó por una ventana que daba al mar.

—Ahora, si es usted tan amable de dar un paso hacia mi izquierda, doctor Watson —dijo señalando hacia el rincón formado por un entrante de la puerta que daba al gran vestíbulo para que me situara entre una esquina del muro y el estrado sobre el que estaba el altar.

—Ahora puedo prescindir de esta incómoda arma —continuó Crowley.

Entonces dejó el rifle en una grieta que había detrás del tapiz del fondo, y en su lugar cogió un grueso cordón que tenía una borla en el extremo. Supuse que aquello era para llamar.

—No, no es un llamador —dijo Crowley, leyendo obviamente mis pensamientos de nuevo—. Es el cordón que acciona el suelo del que le hablé. Justo ahí, donde está usted, cerca de la puerta, se encuentra el lugar al que me refiero, con las paredes escarpadas y sin ningún asidero. ¿Qué mejor sitio para que un siciliano ingenioso construyera su última defensa que aquí, en el umbral de su pequeña cámara interior? Yo no le aconsejaría que pensara en moverse hasta que la operación haya terminado, doctor Watson. Creo que no hace falta que sujete el cordón, aunque está fácilmente a mi alcance. Soy extremadamente rápido en estas cuestiones y tengo la ventaja adicional de ser capaz de prevenir todas sus intenciones.

Crowley contemplaba la escena con aire de estar disfrutando.

—Y ahora, Holmes, si es tan amable de avanzar hasta el altar e inyectarse usted mismo, la operación puede empezar. Creo que usted sabe cómo hacerlo.

Nos quedamos inmóviles unos instantes mientras el cuadro que componíamos vibraba bajo la luz del candelabro que había encima: yo, a la izquierda, Holmes a la derecha, y Crowley en el centro, detrás del estrado, como el Cristo cadavérico de un tríptico medieval. El cordón fatal colgaba a corta distancia de su mano. Hubo un nuevo relámpago y entonces vimos que una cuarta figura, detrás de mí, junto a la puerta, se había añadido a la escena. Era Wittgenstein, y su mano sostenía un revólver que apuntaba directamente al corazón de Crowley.

20 — El señor del anillo

EL cabello rebelde de Wittgenstein sobresalía en todas direcciones, y el relámpago producido a sus espaldas daba a su silueta la forma de una criatura de una época muy posterior a la nuestra. Tenía el rostro desfigurado de un modo extraño, y sus ojos despedían un brillo amarillento.

—No pienso esperar sin hacer nada hasta que toda mi gente sea exterminada — declaró al fin—. Llevo detrás de su pista un año, Crowley, desde el cobarde asesinato que cometió en Cambridge. Ahora, en un segundo, usted también habrá muerto.

—Puede que así sea —dijo Crowley—. Pero en ese caso tendrá que llevar sobre su conciencia el asesinato de un hombre inocente. ¿Podrá enfrentarse a eso, Wittgenstein? Moralmente, Ramanujan fue el responsable de su propia muerte.

—Tonterías —dijo Wittgenstein. Su rostro volvió a contraerse y las manos le empezaron a temblar.

—Más aún, fue el propio Ramanujan quien me pidió que le introdujera en la Orden del Astro Plateado, y se sometió a muchos ritos por su propia voluntad — continuó Crowley—. Fue él quien pidió cada vez más cantidad de su droga favorita. Usted conoce mi filosofía. Uno debe descubrir su verdadera voluntad. Si se me pide, yo proporciono los medios, sean físicos o espirituales. No escatimo nada, lo doy todo. Si uno no es capaz de soportar las consecuencias, o desea dar vueltas en medio de la corriente, no es culpa mía. Ramanujan invocó a un demonio y no tuvo voluntad suficiente para controlarlo. Eso fue todo.

Wittgenstein siguió temblando en silencio durante un rato. Los segundos pasaban.

—No, está usted equivocado —dijo finalmente, con un tono agudo—. Ramanujan era un buscador de la verdad. No se abandonaba a ningún placer. Fue usted quien aumentó la dosis de heroína hasta tal punto que socavó su entereza. Yo le conocía bien. No simpatizaba con él, pero sé que sus inclinaciones eran tan puras como las de un santón hindú.

—No esté tan seguro —dijo Crowley—. Hay muchas cosas bajo la superficie de cada ser humano. El puritano más conservador puede esconder un maníaco sexual bajo su piel. Conocí a un pintor de damas elegantes en Viena que tenía un método muy peculiar. Hacía un boceto de la cara y, luego, en la intimidad de su estudio, dibujaba el desnudo completo, mostrando cada detalle del pubis, antes de cubrir el conjunto con unas ropas de colores chillones. Tal vez le conozca usted, mi querido Ludwig. Su nombre es Klimt, y he visto el retrato que le hizo a su hermana.

Wittgenstein soltó un alarido de ira. Echó hacia atrás el brazo y arrojó el revólver violentamente contra la cara de Crowley.

Rápido como un gato, Crowley agarró la borla del llamador y dio un tirón.

Pero no fue el suelo lo que cayó, sino el candelabro, que fue a estrellarse en el

centro de la habitación, lo que nos dejó sumidos en la oscuridad. Entonces hubo otro relámpago y vi la mano de Crowley cerca de la jeringuilla. En un instante, se abalanzó sobre Wittgenstein.

Mis baqueteados huesos no se habían movido tan rápidamente en muchos años, porque arremetí contra el filósofo y le derribé. Entonces sentí una punzada aguda y un repentino fluido me invadió la sangre. La aguja de Crowley me había dado en el brazo.

La descarga que sentí fue algo que nunca hubiera esperado. Sólo puedo decir, tras un análisis médico retrospectivo, que fue semejante a la sensación que se experimenta en el glans *penis* en el momento de la *ejaculatio*, y que rápidamente se extendió por todo mi cuerpo como una ola ardiente y gloriosa de placer líquido. Me sentí repentinamente aislado del mundo y de todos sus asuntos, y creí que iba a morirme.

Entonces me desplomé. Oí gritos ahogados, como si procedieran de muy lejos, y el aire presionó mi cuerpo como un océano vidrioso en el que nadaban figuras tenebrosas. Crowley, al ver cortada la salida, echó a correr por la habitación, mientras Holmes y Wittgenstein se lanzaban en su persecución. Les oí vociferar a lo lejos, por las escaleras que conducían a la torre. Más tarde me enteré de que habían llegado hasta el tejado que daba al acantilado. Crowley había salido muy rápido y, como era un escalador nato, llegó arriba con varios segundos de ventaja. Cuando Holmes y Wittgenstein salieron al exterior, Crowley ya estaba sobre las almenas y sólo les dio tiempo a verle saltar. A pesar de mi desvanecimiento comprendí el significado de aquel terrible grito, mientras el cuerpo se arrojaba violentamente desde una altura de más de cien metros sobre las olas.

Epílogo

HASTA después de la Gran Guerra no me enteré del desenlace del caso del anillo de los filósofos. Una mañana de primavera iba caminando con Holmes, cuando nos encontramos por casualidad con Bertrand Russell y John Maynard Keynes, que subían por St. James's Street. Keynes volvía del Departamento del Tesoro, en donde había trazado las medidas financieras que deberían haber servido para mantener próspera la situación económica británica durante las difíciles décadas posteriores.

Fue Russell quien mencionó el caso de nuestros filósofos.

—El futuro de la filosofía está asegurado, Holmes. Gracias a su ayuda hemos logrado sobrevivir. Wittgenstein me ha enviado por fin el manuscrito de su libro, y ahora estoy intentando publicarlo.

—¿Y es eso todo lo que esperaba? —preguntó Holmes.

—Es una obra muy curiosa —dijo Russell—. No sé si lo que dice es verdad, pero tampoco veo claramente que sea falso, y estoy seguro de que se trata de algo importante.

—Bastante —intervino Keynes—. Muy importante, diría yo, para una obra que no tiene más que setenta páginas y que se compone enteramente de breves párrafos numerados de 1.01 a 7. En nuestra traducción tiene, por supuesto, el doble de extensión, pues Wittgenstein insistió en que no puede aparecer nada suyo en inglés si no va acompañado del original alemán en la cara anterior de cada página.

—¿Así que sigue tan suspicaz como siempre? —dijo Holmes—. Pero dígame, ¿qué tal le va a nuestro amigo austríaco?

—Ha desaparecido otra vez —dijo Russell—. Algunas informaciones aseguran que vive solo en una cabaña en la costa noruega, y otras que está trabajando como contratista de obras en las colinas austríacas. Y también hay quien dice que se ha hecho jardinero de un monasterio.

—De cualquier forma, el caso está concluido —dijo Keynes—. El pobre Ramanujan, muerto. Hardy se ha trasladado a Oxford. Whitehead a Harvard. Moore se dedica a editar *Mind*, y nuestro amigo Russell, aquí presente, suele estar siempre en el extranjero, visitando y pronunciando conferencias en Rusia y en China y en cualquier lugar donde se estén produciendo nuevas experiencias sociales.

—Tanto mejor —dijo Russell—, pues mi patriotismo no tiene suficiente influencia en el escalafón intelectual del Trinity College. Me han privado de la cátedra.

—Por tanto, la mayoría de nosotros nos hemos ido —dijo Keynes—. El anillo se ha roto, pero se ha hecho justicia. Aunque el canalla de Crowley cayera desde su torre en Sicilia en busca de la muerte, en lugar de caer en sus manos, Holmes.

—Pero el cuerpo no ha sido hallado —comentó Holmes.

—No, no ha sido hallado —repitió Keynes—. Pero hay muchas probabilidades de que las olas le arrastraran mar adentro, y también es probable que los sicilianos no pusieran mucho empeño en rescatarlo. Y las probabilidades, caballeros, son el único método seguro que tenemos en este mundo en que vivimos.

—No del todo —dijo Holmes—. Tengo el claro presentimiento de que Aleister Crowley todavía vive.

—¿Crowley vivo, Holmes? —exclamé—. ¿Cómo es eso posible? Saltó desde la cima de una muralla sobre un escarpado acantilado de ciento cincuenta metros de altura. Nadie podría sobrevivir a una caída así.

—Pasa usted por alto un detalle —dijo Holmes— que el propio Crowley era muy aficionado a mencionar: era, verdaderamente, el más grande escalador del mundo. Se le ha visto realizar proezas más grandes que ésta, en los Alpes y en el Himalaya. Para un ojo experto, su escarpado acantilado vertical podría presentar una enorme cantidad de asideros y apoyos. Y además, tengo información sobre él.

—¿De verdad? —dijo Russell—. ¿De dónde?

—De América. Al parecer está empleando varios sobrenombres: Gurdjieff, Gatsby, Burroughs, Leary, y otros. Pero a pesar de que sabemos esto, preveo que no vamos a poder atraparlo.

—¿Por qué no? —preguntó Keynes—. ¿Cómo puede estar tan seguro?

—Yo también tengo mis métodos —contestó Holmes.

ARCHIVOS DE BAKER STREET

- Mi encuentro con Sherlock Holmes
- La serpiente amaestrada de Whitechapel
- El hombre de la barba azul marino

Por Enrique Jardiel Poncela

Mi encuentro con Sherlock Holmes

PRÓLOGO — LONDRES

FUE en Londres y en la primavera de 1926. Había ido yo a Londres a que me planchasen un sombrero flexible, y en la sombrerería, una tiendecita situada en Old Compton Street, me dijeron que tenía que esperar cuatro días, porque acababan de recibir de la Cámara de los Lores el encargo de reformar setecientas veintidós chisteras de ocho reflejos. (Es decir, un total de cuatro mil trescientos setenta y seis reflejos de chistera que reformar).

En vista de ello, y como yo no sabía de Londres sino que el Támesis lo atraviesa, decidí darme un paseo por la ciudad y conocerla lo suficiente para poder discutir con las amistades.

Me pareció oportuno dar la sensación de que también yo era inglés, y me compré un monóculo. Traté de colocármelo en la órbita derecha, pero el monóculo se me caía. Entonces ideé un truco original: me puse el monóculo y me lo sujeté al cráneo con una venda. Y ya, satisfecho y tropezando de cuando en cuando con los transeúntes, tomé la dirección de Hyde Park.

La mañana era tibia, y daba gusto contemplar las nubes, que corrían hacia la abadía de Westminster.

Largas filas de automóviles se deslizaban por las calles y, con cierta frecuencia, un «auto» se precipitaba sobre un transeúnte desprevenido y le partía la columna vertebral por la parte del capitel. Cuando ocurría esto, el policeman de servicio se acercaba al coche homicida, y entre el policeman y el chófer se entablaba el siguiente diálogo:

POLICEMAN.—Individus death? (¿Está muerto el individuo?).

CHÓFER.—Muchy deat! (¡Muy muerto! ¡Completamente muerto!).

POLICEMAN.—All righth! (¡Todo derecho! ¡Muy bien!).

El difunto era recogido del suelo, el policeman se acercaba al auto, dibujaba con tiza en el capot una rayita vertical, indicando que una nueva víctima había caído bajo aquellas ruedas, y la vida —llena de flema londinense— seguía su ininterrumpido curso.

Así es de frío el carácter inglés.

EL HOMBRE DE HYDE PARK

Como en Londres no se mide por kilómetros, sino por millas, las distancias son terriblemente largas. De manera que cubrir el recorrido de Old Compton Street a

Hyde Park a mí me costó seis horas de caminata y un penique, que le di a un mendigo musical que tocaba un aria dinamarquesa golpeando con una pipa de ámbar en dos botellas vacías de Ginebra.

Entré en Hyde Park por el sendero de la derecha, junto a la plazoleta de las begonias.

Y como estaba fatigadísimo, tanto de andar como de mirar por un solo ojo, porque con el ojo en que llevaba el monóculo no veía absolutamente nada, busqué un banco para sentarme. Pronto descubrí varios muy confortables.

Elegí uno orientado a mediodía y que tenía un único ocupante abismado en la lectura de la última edición del Times y murmuré un saludo anglosajón y me senté.

Pasaron cinco minutos y dos aeroplanos.

Gozaba con la quietud del ambiente y con el gorgojeo, dulcemente británico, de los pajarillos, cuando el compañero de banco que leía el Times me hizo esta pregunta de Carnaval:

—Caballero... ¿No me conoce?

Alcé la vista y distinguí un rostro noble, severo y anguloso; unos labios delgados; unas cejas de arcos bizantinos, y unos cabellos, peinados con fijador, que blanqueaban en las sienas. Aquel hombre... Aquel hombre era...

Lo reconocí al punto.

—¡Usted es Pacheco, el estanciero de Buenos Aires, que...!

El otro me interrumpió, negando con la cabeza.

—¿No? Entonces... ¡Ah, sí! Es usted Novales, aquel teniente de navío que una noche en Copenhague...

Nueva interrupción con una nueva negativa.

—¡Ya caigo! —exclamé, por fin—. Es usted Peporro Lacovisa, el secretario de...

El desconocido negó otra vez, moviendo la cabeza, y con acento irritado exclamó:

—Soy Sherlock Holmes. ¿No recuerda usted...?

Me quedé sin habla. Algo invisible recorrió mis nervios y sentí el frío de los momentos cumbres.

—¡Es verdad! —susurré—. Pero... ¿usted no había muerto ahogado en las cataratas del Niágara?

—Fue un falso rumor —dijo Holmes—. Caí, en efecto, en las cataratas del Niágara, pero no me ahogué; no hice más que mojarme. Me salvé a nado, y, como realmente estaba fatigadísimo de mi oficio y además había por el mundo algunos individuos que me las tenían juradas, me conformé con pasar por muerto, y he vivido largos años pescando con caña en una aldea de la Patagonia. La vida del campo y el acento argentino me han devuelto las energías y estoy dispuesto a luchar de nuevo en mi antigua profesión. Ayer llegué a Londres, disfrazado de perro vagabundo...

—¡Disfrazado de perro vagabundo! —exclamé con asombro.

—Sí. Supongo que usted recordará que siempre tuve una gran habilidad para adoptar disfraces diversos... Ayer llegué, y, nada más entrar en mi casita de Baker

Street, ya me surgió un misterio que aclarar.

—Entonces —pregunté alegremente—, ¿sus aventuras comienzan de nuevo?

—La vida comienza mañana, según Guido de Verona —replicó el detective al mismo tiempo que me guiñaba un ojo; gesto en el que comprendí que a Sherlock le parecía Guido de Verona un cursi elevado al cubo—. Pero ha habido una cosa que me ha impedido comenzar hoy mismo mis trabajos.

—¿Qué cosa?

En lugar de contestar, Sherlock se levantó, sacó una lupa, se dirigió a un árbol próximo, que contemplaba hacía rato con los ojos entornados, y, examinando la corteza del árbol con la lupa, dejó escapar estas incomprensibles palabras:

—¡Lo suponía! Una L y una H entrelazadas... Lo que me han contado de los botines es mentira.

Me quedé como quien ve visiones en la oscuridad de un pasillo.

—¿Qué dice usted?

—Nada... —replicó malhumorado el policía—. Hago observaciones, y le aconsejo que no me dirija preguntas estúpidas.

Sentándose de nuevo en el banco, añadió:

—Decía antes que ha habido una cosa que me ha impedido comenzar hoy mismo mis trabajos. Esta cosa es sencillamente que carezco de un ayudante. ¿Quiere usted ser el ayudante que necesito?

—¿Yo?

—Usted, sí. Es usted ágil, sabe jugar al ajedrez, mide un metro sesenta de estatura y se llama Enrique. Necesito un ayudante que reúna esas condiciones.

—Y, ¿cómo sabe usted que...?

—Porque lo deduzco todo. Ya se irá usted acostumbrando a mis deducciones. He deducido que se llama usted Enrique porque usa usted calcetines grises.

Aunque no vi aquello muy claro, me abstuve de hacerle nuevas preguntas a Sherlock. Reflexioné un rato. Realmente mi vida no tenía objeto. ¿Por qué no intentar la aventura?

—¡Vamos! ¡Rápido! ¡Decídase...! —gruñó Sherlock Holmes—. Hemos hablado demasiado y urge empezar a hacer algo serio. Tiene usted tres minutos para decidir.

—Ya he decidido —contesté con firmeza.

—No importa que haya usted decidido —replicó el detective—. Yo acostumbro a conceder siempre tres minutos para decidir. Tiene usted tres minutos... ¡Decida! El tiempo es oro.

Me quedé mirando al cielo como si reflexionase, para no contrariar al gran policía; pero como ya antes había reflexionado lo suficiente y no me gusta malgastar mi cerebro en trabajos inútiles, en los tres minutos concedidos me entretuve en calcular cuánto tiempo tardaría en llegar de París a Cáceres un hombre que anduviese a gatas, a razón de dos kilómetros por hora, y descansando un día por cada catorce leguas.

Casi iba ya a saber el tiempo exacto cuando me interrumpió la voz cordial de Holmes:

—Han pasado los tres minutos. Es usted mi ayudante, ¿sí o no?

—Pues bien, sí —le declaré al detective.

Permaneció unos segundos ensimismado; luego habló cogiéndome por la solapa izquierda:

—Separémonos. Vivo en Baker Street, cincuenta y siete. Esté usted allí mañana, a las seis de la tarde. Entre sin llamar, cogiendo la llave de la puerta, que estará, como siempre debajo del limpiabarro. Mi criada es sorda y no debe usted preguntarle nada, porque acabarían usted y ella haciéndose un lío tremendo. Hasta mañana.

Y Sherlock Holmes se levantó. Pasóse una mano por la despejada frente, tomó de una cajita de plata un polvillo de cocaína, lo absorbió por la nariz cuidadosamente para no perder ni una sola partícula, y, con la cabeza inclinada, en aquel gesto tan suyo y tan personal, echó a andar rápidamente y no tardó en desaparecer al final de la avenida de las palmeras huérfanas.

Eran las cinco y veinticinco y soplaba viento noroeste.

La serpiente amaestrada de Whitechapel

LA CARTA — UN PONCHE Y UN CRIMEN EXTRAÑO

AL otro día, 3 de septiembre, me dirigía a casa de Sherlock Holmes a una velocidad de veintiséis toesas por minuto, y desde el primer momento me extrañaron dos cosas: lo mal que me había puesto la corbata y la fruición y la ansiedad con que todos los transeúntes devoraban los periódicos matutinos.

«¡Algo gordo sucede! —pensé—. Porque si no ocurriera algo gordo, los transeúntes, en lugar de mirar los periódicos con gesto grave, mirarían mi corbata entre carcajadas salvajes. Y además, no me hubiera escrito Sherlock Holmes...».

Pues es conveniente que advierta que, nada más levantarme, había recibido la siguiente carta del gran detective:

«Querido Harry: Acuda a verme inmediatamente y traiga consigo dos pesas de veinticinco kilos cada una. Es imprescindible que venga usted a pie. Sherlock Holmes».

Sería ocioso decir que cumplí fielmente sus órdenes, no sólo llevando las pesas de veinticinco kilos, sino acudiendo a la cita con los ojos cerrados, pues me había decidido a obedecer a Sherlock ciegamente. Esta última circunstancia de ir con los ojos cerrados estuvo a punto de costarme la vida, dejándomela debajo de las ruedas de un «autobús»; pero tratándose de Holmes, a mí la muerte me parecía un veraneo en Deauville, y no me importó el riesgo.

Subí jadeante al piso del maestro y al llegar tiré las pesas, que me tenían ya hecho cisco, y me derrumbé en un sillón.

Sherlock, que al entrar yo estaba hablando con un señor de unos sesenta años, dos meses y un día, me tanteó el bíceps de ambos brazos y dijo:

—¡Bravo! Veo, Harry, que está usted fuerte. Creo que necesitaré pronto del vigor de sus brazos, y le he hecho venir trayendo una pesa de veinticinco kilos en cada mano para que usted se robusteciera. Ahora tómese ese ponche, que le ha preparado mi ama de llaves, y escuchemos a este caballero.

Nunca me ha gustado el ponche, por lo cual me tomé aquél apretándome la nariz con los dedos, en la postura en que se toma comúnmente el castor-oil (el aceite de ricino londinense), y durante dos horas oí de labios del visitante de Holmes un relato por demás extraño, que nos contó con acento circunflejo.

Aquel caballero tenía un castillo en el País de Gales y un hijo oficial del Ejército colonial. Al castillo hacía siglos que no le ocurría nada; pero el hijo había aparecido misteriosamente asesinado la noche anterior en el despacho de piso de soltero, situado en Whitechapel.

—¿Dice usted que cayó muerto junto a la caja de caudales? —preguntó Holmes,

que escuchaba en silencio, con el semblante sereno, y acariciando, distraídamente, los bigotes del visitante.

—Sí, la caja estaba abierta; pero no faltaba de ella ni un penique —contestó míster Molkestone.

—¿Y los tornillos? ¿Le faltaba algún tornillo?

—¿A la caja?

—A su hijo.

El señor Molkestone emitió un juramento muy usual en Irlanda y exclamó:

—¡Mi hijo era todo un hombre!

Holmes pareció meditar.

—Y, ¿sabe usted si su hijo tenía algún enemigo? —preguntó.

—Su sastre le odiaba.

—Pero eso no es un dato. También el mío me odia —arguyó el detective—. En fin... ¿dice usted que la puerta y la ventana del despacho han aparecido cerradas por dentro?

—Sí, señor Holmes. Yo mismo, para entrar, tuve que forzar la cerradura con la hebilla de mi cinturón.

—Y, ¿realmente el cadáver no presentaba herida ninguna?

—Ninguna. Sólo en su brazo izquierdo se ven las señales de la vacuna.

—Perfectamente, pues es necesario ir a Whitechapel y ver eso con nuestros propios ojos. Antes, una última pregunta: ¿su hijo tomó alguna vez vermut con anchoas desde que regresó de la India?

—Lo tomaba con aceitunas.

—Es todo cuanto necesitaba saber —murmuró Sherlock Holmes—. Y ahora, en marcha.

Y el señor Molkestone, Sherlock y yo subimos a un Taxi. Y después de volcar seis veces, nos condujo rápidamente a Whitechapel, el barrio del Destripador.

ESTUDIO DE LA HABITACIÓN

Nos apeamos frente al número 93 de Whitechapel Road, donde tenía establecido su cuarto de soltero el asesinado Evans Molkestone. Era una casa de aspecto pobre, pero honrado; asegurada de incendios. En el piso bajo había una tienda de bacilos del tifus, a la sazón cerrada por cambio de dueño.

El despacho donde yacía, al pie de la caja de caudales, el cadáver del desgraciado oficial estaba decorado con multitud de objetos orientales, y era confortable como un almohadón de plumas.

Al entrar, Sherlock dio algunas órdenes:

—Usted, señor Molkestone —dijo—, apresúrese a llorar, abrazado al cadáver de su hijo, según es obligación de todo buen padre. Entre tanto, yo examinaré la

habitación.

Y mientras Molkestone lloraba a gritos, Sherlock inspeccionó la estancia. Examinó con su lupa algunos idolillos que había sobre su mueble, y durante más de una hora, arrodillado en el suelo, contempló atentísimamente la alfombra. Yo le veía maniobrar sin atreverme a preguntarle nada, y él no dejaba reflejar sentimiento ninguno en su rostro de piedra. Sólo al inspeccionar las cenizas de la chimenea dejó escapar un silbido de satisfacción.

—¿Qué? —me lancé a decir.

—Esto está visto —exclamó él levantándose. Y dirigiéndose al señor Molkestone agregó:

—Su hijo, caballero, ha muerto a consecuencia de un accidente imprevisto.

—Luego, ¿no hay que pensar en un crimen?

—Yo no he dicho tanto. La intención criminal ha existido. Pero el criminal en potencia murió ayer. Vea usted; lea.

Y le alargó un ejemplar del Times, donde el señor Molkestone y yo leímos la siguiente noticia:

«Riña en el Támesis —Ayer, a consecuencia de una riña, murió de un tiro de revólver, en los muelles del Támesis, el ciudadano indio Zahid Mahid Tahib, que debía partir mañana con rumbo a Calcuta».

—Zahib era el criminal en potencia —dijo Holmes—. En cuanto al agente causa de la muerte de su hijo, mañana a estas horas se lo enviaré a usted en una caja. Vamos, Harry.

EN EL «CABARET».

Pasamos lo que restaba de la noche en un *cabaret* de Piccadilly.

La conducta de Holmes en aquel lugar fue por demás extraña; desde que entramos hasta que salimos permaneció todo el tiempo con los ojos clavados en la orquesta. A las doce y media de la noche murmuró:

—Ya sé. Podemos acostarnos tranquilamente.

Y regresamos a Baker Street a entregarnos al descanso más plumbaginoso.

HACIENDO EL INDIO

Al día siguiente, muy de mañana, Holmes entró en mi habitación saltando por el montante, pues yo acostumbro a dormir encerrado. Venía vestido de indio, y traía otro disfraz idéntico —aunque seis tallas más pequeño— para mí.

—Vístase —me dijo con un laconismo casi hiriente.

Me vestí el traje y salí a la calle, acompañado del detective. Al llegar a Whitechapel Road, hicimos alto; Holmes me obligó a sentarme en una silla, y durante un buen rato nos fingimos faquires ambulantes. Luego, Sherlock sacó una flauta del interior de su turbante y arrancó de ella sonidos desagradables y armoniosos.

No bien había empezado a tocar la flauta cuando una hermosa serpiente irrumpió de entre el corro de espectadores, sembrando pánico y cebada. La serpiente se puso derecha sobre la cola, hizo unos cuantos juegos malabares y, por fin, se lanzó contra nosotros.

—¡Corramos! —gritó Holmes.

Y corrimos como gamos, perseguidos de cerca por la serpiente. De vez en cuando Holmes murmuraba: «¡Lagarto, lagarto!», y apretaba el galope. Así llegamos a Baker Street, afortunadamente con abundante ventaja respecto a nuestra perseguidora.

Una vez en su casa, Holmes se apoderó de una caja de sobres vacía y la mantuvo abierta, aguardando a que la serpiente se presentase. Cuando el animal llegó, ya jadeante, el detective la encerró en la caja y exclamó:

—¡Ya es nuestra! Ahora voy a enviársela al señor Molkestone. Esta serpiente es el agente que causó la muerte de su hijo.

EXPLICACIÓN

Como de costumbre, horas después yo le preguntaba a Holmes cómo había podido descifrar aquel misterio.

—Es sencillo —me contestó con su frialdad habitual—. En la habitación del crimen yo vi ayer huellas de serpiente. Eso y la circunstancia de que el muerto hubiera estado de guarnición en la India, me hizo pensar que algún indostánico —indudablemente para vengar antiguas ofensas a los ídolos, perpetradas por el oficial Evans, como lo demostraba el hecho de que a todos los ídolos que tenía en su cuarto les había pintado bigotes— había atentado contra el joven enviándole una serpiente amaestrada, medio muy usado en la India. El vengador no podía ser otro que el *Sahib* de que hablaba el Times, pues ese individuo iba a embarcar para Calcuta; es decir, huía de Londres. Lo demás ya lo sabe usted. Fuimos al *cabaret* para aprender yo a tocar la flauta de oído, y así que supe tocar la flauta frente a la casa del crimen, en cuyos alrededores tenía que estar el reptil, puesto que su amo había muerto y no tuvo ocasión de llevárselo; y el reptil amaestrado acudió al sonido de mi flauta, ejecutando los ejercicios que le enseñara su amo y nos atacó después, siguiéndonos hasta casa.

Calló Sherlock Holmes.

La tarde caía sin hacerse daño, y la habitación estaba en sombras.

El detective se puso una inyección de morfina, y bostezó. Poco después dormía, roncando con sonoridades de jazz-band.

El hombre de la barba azul marino

EL TIMBRE DE ALARMA

YO había pasado el día en el campo: en Slough.

¿En Slough? Sí; en Slough, en Slough...

Yo había pasado el día en el campo (en Slough) y regresaba a Londres, a bordo de uno de los trenes de la tarde, cuando al llegar a la estación de Charing Cross oí gritar desafortunadamente a varios viajeros de los que, por viajar sin billete, iban sentados en el techo de los vagones.

Al principio no hice caso. Supuse que el interventor los había sorprendido y que los viajeros sin billete estarían asesinandole, como siempre ocurre. Pero al cabo de unos instantes no fueron sólo los viajeros del techo los que gritaron, sino que se pusieron a gritar todos cuantos se hallaban situados junto a las ventanillas y que, por tal causa, viajaban contemplando el paisaje y tragando hollín.

—¡Algo muy grave ocurre! —pensé, lanzándome al timbre de alarma y «tirando hacia abajo de la empuñadura».

El aparato funcionó al instante, pero en lugar de parar el tren, como yo esperaba, salió por cierta ranura una tarjeta perfumada con gasolina y que decía así:

Si está usted en peligro de muerte, récele a San Jorge, caballero.

LA COMPAÑÍA.

Era ésta la última modificación que se ha introducido en los timbres de alarma de los ferrocarriles británicos, y que tiene por objeto evitar las detenciones por accidentes y fortalecer el ánimo de la raza inglesa en los momentos de peligro.

Y no hay que darle vueltas: sólo poniendo letreros así es como se consigue tener colonias.

UN HALLAZGO MACABRO Y PEDESTRE

Entonces me abalancé a una de las ventanillas y supe a qué obedecía el griterío de los viajeros.

En sentido inverso al nuestro avanzaba rápidamente otro tren, y agarrado al tope del último furgón, y en volandas, iba un hombre.

Le reconocí al punto por un lunar que tenía en la pelvis.

Aquel hombre era Sherlock Holmes.

Sería ocioso como un vagabundo advertir que me tiré en marcha de nuestro

convoy y que seguí al otro tren a buen paso.

¿Adónde se dirigía Sherlock Holmes? ¿Qué nuevo y tenebroso asunto lo impulsaba? Estas preguntas y algunas más, tales como «¿Lloverá en Bombay?», «¿Cuál fue el primer hijo de Abraham?», etc., me hacía yo mientras andaba y nadie —ni siquiera la brisa de la tarde— me contestó una sílaba.

Habíamos recorrido el tren y yo unos cuarenta y cinco kilómetros, cuando Sherlock, que viajaba sentado en el tope, me dijo:

—Sube, Harry. En el otro tope tienes sitio.

Y sólo entonces me decidí a subir, pues ya es conocido el respeto que yo le tenía al maestro, respeto nacido de la superioridad y de un ingeniero agrónomo.

De tope a tope, la conversación no tardó en ligarse.

—Celebro haberte encontrado —me dijo Holmes—, pues creo que vas a ver cosas interesantísimas.

—Afortunadamente, la casualidad ha hecho que...

—Sí —me replicó poniéndose en el dedo una inyección de morfina, lo que era frecuentísimo en él, como se sabe.

—Y ¿adonde vamos, maestro? —me atreví a preguntarle.

—Lo ignoro —contestó.

Estuve a punto de caerme a la vía a causa de la sorpresa que aquellas palabras me produjeron, pero no lo hice por no molestar a Sherlock.

—No sé —siguió él— el punto fijo adonde vamos; sin embargo, te advierto que debes estar prevenido, pues quizá no tardemos mucho en tener que tirarnos del tren en marcha.

—¿En marcha?

—¡Pronto! ¡Al suelo! —gritó.

Y le vi lanzarse al espacio con una habilidad que imité lo mejor posible.

Él, después de caer, se levantó del suelo tan tranquilo. Yo, al caer, me rompí una pierna.

Y Sherlock Holmes, con su buen sentido característico, exclamó al darse cuenta de ello:

—Bueno; ¿según parece, tienes otra pierna, verdad?

—Sí, maestro.

—Pues andando. Bien dice el refrán que hombre prevenido vale por dos.

* * *

Caminamos unos minutos en silencio por un paraje dulce, arropados en la chilaba del anochecer, y al cabo Holmes se detuvo ante un pequeño montículo, exclamando:

—Aquí está. Cava, Harry.

Por espacio de un cuarto de hora cavé y retiré la tierra removida. De pronto, cierto objeto apareció en la superficie. Retrocedí aterrado:

—¡Un pie humano!

—Sí, Harry. Un pie humano. El que faltará en el cajón. Pero ya sabemos bastante... Entiéralo otra vez y volvamos a Londres. Te convido a un vermut con bistec.

IMPORTANTES DECLARACIONES EN SCOTLAND YARD

Al día siguiente, ya en Londres, recibimos un aviso telefónico de Scotland Yard. Como por medio del teléfono no logramos entender una palabra de lo que decían, nos trasladamos personalmente al célebre centro policíaco.

Allí el mayor Sckaboory nos hizo pasar a una habitación decorada con cráneos de avispa, y dijo:

—Vea usted, señor Holmes, lo que acabamos de encontrar en el furgón de equipajes de un tren llegado por la línea del Sur.

Y nos mostró un gran cajón abierto, dentro del cual se distinguían, como alumnos aplicados, varios restos humanos.

—¡Es bonito! —exclamó Sherlock, echando un vistazo al interior del cajón.

El mayor Sckaboory le miró, admirándose del valor y la resistencia nerviosa del genial detective. ¡Pensar que a este no le producía ni frío ni calor pensar en esos despojos que habían provocado dieciséis síncope a los empleados que primero abrieron el cajón!

Pero todavía se admiró más cuando oyó que Holmes añadía:

—Son los restos de un hombre afeitado después de muerto. Al cadáver le sobra un pie. Porque fíjate, Harry, que hay tres pies en el cajón...

—Pero, querido Sherlock —no pudo por menos de saltar el mayor Sckaboory—, ¿cómo de una sola ojeada es usted capaz de decir que en el cajón hay tres pies y que, por tanto, al cadáver le sobra uno?

Sherlock Holmes sonrió sin contestar, y encendiendo su vieja pipa, que tiraba peor que un caballo con glosopeda, se encaminó a la puerta, y desde allí declaró:

—El criminal es un peluquero que, desde anteayer, lleva barba postiza, una barba de color azul marino.

—¿De color azul marino?

—Y en cuanto al muerto, se trata de un marinero llegado hace poco a Londres y que hacía muchos años que no vivía en Inglaterra.

Trató el mayor de obligar a Sherlock a ser más explícito, pero Holmes se negó tan en redondo como una plaza de toros.

—Mañana, a la hora del té —dijo únicamente—, le traeré a usted al hombre que ha matado al marino y que encerró el cadáver en un cajón enviándolo por correo. Eso es todo lo que puedo decirle por el momento, Sckaboory...

Y, sin añadir una palabra más, salió de Scotland Yard.

¡Qué hombre! Era admirable.

LA TIENDA DE SOMBREROS DE OXFORD STREET

En las primeras horas del mediodía, el maestro, que estaba de un humor que parecía herpético, me dio algunas órdenes.

—Coge un buen par de esposas y prepárate a detener a uno de los criminales más peligrosos de todo el Reino Unido.

Obedecí temblando como la hoja en el árbol y el boxeador en el *ring*, y uniéndome a Holmes, salí a la calle.

Veinte minutos más tarde llegábamos a Oxford Street. Sherlock me señaló una tienda de sombreros para señoras establecida en el número 13, y cuyo nombre era El Caos en Cascos. Dentro, una dependienta de ojos hermosos, aunque bizcos, trajinaba entre alas y copas.

—Atención Harry —me advirtió Holmes—. El asesino va a venir a esta tienda. No pierdas de vista ningún extremo de la acera. Le reconocerás fácilmente, porque lleva la barba postiza de color azul marino.

—Sí, maestro.

Y ambos nos pusimos a espiar la calle. Pronto noté mi sangre congelada al oír a Sherlock decir:

—¡Ahí está!

Y al ver a un hombre hercúleo y de poblada barba azul marino avanzar hacia la sombrerería.

—Enseguida.

—¡Diablo! Se arrepiente... No entra... ¡Se va! Sin duda recela algo... ¡Vivo Harry! ¡Vámonos detrás de él! Si le perdemos de vista, estamos perdidos como el Titanic...

Comenzó la persecución, que al punto se convirtió en carrera. Contra su costumbre, Sherlock iba echando juramentos. Yo lo que iba echando era el bofe.

En Finsbury Circus, el barbudo azul marino se coló de rondón en una casa y Holmes y yo quedamos en la acera, igual de absortos e inmóviles que dos vendedores de plátanos sin clientes.

—¿Qué hacer?

—¿Qué hacer? Y ¿tú lo preguntas? ¡Hay que subir! —rugió rabiosamente Sherlock Holmes.

Le obedecí de nuevo, hecho polvo insecticida, y él me siguió. Avanzamos como dos fieras, subimos dos pisos, a piso por fiera, y entramos en una estancia donde, al lado de una caja de caudales sin cerradura, se hallaba el hombre de la barba.

—¡Date preso! —gritó Holmes.

—¡Atrás! —clamó el hombre con voz maldita, mientras nos apuntaba a los ojos

con un revólver.

Y antes de que nos diéramos cuenta, desapareció por una puerta que se abría en la pared y que servía para entrar y salir.

Le seguimos de nuevo; sonó un tiro, y al hollar la habitación inmediata, que aparecía en un desorden diurético y donde, sin duda, se había cometido el crimen, ya sólo pudimos asistir a la agonía del criminal. Antes de arrear el tiro se había quitado la barba, que yacía sobre la mesa.

LAS EXPLICACIONES FINALES

Dos días después, fumando ambos ante la chimenea de Baker Street, Holmes me explicó todos sus trabajos en el misterioso asunto.

—La clave de todo —dijo— me la dio la tienda de sombreros, donde, como tú verías seguramente, había un letrero que decía: Especialidad en sombreros de pelo azul marino. Calculé en seguida que lo que el asesino buscaba en su víctima era la barba azul marino que lucía el ídem asesinado y que el criminal pensaría vender en la tienda con destino a la fabricación de sombreros. Asesinado el marino, el criminal le afeitó; arregló la barba (y por eso pude asegurar que era un peluquero) y se la puso, para disimular, hasta que llegara el momento de venderla. Luego hizo desaparecer el cadáver, cortándolo en trocitos y metiéndolos en el cajón. Lo que me quedaba a mí que hacer era fácil: espiar el momento en que el asesino fuese a la tienda a vender la barba y detenerle.

—Porque de haber vivido en Londres, habría estado enterado de que podría vender su extraña barba en la tienda de Oxford Street, y habría ido él mismo a hacer el negocio...

Yo, como siempre, y como era mi obligación de ayudante, estaba maravillado. Aun así, le dirigí a Holmes la última pregunta:

—Y ¿de quién son los otros dos pies que hemos visto, el tercero del cajón y el enterrado en el campo?

Holmes no me contestó.

Quedó mirando con fijeza la lumbre de la chimenea y respiró nostálgico.

—¡Qué ganas tengo de que llegue el verano para ir a pescar bacalao a Escocia!

Y en aquella actitud permaneció hasta la salida del último tren de la tarde.

Notas

[1] Norman Malcolm, Ludwig Wittgenstein: A Memoir (Oxford University Press, 1958), pp. 35 — 36. (N. del E.). <<

[2] Vicemaster: Miembro de la junta directiva del Trinity College, que ayuda en sus tareas al Master (decano o director del colegio). (N. del T.). <<

[3] Se trata de la famosa «paradoja de Russell»: ¿Es la clase de todas las clases que no son miembros de sí mismas miembro de sí misma? Si sí, no; si no, sí. (N. del E.). <<

[4] Nevile's Court: Patio del Trinity College, cuyo edificio principal es la biblioteca del colegio. Recibe su nombre de *Sir Thomas Nevile*, arquitecto del Gran Patio (siglo XVI). (N. del T.) <<

[5] Holmes se refiere a su pasada adicción y cura, relatada unos años antes en un manuscrito recientemente descubierto. Los síntomas descritos en dicho relato, aunque reseñados como característicos de la adicción a la cocaína, son de lo más peculiar, principalmente porque la cocaína no produce adicción ni síndromes de abstinencia o alucinaciones. ** Esos son, fundamentalmente, los síntomas de la adicción a los opiáceos. Sin embargo, El signo de los cuatro presenta a un Holmes adicto a la morfina, además de la cocaína; y, en El hombre del labio torcido, Watson encuentra a Holmes en un fumadero de opio, después de lo cual Holmes le pregunta a Watson, bromeando, si le piensa regañar por fumar opio. Parece entonces más que probable que la adicción de Holmes (si es que existía) fuera a un opiáceo, y que este hecho no se mencionara en la publicación anteriormente citada. Si esto aparecía así en el propio manuscrito o fue cosa del editor por motivos que sólo él conoce, es algo que aún está por determinar. Es un misterio digno de ser aclarado por el propio Sherlock Holmes, si es que todavía vive. (N. del E.).

** Los verdaderos peligros de la cocaína se encuentran en otra dirección, tal y como se menciona en el capítulo 19. (N. del E.). <<

[6] Moore sigue aquí muy de cerca la propia línea de argumentación de sus Principia Ethica (Cambridge University Press, 1903). (N. del E.). <<

[7] Pandit: En Hindi, erudito hindú, versado en sánscrito y en la filosofía, religión y jurisprudencia de la India. (N. del T.). <<

[8] Thuggee. Asociación de ladrones y asesinos profesionales de la India que estrangulan a sus víctimas. (N. del T.). <<

[9] Proctors: Miembros del personal docente que, en número de dos, son nombrados anualmente para supervisar exámenes, reforzar la disciplina y llevar a cabo otras tareas administrativas. (N. del T.). <<

[10] Holmes se refiere a la Ley de Farmacia de 1908 y a los acuerdos internacionales de la Conferencia del Opio de Shanghái de 1909 y de la Convención del Opio de La Haya de 1912. (N. del E.). <<

[11] Completamente cierto. El padre de Ludwig Wittgenstein, Karl Wittgenstein, llegó a ser millonario sin ayuda de nadie y fue la figura más destacada de la industria del acero en el Imperio Austro-Húngaro. Fue, de hecho, el equivalente austríaco de los Krupp alemanes. (N. del E.). <<

[12] El trabajo que Wittgenstein estaba desarrollando era, evidentemente, su Tractatus Logico-Philosophicus, publicado finalmente en alemán en 1921, traducido al inglés en 1922 y reeditado en los Estados Unidos por Humanities Press Inc. en 1924. Cuando fue publicado, Wittgenstein había desdeñado ya su contenido. (N. del E.)**

<<

[13] William Somerset Maugham refiere un caso semejante, ligeramente novelado, en su primera obra de ficción: *The Magician*. (N. del E.).

Para las citas literales del *Tractatus* se ha utilizado la versión directa del alemán realizada por Isidoro Reguera y Jacobo Muñoz, editada por Alianza Universidad, Madrid, 1987, quinta edición. (N. del T.). <<

[14] Los seguidores del Abad Boullan, uno de los cuales, Joris Karl Huysmans, describió sus actividades en su novela Lá Bas, París, 1891. (N. del E.). <<

[15] John Nevile Keynes era no sólo el padre de John Maynard, sino que además ostentaba el principal cargo administrativo de la Universidad de Cambridge. (N. del E.). <<

[16] El reverendo C. W. Leadbeater publicó unos veinte libros en la editorial de la Sociedad Teosófica (Madrás y Londres) entre 1900 y 1930, entre los que se incluyen Colaboradores invisibles (1908) y La Misteriosa Historia de Java (sin fecha). Annie Besant publicó trece libros en la misma editorial, desde Sabiduría Ancestral (1897) hasta El Hombre: De dónde, Cómo y Adónde (1913, en colaboración con el reverendo Leadbeater). (N. del E.). <<

[17] Crowley dio instrucciones de cómo podía obtenerse ésta en su panfleto *De Arte Magica*. La filosofía más amplia que hay detrás de ello es explicada por el discípulo de Crowley, Kenneth Grant, en su obra *Aleister Crowley and the Hidden God* (New York, Samuel Weiser, 1974). (N. del E.). <<

[18] Elemental. Leila Waddell estaba de hecho citando El Libro de la Ley, que fue dictado a Aleister Crowley por un espíritu en el Cairo en 1904. El lector puede consultar el texto completo en una reciente reimpresión (New York, Samuel Weiser, 1976); no hace falta decir que bajo su propia responsabilidad. (N. del E.). <<

[19] Publicado por la editorial de la Sociedad Teosófica (Londres y Madrás) en 1912.
(N. del E.). <<

[20] Publicado por la editorial de la Sociedad Teosófica (Londres y Madrás) en 1913.
(N. del E.). <<